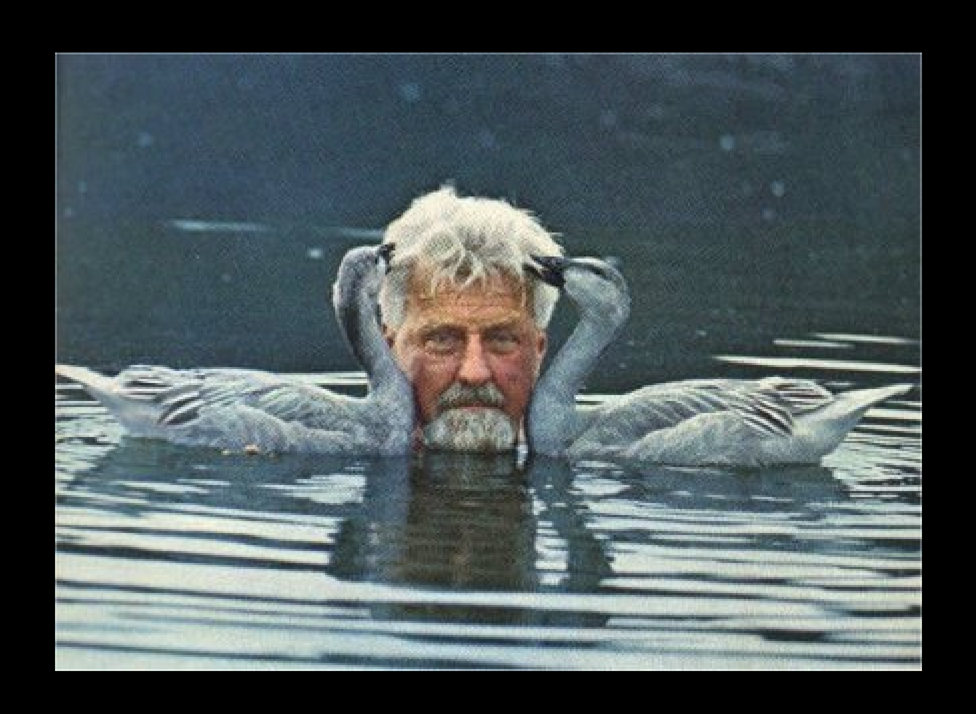
Elementos

de Metapolítica para una Civilización Europea Nº 18



LA ETOLOGÍA DE KONRAD LORENZ



UrKultur

Sumario

Biografía de Konrad Lorenz

Konrad Lorenz, nació en la localidad vienesa de Altenberg el 07 de noviembre de 1903 y murió en la localidad que le vio nacer el 27 de febrero de 1989. Zoólogo austriaco galardonado con el premio Nobel de medicina y fundador de la etología.

En 1914 ingresa en el Schottengymnasium, escuela superior de Viena. Tras culminar sus estudios se traslada a Estados Unidos e ingresa en la Universidad de Columbia (Nueva York), tras lo cual, en 1922 regresa a Viena donde prosigue sus estudios de medicina. En 1927 publica su primer trabajo científico "Beobachtungen an Dohlen", sobre sus observaciones de las vidas de las gallinas. En 1928 se licencia en medicina e inicia su trabajo como ayudante de Ferdinand Hochstetter en la facultad de zoología de Viena. Un año antes de doctorarse en Zoología, 1932, publica "Journal Für Ornitologie", basado en los impulsos específicos de las aves, e instalado en la residencia familiar de Altenberg comienza sus estudios sobre los gansos.

En 1935, al estudiar las pautas de aprendizaje de las crías de ganso y de pato, descubrió una etapa crítica en la que aprendían a reconocer y a seguir a los padres, incluso si éstos eran adoptados, siempre que en ellos estuviesen presentes estímulos que provocarían la reacción de las crías. Llegó a ser muy conocido por sus esfuerzos para identificar los llamados patrones de acción fijos, que bajo su punto de vista estaban genéticamente determinados y se manifestaban a través de la influencia del medio ambiente particular sobre una especie animal determinada. Sugería que dichos patrones eran tan importantes para la supervivencia del animal como sus características fisiológicas, y que ambos factores tenían un desarrollo evolutivo similar. Descubrió que los estímulos auditivos y visuales de los progenitores de un animal son necesarios para inducir a éste a seguirles, incluido un ser humano, podía inducir la misma respuesta empleando los mismos estímulos. Llamó a este fenómeno "impronta".

En 1937, Konrad Lorentz ocupa la cátedra de anatomía comparada y psicología animal de la universidad de Viena, donde publica "Folia Biotheoretica", sobre la conducta instintiva de los animales. En 1939 funda con N. Tinbergen la escuela etológica del comportamiento animal, que mantuvo fuertes discrepancias con la elite científica oficial. Los estadounidenses estudiaban los animales en el laboratorio y los europeos preferían observarlos en su hábitat natural. En 1940 pasa a ocupar la cátedra de psicología humana en la universidad "Albeertus de Königsberg", en Prusia Oriental. Pero un año más tarde, al estallar la segunda gran guerra, es llamado a filas y destinado primero al hospital militar de Poznan (Polonia) y más tarde enviado a Vítesbsk (bielorrusia) como cirujano militar. Al hundirse el frente soviético es capturado e internado en el campo de concentración comunista de Ereván, (Armenia), del que es liberado en 1948.

En 1949, recuperado de las torturas comunistas, reanuda su actividad científica y es nombrado director del Instituto de Etología comparada, instalado en su ciudad natal, donde publica su primer libro "Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros", colección de breves estudios de psicología animal cuya edición definitiva, publicada en 1952 aparecería con el título de "El anillo del rey Salomón". Un año más tarde, en 1950, se encarga de crear y dirigir el Instituto Max Plank de fisiología del comportamiento en Westfalia (Alemania). Tras poner en marcha el ambicioso proyecto, en 1953 publica "Cuando el hombre encontró al perro", y en 1963 publica "Sobre la agresión: el pretendido mal", donde expone sus teorías sobre los aspectos positivos de la agresividad humana.

En 1964, Lorentz es nombrado miembro de la Royal Society de Londres, publicando ese mismo año "El comportamiento animal y humano", en el cual recoge una serie de estudios publicados entre 1931 y 1942.

En 1973 es galardonado con el premio Nobel de Fisiología y Medicina, que comparte con los etólogos Karl Von Ficher y Nikolas Tinbergen. Ese mismo año publica "la otra cara del espejo", análisis de la naturaleza de la mente y el saber humanos, y su famosa obra "los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada", una crítica lúcida y responsable sobre los fenómenos que amenazan a la civilización occidental. Ese mismo año se jubila como director del Instituto Max Plank y pasa a dirigir el departamento de sociología animal del Instituto de etología comparada de la Academia de ciencias de Austria.

En 1978 publica "fundamentos de la etología"; en 1982 es nombrado director del instituto "Konrad Lorentz", creado por la Academia de Ciencias de Austria, y en 1988 ve la luz su última obra "Estoy aquí...¿Dónde estás tú" en la cual reúne sus observaciones de más de medio siglo de investigaciones.

Murió en 1989 en Althenberg.

La Etología,
entre la agresividad y la sociabilidad

Sebastian J. Lorenz

La Etología, cuyo máximo exponente es Konrad Lorenz, es la ciencia que estudia comparativamente el comportamiento humano y animal. Uno de sus descubrimientos más significativos fue la idea de que el impulso agresivo es el impulso elemental del que surgen todos los demás instintos o pautas de comportamiento por ritualización, redirección o transformación.

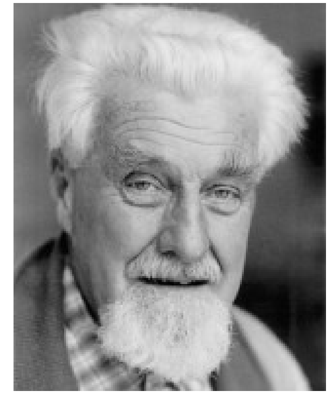
Existen dos tipos bien diferenciados de comportamiento agresivo: la agresión interespecífica y la intraespecífica. La primera se da solamente en las relaciones depredador-presa, ya que es extraño observar conflictos entre animales de especie diferente por razón de territorio o disputa de presas. En los conflictos intraespecíficos raramente llegan dos individuos a provocarse heridas, pues se establecen siempre unas relaciones de tipo jerárquico. Las especies sociales han desarrollado también lo que se llama "rituales de pacificación", consistentes en una serie de pautas desarrolladas por el individuo más débil y que inhiben la agresividad del más fuerte, como son las actitudes sumisas y la exposición de las partes del cuerpo más débiles sin defensa alguna.

Estos fenómenos de agresión pueden hacerse cada vez más complejos y entretejerse en ellos complicadas pautas. Así, el instinto gregario de muchas especies para formar grupos, no es nada más que la agresión reorientada hacia fuera e inhibida hacia dentro. Los grupos, ante la presión exterior, aumentan su cohesión interna en forma proporcional.

Por ello, puede afirmarse que también existe una tendencia innata a la sociabilidad. Los mismos mecanismos filogenéticos que han fijado en el material hereditario las tendencias agresivas, han hecho lo mismo con los ritos y pulsiones

vinculadoras, cuya finalidad última es la inhibición de la agresividad. Un ejemplo típico es la inhibición de la agresividad que producen los caracteres infantiles, y que es perfectamente explicable con un proceso filogenético de fijación temprana, con un gran valor selectivo, pues una especie que no lo poseyera correría el peligro de perder a muchos de sus jóvenes en manos de los adultos. El comportamiento conciliador y amistoso madura en el hombre desde su infancia. En la relación madre-hijo aprende el individuo la relación y la cooperación con miembros de su especie.

Se ha pretendido que este modelo pre-programado del comportamiento del hombre es una restricción a su libertad, y se ha intentado también equiparar el concepto de instinto con las tendencias más bajas del hombre. Pero las mayores aberraciones de las que el ser humano es capaz rara vez las observamos en los animales cuando éstos viven libremente, y es la tendencia existente en el ser humano a rechazar sus pautas naturales de comportamiento y actuar según sus "propias normas" elaboradas por la razón, lo que mayores desviaciones ha producido. Nuestros instintos son a la vez restricción y fundamento de nuestra libertad.



El comportamiento humano no es sólo fruto del intorno en que vivimos, de la educación que recibimos, de la cultura en que nos desenvolvemos, sino que muchos de nuestros actos tienen profundas motivaciones biológicas, condicionadas por la memoria genética de la especie desde la noche de los tiempos. Existe pues una "ley natural". Sin embargo, el hombre, porque tiene libertad para escoger, puede elegir entre vivir de acuerdo con la naturaleza, o elaborarse él mismo sus propias normas de vida y convivencia, confiando en su presunta y omnipotente superioridad racional.

La mayoría de las religiones, leyendas y mitos, e incluso las "modernas" doctrinas materialistas como el marxismo y el psicoanálisis, nos hablan del trauma primigenio de la especie humana, el momento en el que perdió el contacto con una instancia superior, con una inocencia real en la que era feliz. Tal vez haya algo de verdad en todo esto; tal vez ese trauma inicial surgiera en el preciso momento en que el hombre quiso abandonar su instinto biológico como norma de vida y comenzó a desarrollar su conducta de una forma racional.

Konrad Lorenz, moralista

Alain de Benoist

Insistiendo a justo título en el derecho de cada uno a la igualdad de oportunidades –afirmaba Konrad Lorenz–, se ha llegado, en un espíritu de confusión pseudodemocrática, a la convicción de que la aptitud para la utilización de oportunidades es también la misma para todos, y que se puede hacer paralelamente de todo no importa qué. Para negar que existen entre los hombres diferencias innatas, se ha postulado que es posible condicionarlo para cualquier cosa. Gracias a Dios, este no es el caso".

La especie humana atraviesa actualmente un periodo de "cambio". El orden antiguo ha muerto. El nuevo orden aun no ha nacido. Estamos en un *interregnum*, el momento que precede a la regeneración y al "retorno" (*Umschlag*) de la historia.

La *aptitud a la cultura* es la que sufre la mayor amenaza. Ahora bien, nos asegura Konrad Lorenz que esta aptitud no es otra cosa que "el órgano de la civilización".

Aquí, pueden descubrirse, explica, "la dualidad de dos mecanismos *antagonistas*: uno que tiende a *fijar* lo que es adquirido, en tanto que otro intenta *suprimir* gradualmente lo fijado a fin de reemplazarlo por una realidad superior. La *falta de fijeza* provoca la formación de monstruos, tanto en el dominio de la herencia genérica como de la tradición cultural. La *falta de cambios* entraña la pérdida de poder de adaptación, la muerte del arte y de la cultura". En otros términos: cuanto más se escleriotiza el orden, más se destruye.

Conclusión: "Cada generación debe recrear un nuevo equilibrio entre el mantenimiento de la tradición y la ruptura con el pasado".

Y, precisamente porque este mecanismo está fallando, Konrad Lorenz se hizo moralista, inquieto ante "la degradación de la calidad de la vida".

Un ser de cultura

En el libro que publicó, apresuradamente, en 1973, *Los siete pecados capitales de la civilización* (que se continúa con *El reflejo del espejo*, 1975), Lorenz enumera los siete grandes "errores" principales que amenazan no solamente nuestro futuro inmediato, sino la existencia misma de la especie humana.

La obra comienza con esta declaración: "La humanidad es, hasta el momento, un todo funcional que está completamente perdido en busca de su camino".

Cada uno de estos "pecados capitales" se remite a las amenazas del conjunto, dejando ver que la solución es imposible para cada uno de ellos por separado: la superpoblación y (sobre todo) el desequilibrio demográfico, la contaminación y el expolio de los recursos naturales, el *stress* provocado por el terrorismo y la posibilidad de ser un objetivo potencial, el peligro atómico, etc. Pero (sorpresa) no es en estos peligros "evidentes" en los que Konrad Lorenz más insiste, sino en los otros menos conocidos, a saber: "las perturbaciones de un comportamiento que tiene, en su origen, un valor para el mantenimiento de la especie".

En primer lugar, la ruptura del equilibrio entre las pulsiones agresivas y las inhibiciones tradicionales.

En sus trabajos anteriores, Konrad Lorenz había dejado establecido que la agresividad, lejos de ser una "pulsión patológica", tiene como finalidad la supervivencia de los individuos y los grupos. En un mundo donde el antagonismo es la regla, contra más un organismo esté desprovisto de agresividad, más vulnerable es y más inadaptado a la vida se encuentra.

La agresividad, como la mayor parte de las pulsiones instintivas, pone en juego las reacciones afectivas emocionales ("animales"), que se ponen en marcha espontáneamente. Estas reacciones encuentran su localización física en lo que el fisiólogo Paul McLean denominó "viejo cerebro" (situado en el hipotálamo), por oposición al neocortex, lugar de las reacciones racionales y "humanas".

En el individuo normal, las pulsiones que se forman a nivel del paleocortex son en general dominadas por el neocortex. En caso contrario, el hipotálamo bloquea el cortex y la razón parece paralizada: esto explica ciertas características de la psicología de los locos y los dementes.

En el seno de la sociedad, se descubre esta misma interacción entre el orden y el desorden, entre las pulsiones racionales y las pulsiones afectivas.

"Como justamente comentó Arthur Gehlen –nos dice Lorenz–, el hombre, por su naturaleza, es decir su filogénesis, es un *ser de cultura*. Por decirlo de otra forma, sus impulsos naturales y su control consciente, impuesto por la sociedad forman un sistema único en el interior del cual estos dos factores son complementarios".

En *La ley natural* (1971), Robert Ardrey dejó escrito: "Sin el *orden*, que solamente puede crear la sociedad, el individuo vulnerable perece. En revancha, sin un cierto *desorden* permitiendo y favoreciendo el pleno desarrollo de la diversidad de sus miembros, la sociedad se marchita y se disgrega en las competiciones de la selección del grupo".

Normalmente, entre las tendencias contradictorias se establece un equilibrio mediante un fenómeno de regulación interna análogo al *feed-back* ("retroalimentación") de la cibernética.

Konrad Lorenz piensa que este equilibrio, en la sociedad humana contemporánea, se ha roto, y por ello estamos pasando por "oscilaciones" cuya amplitud puede devenir temible.

"La opinión que se eleva contra una opinión siempre responde a una razón –observa. Pero si en este enfrentamiento la oposición adopta formas tan exageradas que no se toma tiempo en comprender al contrario, si la opinión reinante se enfrenta toda y de golpe, entonces, el péndulo oscila en sentido inverso hacia una opinión igualmente exagerada". Las pasiones y las ideologías acentúan este fenómeno, que desemboca ya en la dictadura ya en la anarquía. Ambas, por cierto, "dictadura" y "anarquía" pueden estar encubiertas "democráticamente".

Es probable que en este sentido pueda apreciarse mejor el problema de la demografía. Porque "Es importante no solamente saber cuántos hombre puede sustentar la Tierra, sino también a partir de qué densidad, de qué proximidad, los hombres comienzan a agredirse los unos a los otros".

¿Qué hacer para que la agresividad no adopte formas patológicas? Lorenz señala que sería vano esperar hacerla desaparecer suprimiendo las "situaciones estimulantes" en las cuales se *pone en marcha* el comportamiento agresivo, o bien oponiendo al mismo un *veto* moral: "La puesta en práctica de uno u otro de los dos métodos equivaldría a pretender disminuir la presión de una caldera cerrando la válvula de seguridad".

Lo único *humanamente posible* sería reorientar la agresividad natural hacia formas de actividad que permitan una "descarga catártica": la competición científica, el deporte, que provoca el "entusiasmo militante", etc.

La "tibieza mortal" del mundo contemporáneo

Otro peligro: la *desviación* del sentimiento innato que posee todo individuo normalmente constituido para proteger a los más débiles y revolverse contra la injusticia.

En su estado natural, este sentimiento contribuye, también, a la supervivencia del grupo. En una sociedad evolucionada, donde la selección natural ya no actúa, tal sentimiento puede, por el contrario, provocar la disolución de la sociedad.

En 1940, Konrad Lorenz había escrito: "En los tiempos prehistóricos de la humanidad, la selección por medio de la dureza, el heroísmo, la utilidad social, etc., se había efectuado únicamente por factores exteriores hostiles. En la actualidad, este rol ha sido sustituido por una organización humana" (*Zeitschrift für angewand Psychologie und Charakterkunde*).

En una entrevista con Friedrich Hacker (*Agresión y violencia en el mundo moderno*, 1972), Lorenz comenta: "Desgraciadamente, los intereses de la especie se oponen a las exigencias humanas".

En 1973 precisaba: "Los sentimientos humanos que debemos tener para cada uno en particular se oponen a los intereses de la especie humana en general. La piedad que debemos hacia nuestros congéneres, cuya inferioridad puede provenir de lesiones irreversibles de la infancia o de taras hereditarias, nos empuja a protegerlos de los seres normales. Por otra parte, no podemos emplear los calificativos de "superior" e "inferior", hablando de seres humanos, sin ser sospechosos de defender la cámara de gas".

Ejemplo: "En sus conferencias en la clínica Menniger de Topeka, Hacker citaba el caso de un asesino sometido a un tratamiento psicoterapéutico, más

tarde considerado sano y puesto en libertad. Al poco tiempo, cometió un nuevo asesinato, y después otro más. Fue necesario que este hombre ejecutase a su cuarta víctima para que una sociedad engreída de principios humanitaristas democráticos y conductistas admitiese que tal hombre presentaba un peligro público".

"La convicción elevada al rango de religión –prosigue Lorenz– de que todos los hombres son iguales y que las taras y defectos del criminal son debidas a una educación fallida por la falta de los educadores, contribuye a aniquilar el normal sentimiento del bien y del mal, premiando moralmente al culpable, que se considera a sí mismo como una víctima de la sociedad (...) El individuo deficiente en el dominio afectivo y social es un enfermo digno de compasión. Pero la deficiencia es el mal en sí".

Konrad Lorenz llama nuestra atención sobre la "debilidad mortal" (*Wärmetod*: la "muerte caliente") reinante en el mundo contemporáneo.

En la naturaleza, "cada aprendizaje de un comportamiento, conformado con una recompensa, empuja al organismo a acomodarse a situaciones penosas, a causa del placer obtenido. Dicho de otra forma, el organismo acepta sin protestar situaciones que, antes del entrenamiento, habrían provocado por su parte reacciones de aversión e inhibición. Un perro o un lobo, por ejemplo, para apoderarse de una fuente de alimentos suculentos, sería capaz de hacer una serie de cosas que normalmente se negaría a hacer, como atravesar zarzas, saltar sobre agua fría, exponerse a peligros para él evidentes, etc."

Brevemente, cuanto más se desea una cosa, más se acepta sufrir para obtenerla. Este equilibrio entre "placer" y "sufrir" es la base de toda economía.

Durante siglos, los hombres han dado valor a las cosas que les ha costado trabajo procurarse. "A las rudas semanas, felices fiestas", decía Goethe. Esos tiempos han pasado. "Por la dominación progresiva de su medio, el hombre moderno ha desplazado, por la fuerza de las cosas, el equilibrio "placer-sufrir" en el sentido de una *hipersensibilidad creciente en desconsideración de toda situación penosa*, y por ello su capacidad de juicio de ha debilitado".

"No somos conscientes de hasta qué punto dependemos del "confort" moderno. La más modesta empleada del hogar se revolvería violentamente si pusiesen a su disposición una habitación con la misma calefacción, la iluminación y la litera que en su tiempo pudieron disponer el emperador Carlos V o la duquesa de Weimar".

La hipersensibilidad al sufrimiento hace inaccesible la alegría: "Helmut Schulze ha señalado el hecho sorprendente de que ni la palabra ni el concepto de "alegría" aparecen en toda la obra de Freud. Freud conoce el goce y el placer, pero no la alegría. Cuando, dice Schulze, se accede a la cima de una montaña difícil de subir, con los músculos dolorosos, los dedos entumecidos por la escalada y la perspectiva de afrontar los mayores riesgos y dificultades en el descenso, uno no piensa en el placer, sino en la alegría".

Gracias a la manipulación de la moda, una cierta industria tiende a fomentar este deseo de *satisfacción inmediata*, creando necesidades y produciendo "objetos-inmediatamente-obsoletos" (*built-in-obsoletion*).

"La intolerancia a la pena, que no cesa de aumentar en nuestros días, transforma los altos y los bajos naturales de la vida humana en una planicie artificialmente nivelada. Y esta tendencia engendra un *aburrimiento* mortal".

El hombre cuyo placer está debilitado por el hábito y la facilidad está, en efecto, predispuesto a buscar emociones siempre *nuevas*, siempre *más fuertes*, a desear aquello que está más allá de la norma: la droga, las perversiones, la violencia...

"Los hombres –continúa Lorenz– están hoy día aquejados de un estado de ablandamiento peligroso que puede conducir verdaderamente a la ruina de la cultura".

El amor enfermo por la novedad se denomina "neofilia". Una exageración patológica de este rasgo característicamente humano es la "neotenia", la exigencia de una *satisfacción inmediata* de todo deseo en germen, que es un rasgo característico de la infancia, comenta Lorenz. Antaño, al transformarse en adulto, el adolescente aprendía la paciencia. Hoy, la paciencia es una cualidad inútil: la "infancia mental" se extiende en el tiempo más allá de la "infancia psicológica". El igualitarismo, que alinea a todos por lo más bajo, además de infantilizar a los adultos, añade las desventajas de una civilización *fool-proof*, valga decir donde los "imbéciles" pueden ocupar los primeros puestos.

"La cuestión está en saber si las características infantilizantes del programa genético están en trámite de desarrollarse en proporciones desastrosas".

El desmoronamiento de la tradición

Konrad Lorenz constata grandes analogías entre el desarrollo de los individuos y la evolución de las civilizaciones, y la filogénesis de las especies.

La ideología que domina en el presente, nos comenta, es una ideología del menor esfuerzo, que rechaza toda jerarquía y toda contrariedad. Ahora bien, la aceptación de la contrariedad, bajo todas sus formas, es una de las características de la madurez. En las doctrinas igualitarias, se da, al contrario, un utopismo pueril que encuentra en el culto a lo infantil ("el niño al poder") una prolongación natural. Según Rousseau, el hombre, en su estado de naturaleza, es intrínsecamente "bueno": la sociedad le corrompe: según ciertas tesis a la moda, el carácter del niño es naturalmente inocente: el adulto le corrompe. La querella generacional ocupa así su lugar ideológico-socio-político.

"La revolución de la juventud actual está fundada sobre el *odio*. La juventud revuelta reacciona contra la generación anterior como lo haría un grupo cultural contra una etnia extranjera".

Konrad Lorenz señala, sin embargo, que la revolución juvenil no es un mal en sí. El adolescente, como el cangrejo, debe refugiarse en su caparazón para crecer: para liberar su personalidad propia debe tomar distancias frente a ese mundo con que se identificó siendo infante. Los tiempos de la "justa medida" vendrán después. Hasta aquí todo es normal.

"En la época de la pubertad, los jóvenes se desapegan de la tradición paternal. Su función generacional debe ser la de criticar, *hasta cierta medida*, los antiguos ideales, de investigar nuevos caminos y tácticas (...) pero, al mismo tiempo, la coherencia de la tradición jamás debe ser verdaderamente rota".

Konrad Lorenz responsabiliza a los padres, por la dimisión de su responsabilidad, del desmoronamiento de la tradición. La denominada "educación anti-autoritaria" no es mas que un bonito pretexto para evitar las fatigas de una educación bien comprendida.

"Estamos criando generaciones de miles, cuando no millones de niños neuróticos por culpa de la célebre "educación anti-autoritaria" destinada a evitar frustraciones. Millones de personas frustradas de por vida son la causa de una educación que pretende evitar frustraciones".

Explica: "El niño educado en el interior de un grupo no-jerárquico se encuentra en una situación absolutamente artificial. No puede reprimir su tendencia instintiva a ocupar el primer lugar, tiraniza a los padres que le oponen resistencia y se ve obligado a asumir un rol de *jefe* en el cual, en verdad, no se siente nada cómodo. Cuando ensaya molestar a sus padres para provocar de su parte una justa indignación, no recibe la respuesta agresiva que

inconscientemente espera, sino que se choca contra un muro de goma de bellos discursos y de frases pseudo-racionales que para él no significan nada".

"Pero ningún hombre se ha sentido jamás identificado con un pobre esclavo, y ninguna persona está dispuesta a admitir los valores culturales respetados por este esclavo. Y esta es la "imagen del padre" que manifiestan gran parte de los adolescentes de la actualidad".

Frente a una contestación que afirma el antagonismo irreductible de la autoridad y del amor, Lorenz proclama: "El reconocimiento de una situación jerárquica no es un obstáculo para el amor. Siendo niños, todos y cada uno de nosotros hemos amado tanto y mejor que a nuestros iguales e inferiores a las personas que hemos admirado y a las que hemos estado sumisos".

"Un hombre en el cual el comportamiento social no haya alcanzado el grado de madurez suficiente, permanecerá en un estado de *infantilismo* y no podrá ser sino un *parásito* de la sociedad. Continuará siempre demandando la solicitud de los adultos, igual que cuando era niño. Innumerables jóvenes que se revuelven hoy día contra el orden social lo hacen, en realidad, contra sus padres. A despecho de esta actitud, pretenden estar bien cuidados por esta misma sociedad y sus padres. Este es un signo de un comportamiento infantil irreflexivo. Si estos estados frecuentes de infantilismo, junto al progreso creciente de la criminalidad juvenil, reposan en el hombre civilizado, como me inclino a creer, sobre anomalías genéticas, corremos un grave, muy grave peligro de autodestrucción".

A fin de cuantas, afirma Lorenz, los "ocho pecados capitales" son los signos más visibles de un proceso de deshumanización. Y este proceso está favorecido por esta "doctrina pseudo-democrática según la cual el comportamiento social y moral del hombre no está absolutamente determinado por la evolución *filogenética* de su sistema nervioso o de sus órganos sensoriales, sino que únicamente está influenciado por el "condicionamiento" que ha sufrido en el curso de su *ontogénesis*".

"Es insensato suponer –continúa– que se puede destruir un bosque para reemplazarlo automáticamente por otro nuevo. Ahora bien, asistimos en nuestros días al desmoronamiento continuo de factores irremplazables que aseguran la trasmisión de la tradición y que refuerzan los factores de ruptura. Destruyendo las instituciones y los dones antiguos, nos estamos condenando a una verdadera regresión (...) Si esta evolución continúa de modo incontrolado, si ningún mecanismo, ninguna institución de conservación hace aparición, el fenómeno

bien podría significar el fin de la civilización y, yo al menos lo pienso muy seriamente, la regresión del hombre a un estado pre-cromagnoide".

Es de señalar que el marxista Jean-Michelle Goux, profesor en la universidad de París VII, reprocha al autor de *La agresión* "tratar como fenómenos biológicos aquellos que están manifiestamente ligados a la concurrencia capitalista" (*L´Humanité*, 2-10-1973) !!!

Para Konrad Lorenz, la solución de los problemas actuales no pasa solamente por "la especulación ideológica" sino por "un paciente trabajo de investigación inductiva, consistente en identificar las verdaderas causas y actuar sobre ellas".

Y para ello es necesario, para comenzar, conocer la realidad de la vida.

"No considero utópico –declaró Konrad Lorenz–, dar a todo ser humano sensible un conocimiento suficiente de los hechos esenciales de la biología. La biología no es sólo una ciencia fascinante, sino que nos concierne directamente en cuanto que somos seres vivos (...) La enseñanza cualificada de la biología constituye el único fundamento sobre el cual establecer sanas opiniones concernientes a la humanidad y sus relaciones con el universo".

Robert Ardrey diría más tarde: "Es verdaderamente dramático que dos siglos después de Rousseau sus errores sigan influenciando a miles de personas, como si las evidencias de las ciencias naturales no los hubiesen desmentido hace ya mucho tiempo".

Una perspectiva fisiológica del conocimiento

En *El reflejo del espejo. Una historia natural del conocimiento* (1975) obra que pretendía ser una continuación a *Los siete pecados capitales de la civilización*, Konrad Lorenz intentó ofrecer una visión de conjunto de los mecanismos cognitivos humanos. Precisa que esta tarea es la previa indispensable a un "autoanálisis del hombre civilizado fundado sobre conocimientos biológicos".

Desbordando ampliamente la etología para asentarse en la antropología y la sociología sobre bases nuevas, recuerda que nuestro conocimiento del mundo está estrechamente ligado a la apariencia fisiológica (el "espejo" humano) que nos da el reflejo. Esta apariencia perceptiva y cognitiva reposa en las bases *innatas*, heredadas de la evolución de la especie. No existe, pues, ni "razón" ni "conocimiento" autónomos: las relaciones entre el hombre-percibidor y el mundo-percibido forman un sistema orgánico de interacciones. Por lo mismo, no

existen "experiencias a priori": la evolución en sí misma es un "stock" de informaciones, a las que el hombre añade lo que adquiere de propio. Progresivamente, todas las actividades espirituales, intelectuales y tecnológicas de la humanidad se ven así reemplazadas en una perspectiva filogenética.

La teoría de la percepción y la teoría del conocimiento propuestas por Konrad Lorenz contradicen a los racionalistas, que pretenden poder conocer el mundo "objetivamente", y a los idealistas, que pretenden estudiar la "naturaleza humana" sin tener en cuenta el mundo en el que está "reflejada".



Historia de la Etología

Fernando García Mercadal

No cabe duda que ha sido *KONRAD LORENZ,* Premio Nóbel de Medicina en 1973, quien ha popularizado los estudios etológicos acercando al gran público una ciencia que era prácticamente desconocida hasta hace unos años. De su mano la Etología, o Biología del comportamiento comparado entre el Hombre y los animales, ha irrumpido con fuerza en el ámbito de nuestra cultura, revolucionando los planteamientos clásicos sobre los que descansa la *ciencia del sistema* y reforzando con sus postulados los principios de orden y jerarquía defendidos por la sociedad tradicional.

Nacimiento de la Etología

¿Pero cuándo surgió y de dónde procede la Etología? Para WILLIAM THORPE, historiador de esta disciplina, la respuesta es muy clara: apareció en Francia a finales del siglo XVIII, aunque existían precedentes más remotos en la Zoología y en las Ciencias Naturales cultivadas en las centurias anteriores. Será un *aficionado*, G.G. LEROY (1723-1789), guardabosques de Versalles, quien con su obra *La inteligencia y afectabilidad de los animales desde un punto de vista filosófico,* con unas pocas palabras sobre el hombre se convierta en el precursor de esta ciencia, aún cuando fue JEAN-BAPTISTE LAMARCK (1744-1829) su primer propagador al sostener en su Filosofía Zoológica (1809) que el impulso animal era un factor muy importante en la adaptación de las especies. No obstante, la primera presencia de la Etología -en el sentido actual del término- en la discusión científica europea no tendría lugar hasta los célebres debates sostenidos durante 1830 en la Academia de París entre ETIENN GEOFROY SAINT HILARIE, defensor de la causa lamarckiana y su colega GEORGE COUVIER, figura principal de la biología francesa de su tiempo. Años más tarde ALFRED GIARD (1846-1908), fundador de varias estaciones biológicas en suelo galo, utilizaba por vez primera la expresión *Etología* para referirse a sus investigaciones.

La contribución anglosajona al desarrollo de la Etología ha sido también importante. En 1872 aparece publicado en *Nature* un trabajo sobre el instituto cuyo autor -un joven llamado DOUGLAS SPALDING- inicia la lista de científicos británicos dedicados al estudio de la psicología animal. El mismo año se editaba *La expresión de las emociones en el hombre y los animales* de CHARLES DARWIN. Ambos influirán en los trabajos de LLOYD MORGAN, algunas de cuyas obras como *Hábito e Instinto* (1896) y *Comportamiento animal* (1900) tuvieron una enorme repercusión entre los científicos de su tiempo. Por lo que respecta a los Estados Unidos son ya clásicos los tratados de CHARLES WHITMAN y WALLACE CRAIG sobre el aprendizaje de las palomas y los estudios de WILLIAM MORTON WHEELER sobre las comunidades de insectos. Sin embargo el tremendo éxito de la *teoría del condicionamiento* de PAVLOV y la difusión de las ideas conductistas -pese a los intentos de KARL SPENCER LASHEY por contrarrestar su influencia con su análisis de la *función cortical*- explican el largo período de ostracismo en el que entrará a partir de este momento la Etología americana. De la mano de etólogos como Ardrey, von Frisch y otros, la Etología ha atestado un golpe de muerte a las ideologías de la uniformidad.

Lo innato y la agresividad

Esta situación será el motivo de que corresponda a los investigadores europeos -austriacos y alemanes principalmente- la consolidación final de la Etología tal como la conocemos hoy. Entre los mismos citaremos a JAKOB von UEXKÜLL (1864-1944) que en un intento por acabar con el enfoque antropocéntrico que todavía tenían las investigaciones sobre los animales propone una nueva nomenclatura para designar sus *conductas*, a KARL von FRISCH cuyos trabajos sobre el *lenguaje* de la abeja de la miel son muy conocidos y sobre todo a OSCAR HEINROTH por quien KONRAD LORENZ siempre tuvo especial predilección considerándolo maestro suyo. Es precisamente LORENZ, nacido en Viena en 1903, la figura clave de todo este movimiento tal y como apuntábamos al principio. Desde temprana edad fue un observador infatigable de la naturaleza y un paciente domesticador de animales, los cuales -especialmente los gansos- tuvieron una importancia decisiva en sus prácticas biológicas. Estudió Medicina, Zoología y Filosofía en la capital austriaca y en los Estados Unidos. Durante la II Guerra Mundial se incorporó al ejército alemán como oficial metódico, cayendo prisionero de los soviéticos en el frente oriental.

Dos son los pilares básicos sobre los que se ha desarrollado toda su obra científica: el concepto de lo *innato* (el instinto o patrón heredado de comportamiento) y el concepto de agresividad, entendida como impulso indomable pero con la posibilidad de ser reconducido mediante el rito y la jerarquía. Se replantea de este modo la polémica entre ambientalistas y partidarios de la herencia, polémica que tenía en el campo de la Filosofía una respetable antigüedad (recuérdese el *innatismo kantiano* y la *tabula rasa* de Locke, por poner un ejemplo) y que se prolongará en el ámbito de la Psicología entre quienes resaltan los factores de aprendizaje y la *Escuela de Gestalt* que destaca y maduración. LORENZ pondrá en cierto modo fin a la discusión al demostrar que el Hombre no es un ser aislado sino que nace y vive condicionado por sus genes.

La revolución etológica

Discípulos de LORENZ y contemporáneos suyos son von HOLST, primer Director del Instituto Max Planck dedicado al estudio de la fisiología del comportamiento y el holandés NIKOLAS TINBERGEN, durante muchos años profesor en Oxford y animador de la Etología inglesa de la postguerra. Con una obra científica muy original no podemos dejar de citar a IRENAUS EIBL-EIBESFELT, quizás el etólogo que ha expuesto con mayor profundidad el tema de la agresividad humana, impulso que lo hace coexistir con un instinto de sociabilidad igualmente poderoso y a ROBERT ARDREY formulador de la teoría del *imperativo territorial* que vincula a todo ser vivo con una determinada demarcación natural.

De la aplicación de la Etología a las Ciencias Sociales ha surgido la SOCIOBIOLOGÍA, nacida formalmente en 1975 fecha en la que E.O. WILSON publica su *Sociología, la nueva síntesis.* Disciplina híbrida, demuestra el error de quienes creen en el ambiente y la cultura como determinantes de la aparición de las razas, la tendencia social o antisocial de los hombres y su vocación sacerdotal, guerrera, artesana o campesina. Con sus postulados se han derribado muchos de los planteamientos de la Sociología convencional.

En definitiva, la Etología -*la revolución etológica* como han preferido referirse algunos escritores- con su respaldo científico a quienes combaten por un mundo ordenado y creador ha atestado un golpe de muerte a las ideologías de la uniformidad. No es de extrañar por tanto que los ambientes que se han rebelado con mayor virulencia a sus aportaciones sean los dominados por el marxismo y el psicoanálisis.

Konrad Lorenz, el padre de la teoría del comportamiento

Friedrich Deich

Cuando, terminada la Segunda Guerra Mundial, la sociedad «Max Planck» le ofreció la dirección de un Instituto que estaría destinado a investigar la Psicología del comportamiento, Konrad Lorenz recorrió los campos y prados del Viejo Imperio, como, siguiendo una vieja y fea costumbre, se solía llamar entonces aún a la República Federal Alemana en Viena, ciudad natal de nuestro investigador. Lorenz buscaba un nuevo hogar para sus gansos grises; a decir verdad, no sólo para éstos, pero lo cierto es que a partir de este momento, el nombre de Konrad Lorenz irá ligado para siempre a los gansos grises.

Lorenz buscaba un lugar en medio de la Naturaleza, lejos de las moradas de los hombres, para poder estudiar el comportamiento de sus animales. Buscaba un prado con un pequeño lago.

Entre Starnberg y Herrsching encontró lo que buscaba.

Y bautizo el lugar con el nombre de "Seewiesen" [los Prados del Lago].

El nombre de Seewiesen no figura en los mapas. Pero Seewiesen se ha convertido en la Meca de los investigadores del comportamiento.

La investigación del comportamiento, o Etología, es una de las ramas más recientes de las Ciencias Naturales. La Etología pretende trazar un cuadro completo del comportamiento de los animales sobre un gráfico llamado

etograma. En ocasiones es llamada también Psicología animal, pero el término puede inducir a error, ya que de acuerdo con su etimología, Psicología significa tratado del alma. Por esto se ha estudiado su comportamiento con métodos científiconaturales. El concepto «alma» es rehuido sistemáticamente. En el behaviorismo —versión americana de la teoría del comportamiento europea—, fundado por John Watson, se han eliminado totalmente conceptos y expresiones de la Psicología tradicional, como 'pensar', 'sentir', 'percibir', etc. Lorenz y su escuela no llegan a tal extremo. Por el contrario, en ocasiones el maestro mismo recae en un antropomorfismo que es precisamente lo que la Etología trata o, para ser más exactos, debe tratar de evitar. Pero que nadie se enfade, pues él no sólo lo sabe, sino que, por lo general, suele pedir disculpas por tales deslices. He aquí un ejemplo, sacado de un trabajo suyo escrito en 1931:

«Así que uno se ha familiarizado un poco con la manera de moverse que tienen las grajillas, se advierte en seguida en estas [aves] viajeras su falta de conocimiento del lugar. Aparte de su tendencia a conservar una determinada orientación en tanto surcan los aires a gran altura, se comportan casi igual que las crías de su misma especie faltas de guía; tan pronto como tienen que descender para buscar alimento o para pasar la noche, vuelve a hacerse visible la misma inseguridad y falta de decisión... Luego, así que todas se han posado felizmente, tornan a levantar el vuelo, con regularidad, unas cuantas veces, hasta que, por fin se calman.»

Así pues, aquí se dice, de forma casi explícita, que las grajillas son indecisas, lo cual equivale a decir que, en circunstancias normales pueden tomar decisiones. Y, ¿cómo toman las grajillas sus decisiones? ¿Por votación o por decisión de la mayoría? Si esto no es antropomorfismo... Pero Lorenz lo sabe muy bien, pues unas líneas más adelante, escribe: «Me doy perfecta cuenta de que todo esto tiene un intenso olor a antropomorfismo, pero...»

A decir verdad, no convence la razón que Lorenz aduce tras su «pero» a favor de este antropomorfismo, pero viene a demostrarnos que el investigador vienés se da perfecta cuenta del contrasentido en que ha incurrido. Sin embargo, como quiera que toda su obra escrita está salpicada de tales contrasentidos, uno no puede menos que preguntarse una y otra vez:

¿A qué viene esto?

Konrad Lorenz acababa de pronunciar una conferencia en la Academia Católica de Baviera; el tema elegido había sido, una vez más, la selección intraespecífica, esa selección que tan fatales consecuencias habría de tener para el

hombre, ya que, con ella, éste aprendió a matar a individuos de su misma especie (lo que, excepción hecha de nosotros, sólo se da en las ratas). En la discusión se le reprochó que, sirviéndose de concatenaciones analógicas, habría referido al hombre las conclusiones a que había llegado en el campo animal. Se dijo que el hombre, poseedor de un alma espiritual, estaba al margen del reino animal y por encima del mismo. Se habló de Moral, de Ética, de costumbres, de religión; el resultado a que se llegó fue más o menos: el hombre no es agresivo por naturaleza; el hombre es bueno; el medio es el que lo hace malo.

A esto respondió Konrad Lorenz, evidentemente excitado:

«¿Dónde está, pues, ese hombre bueno? Eso no es más que una figura ideal.»

Alguien de entre el público le gritó de repente: «¡Acuérdese de Teilhard de Chardin!»

A lo que Lorenz contestó:

«¡Nadie tiene que recordarme el nombre de Teilhard de Chardin! Teilhard de Chardin habla, en realidad, del hombre futuro, tal como éste llegará a ser tras el proceso evolutivo y sólo entonces. Pero yo estoy hablando del hombre de ahora, y digo que este hombre no está aún completo. Los seres humanos no somos lo que creemos ser. El 'missing link', ese eslabón perdido entre el simio y el "Hombre", que todos buscamos, somos nosotros.»

Todos rieron la ocurrencia, al parecer espontánea e intranscendente; y, sin embargo, quienes después han tenido la ocasión de leer su libro «Das sogenannte Böse» [El pretendido mal], han caído en la cuenta de que ya entonces Lorenz hablaba en serio. En esta obra el etólogo vienés nos dice:

«La razón de que me ocupe aquí con tanto detalle de los peligros de la selección intrespecífica, dejando a un lado la función perpetuadora de la especie que cumple la agresión, es la siguiente: ninguna otra característica o actividad puede resultar tan paradójica y contraproducente como el comportamiento agresivo en su manifestación destructora o dañina. Más adelante veremos qué consecuencias ha tenido esto en algunos animales, como, por ejemplo, en el ganso del Nilo y en el turón. Pero, por encima de todo, es más que probable que la manifestación dañina de ese instinto de agresión que los hombres llevamos, aún hoy, en la médula de los huesos, fu producto de un proceso de selección intraespecífica que actuó sobre nuestros ascendientes a lo largo de varios milenios; concretamente a lo largo de todo el Paleolítico. Cuando los hombres,

merced a sus armas, a sus ropas y a su organización social, consiguieron, al fin, mantener a raya los peligros exteriores del hambre, el frío y la voracidad de los grandes animales de presa, y, en consecuencia, estos dejaron de ser factores básicos del proceso selectivo, debió de entrar en acción una selección dañina, intraespecífica. Ahora, el factor que promovía la selección era la guerra que hordas humanas vecinas y rivales mantenían entre sí. Y este factor debió provocar el culto y cultivo de todas esas "virtudes guerreras" que, por desgracia, aún hoy siguen siendo para muchas personas ideal digno de nuestros mejores esfuerzos.»

En el último capítulo de dicha obra, Lorenz vuelve a insistir en nuestra condición de eslabones que va del simio al "hombre", y nos dice:

«Si yo tuviera que ver necesariamente al hombre como imagen definitiva de Dios, me enfurecería con Dios. Pero si tengo presente que nuestros antepasados fueron monos vulgares y corrientes, hermanos del chimpancé, hasta una época recentísima desde el punto de vista de la historia de la Tierra, veo, al fin, un destello de esperanza. No es necesario alimentar un optimismo prepotente para reconocer que de nosotros, los humanos, puede surgir algo mejor y más elevado. Lejos de ver en el hombre la imagen incontrastable y definitiva de Dios, me limito a afirmar modestamente y, según creo, con gran respeto para con la Creación y sus inagotables posibilidades: nosotros somos el eslabón entre el animal y el hombre auténticamente humano, tanto tiempo buscado.»

Una vez más se nos dice que el hombre ha de empezar por llegar a ser auténticamente hombre o, lo que es lo mismo, por humanizarse. Pero el optimismo de que aquí se habla ha sufrido, después, un cambio radical. Konrad Lorenz está hoy muy lejos de aquella actitud que lo llevó a creer que el hombre podría convertirse algún día en esa criatura humana y humanizada que hoy tan sólo pretende ser. En las charlas dirigidas a sus antiguos compañeros de colegio en Viena y en alguna conferencia pronunciada en la Asamblea de Naturistas y Médicos Alemanes, se advierte un profundo e inequívoco pesimismo.

El hombre —viene a decirnos Lorenz— no consigue ya trasformarse en hombre. Ahí está como prueba de ello la bomba atómica..., pero dejemos esto.

No han faltado quienes se han sentido ofendidos por las palabras de Konrad Lorenz, arguyendo: si el hombre no es hombre ¿qué es entonces?

Con ésta, se abren interrogantes tan trascendentales como ¿tiene el hombre —esto es, el eslabón que ha de unir al animal con el ser 'humano'— voluntad propia, o no?

El animal, se nos dice comúnmente, no la tiene. He aquí la actitud de Lorenz ante esta cuestión.

«Los hombres se ven sacudidos por el disparatado miedo de que el total esclarecimiento de las causas primeras del acontecer cósmico pudiera evidenciar que la libre voluntad del hombre es mera ilusión. En realidad, el hecho de que yo soy el que quiere está tan fuera de toda duda como mi propia existencia. Sólo bajo una consideración muy superficial, la libertad de la voluntad parece como si consistiera en poder querer, sin condicionamiento alguno, lo que a uno le viniera en gana. Pero esto sólo es así para quien no está dispuesto a aceptar la causalidad.

»Recuérdese la avidez con que fue recibida la indeterminabilidad del proceso microfísico, la acausalidad de los saltos cuánticos, y cómo sobre ella se levantaron teorías que pretendían conciliar el determinismo físico y la fe en la libre voluntad del hombre, aun cuando a ésta sólo le quedaba ya la triste libertad del dado que cae por casualidad. Nadie puede pretender seriamente que poseer una voluntad libre consista en dejar que el individuo decida a su capricho sobre lo que ha de hacer y dejar de hacer. Nuestra volición más libérrima está sometida a las leyes de la Moral, y nuestra apetencia de libertad sirve, entre otras cosas, para impedir que obedezcamos a otras leyes que no sean éstas.

»Un hecho significativo es que la angustiosa sensación de falta de libertad nunca es provocada por el convencimiento de que nuestro comportamiento está ligado a las leyes de la Moral con tanto rigor como los procesos fisiológicos a las leyes de la Física.»

¿No es esto un alegato a favor del libre albedrío? Cuando menos es el alegato del zoólogo Konrad Lorenz, metido a filósofo, a favor de la Ética kantiana. La facultad de la autodeterminación constituye un valor fundamental de la vida moral. La circunstancia de que el hombre pueda ser considerado como persona moral que experimenta su comportamiento como acto o suma de actos libérrimos es, en cambio, filosofía. Kant, Schiller y Wilhelm von Humboldt vieron en la libertad la premisa de toda vida ética y el fundamento de toda humana actividad.

Piénsese, si no, en el lema hegeliano «Historia del mundo como progreso en consciencia de libertad.» Si un naturalista se pone a hablar y a defender el libre

albedrío, allá él, pero con ello en nada contribuye a una definición antropológica del hombre. El libre albedrío es un problema filosófico y, por lo tanto, es imposible determinar por procedimientos científiconaturales si es que realmente existe una tal libertad volitiva o ésta se reduce a una mera vivencia subjetiva. Que Konrad Lorenz defienda la doctrina kantiana, es cosa suya. En definitiva, ello nada tiene que ver con la teoría del comportamiento. Tampoco se pueden determinar el valor y la categoría de la labor efectuada en el terreno de la investigación del comportamiento por la circunstancia de que el autor en cuestión sea católico o judío.

Y aunque a primera vista pudiera resultar disparatada la idea de que alguien pueda establecer una relación entre estos dos factores, lo cierto es que tal idea es practicada con harta frecuencia. Sobretodo en sentido inverso. Así, Konrad Lorenz tiene en contra a todos aquellos que propugnan una imagen teológica del hombre. Cuando nos ocupemos de los ataques dirigidos contra Lorenz, algunos de ellos durísimos, volveremos sobre el asunto.

Pero ¿qué ocurre con la consciencia humana, con la reflexión del hombre sobre su propio yo? Un animal, se dice, no sabe nada de sí mismo, carece de consciencia. Pero si concedemos una consciencia al hombre de hoy, como eslabón entre el animal y el hombre humano y humanizado del futuro, ¿no levantaremos un muro definitivo e infranqueable entre el animal (aconsciente) y el hombre (consciente)?

La consciencia individual procede de nuestra mentalidad occidental, enraizada profundamente en nuestra cultura, de que todo cuanto tiene una explicación natural carece de valor. Esta idea procede de una falsa interpretación de las categorías éticas kantianas, fruto, a su vez, de la idealista división del mundo en dos partes. Aquí concurren factores inconscientes. Nadie puede saber a priori cómo va a reaccionar y proceder el señor, la figura del padre, entre cuyos rasgos característicos tenemos cierta arbitrariedad con visos de injusticia.

Así, pues, ¿es la consciencia tan sólo una vivencia subjetiva? ¿Mera ilusión acaso? La consciencia es inescrutable. Tan pronto como se consigue explicar por procedimientos naturales algo tenido hasta entonces por inescrutable, pierde automáticamente su pavoroso misterio. Así, Benjamin Franklin hizo del trueno que Júpiter lanzaba a su antojo, una chispa eléctrica e ideó el pararrayos para protegernos de ella.

¿Es correcta la idea que, desde Aristóteles, tenemos de la consciencia individual, de la capacidad que tiene el individuo de volverse sobre sí mismo, esto

es, de reflexionar? ¿Es correcto entender esta capacidad reflexiva como facultad típica y privativa del hombre? ¿No reflexiona el animal?

El temor a afrontar la causalidad procede de la infundada preocupación de que una introspección causal pudiera acabar con el mito que envuelve a la Naturaleza. Tal actitud constituye, de paso, un trágico impedimento a la investigación.

Ello se hace tanto más peligroso cuanto que de este modo nunca se traspasa el umbral de la consciencia. Si se les preguntara a los aludidos, éstos se confesarían honestamente partidarios de la investigación del comportamiento. Y hasta es posible que, dentro de los límites de su especialidad, sean grandes investigadores. Pero inconscientemente están decididos a no llevar sus investigaciones más allá de los límites de todo aquello que ellos entienden y consideran digno de respeto. El error que de aquí emana no consiste en sentar como inescrutable algo que no lo es. Nadie sabe tan bien como un investigador de la Naturaleza que el conocimiento empírico del hombre tiene sus límites pero también sabe que nosotros no podemos determinar dónde empiezan estos límites.

Esta actitud caracteriza al naturalista e investigador Konrad Lorenz, como pude verse, entre otras, en su obra «Das sogenannte Böse» [El pretendido mal]. Siendo aún joven, Konrad Lorenz asistió a una conferencia del gran biólogo Alfred Kühn; éste terminó su disertación con las palabras de Goethe: «La más grande suerte del hombre que piensa es escrutar lo escrutable y dejar tranquilamente en paz lo inescrutable.» Kühn se detuvo un instante, luego levantó la mano como si quisiera desdecirse y por último grito en medio de los aplausos, por encima de éstos, incluso: «No, tranquilamente no; tranquilamente no, señores.»

Esta anécdota constituye un elemento clave para comprender la vida de Lorenz y todo su programa. Por lo que se refiere a la consciencia individual o reflexión, aceptada comúnmente como punto de separación entre el hombre y el animal, Konrad Lorenz no dice nada más. Opina que la reflexión o consciencia individual no ha sido aún suficientemente investigada y entiende que como los investigadores no se han adentrado suficientemente en este fenómeno, nosotros nos sentimos decepcionados e invadidos por un temor harto comprensible.

Casi todas estas críticas se deben a dos motivos; primero: con su teoría de la agresión, Konrad Lorenz ha venido a contradecir abiertamente la doctrina del Psicoanálisis, según la cual el instinto de agresión no es innato, sino aprendido y

resultado de una frustración. En segundo lugar, Lorenz extiende al comportamiento humano conclusiones extraídas de su teoría del comportamiento comparado. Éstos son los puntos que hemos de aclarar. Refiriéndonos al primero, Friedrich Dorsch dice textualmente en su «Diccionario Psicoanalítico»: «El Psicoanálisis ha estudiado la parte e importancia que la agresión tiene dentro del comportamiento humano. Según Freud, la agresión tiene su instinto motórico en el instinto de muerte y su objetivo en la destrucción.»

Así es como lo ha visto y descrito Freud: pero ¿dónde están las pruebas científiconaturales? No las hay. Si alguien se atreve a decir a un viejo freudiano que Konrad Lorenz y su escuela, lo mismo que otras escuelas de la investigación del comportamiento, no han encontrado rasgo alguno del instinto de muerte, recibirán al momento la respuesta de que los descubrimientos del Psicoanálisis no se pueden demostrar por procedimientos científiconaturales. Las Ciencias Naturales no aprehenden al hombre como un todo como «microcosmos»; de aquí que en realidad la discusión no tiene sentido.

Como tampoco tiene sentido alguno discutir con los representantes del Psicoanálisis sobre los resultados de la Fisiología del comportamiento comparado. Pero también hemos de reconocer que la escuela de Lorenz arremete sin contemplaciones contra el Psicoanálisis. El complejo de Edipo es para la escuela lorenziana sencillamente falso, nada más que una falsificación. Eibl-Eibesfeldt afirma que no existe una sexualidad infantil. Lo que los psicoanalistas dicen de la sexualidad infantil es parte del período de crianza. Y Lorenz, por su parte, dice: «Pese a lo mucho que respeto y admiro a Freud [en mi opinión] ni existe ni puede existir un instinto de muerte, pues, en tal caso, la especie humana habría desaparecido hace ya mucho tiempo.»

No se trata aquí de pronunciarse a favor o en contra del Psicoanálisis, a favor o en contra de la investigación del comportamiento comparado. Pero los mismos psicoanalistas reconocen que se sirven de un lenguaje simbólico a causa de la imposibilidad de expresar los conceptos relativos al inconsciente con palabras tomadas del lenguaje directo. El Psicoanálisis es una terapia que prescinde casi totalmente de los métodos científiconatutrales. Un sabio psicoanalista inglés dijo en cierta ocasión que, de hecho, lo que se produce entre analista y analizado es un proceso único e irreproducible. Eso significa que, por tanto, no se puede enseñar; dicho en otras palabras: la técnica psicoanalítica se puede aprender, pero las interpretaciones dadas por los psicoanalistas a cualquier

acontecimiento de dimensión sociocultural no son sino especulaciones; y por ser especulaciones o, lo que es lo mismo, interpretaciones personales, escapan a la verificación científiconatural. Pero eso nada dice, por supuesto, acerca del valor terapéutico del Psicoanálisis.

Tilman Moser, escribe en el «Frankfurter Allgemeinen Zieitung»: «Dado el actual nivel de la aplicación de la Psicología animal en el campo humano, uno se siente algo preocupado por la amplia aceptación que tal hipótesis ha conseguido en amplios sectores. Una agresividad explicada fisiológicamente exonera a uno de tener que ocuparse de profundos y complicados conflictos y trastornos individuales que conducen a actos delictivos, así como de los problemas socioculturales que explican el aumento de la agresividad por una frustración de tipo individual o social.» La frase puede formularse en sentido inverso y decir: quien ve la agresión exclusivamente como consecuencia de una frustración individual o sociocultural cierra los ojos intencionadamente a los aleccionadores y copiosos resultados de la fisiología del comportamiento comparado.

Quien no conozca ningún otro trabajo de la escuela lorenziana, a parte del libro «Das sogenannte Böse» [El pretendido mal], escrito por cierto en un lenguaje de fácil comprensión, le resultará difícil olvidar ese claro distingo entre animal y hombre. Durante siglos, el hombre se ha visto como criatura divina o como ser dotado por Dios con un alma espiritual; esto sólo demuestra que la frase de Teilhard: «Porque somos reflexivos, no sólo somos distintos de los animales, sino totalmente diferentes», ha de entenderse en sentido teológico y no científiconatural.

Sabido es lo que ocurrió cuando Charles Darwin, con toda prudencia, afirmó que el hombre procede del mono, o más exactamente: que hombre y mono tenían un antepasado común. La Cristiandad en peso se alzó contra él. En Inglaterra, Thomas Huxley salvó la situación con su especial habilidad, pero en Estados Unidos aún en 1925 tuvo lugar el famoso 'proceso del mono': un maestro expuso en clase la teoría del origen del hombre, y no tardó en ser denunciado y condenado por contravenir la disposición que prohibía difundir la teoría evolucionista.

Hoy la disputa en torno a la doctrina evolucionista ha pasado a la Historia. Pero ahora llega el segundo golpe; Lorenz afirma: «Nosotros somos el eslabón largo tiempo buscado entre el animal y el hombre auténticamente humano.»

Esta afirmación o descubrimiento ha sido tenido con frecuencia por una divertida ocurrencia. Si cae el muro de separación entre el hombre y el animal —

como de hecho ha ocurrido—, la terminología antropomorfista de Lorenz incurre en un contrasentido que ya no existe; y por consiguiente, tal terminología es perfectamente lícita. El único requisito que ha de cumplir es que sea correcta en su contenido, en su analogía, pues como muy bien reconoció Linneo, el hombre pertenece al grupo de los primates, esto es, a la llamada clase de los animales superiores; no obstante, las diferencias subsisten.

Pero el hombre no es algo distinto, sino un animal, incluido aquello que lo caracteriza como ser humano. Esto, claro está como hombre y tal como lo entiende la investigación del comportamiento, y no tal como estamos acostumbrados a entenderlo por tradición y educación.

Lo dicho no debe inducirnos a caer en el error de que hemos de echar por la borda toda la Teología y la Filosofía para dar la razón a la investigación del conocimiento. Con ello nada conseguiríamos, como tampoco contribuiríamos a una mayor comprensión de la investigación del comportamiento. Sin embargo, al hablar del hombre sería conveniente que aclarásemos siempre primero si nos referimos a él en sentido teológico, filosófico o científico natural.

Pero volvamos a Konrad Lorenz. Antes de emitir un juicio sobre su obra «Das sogenannte Böse» [El pretendido mal], debería uno informarse sobre los conceptos fundamentales de la teoría del comportamiento, pues el autor de este libro maravilloso, interesante y elegantemente escrito ha olvidado incluir en él una clasificación de los principios básicos de su doctrina. Quien no esté dispuesto a tragarse los dos gruesos volúmenes de la «Verhaltenslehre», puede recurrir, para formarse una idea a la obra «Antworten der Verhaltensforschung» de Wolfgang Wickler. Wickler es el sistematizador de la escuela lorenziana. Konrad Lorenz, el gran pionero de la investigación del comportamiento. Su obra dará trabajo, a buen seguro, a varias generaciones. Se trata, sin duda, de un hombre obstinado, en ocasiones difícil, pero hemos de tener en cuenta que, como pionero de una nueva especialidad científica, tuvo que luchar contra toda suerte de enemigos y adversidades hasta sentar las bases de esta especialidad. Naturalmente, Lorenz no es el único ni el primer investigador del comportamiento, pero sí, y ello por encima de toda duda, el más sobresaliente. Él mismo dice de Oskar Heinroth que fue su maestro y de Nikolas Tinbergen, que es su par y compañero. Aparte que ya en el siglo XVIII se conocían las llamadas "sciences des moeurs" o doctrina de las costumbres de la vida. El término Etología (del griego 'ethos', costumbre, y 'logos', tratado) fue empleado por primera vez en 1892 por Guitel como ciencia de las costumbres (entendidas como hábitos y carentes de toda valoración ética).

En 1906 Jennings empezó a reunir un etograma o inventario del comportamiento. Pero la investigación sistemática del comportamiento y de las costumbres de la vida de los animales no empieza sino con Konrad Lorenz y Nikolas Tinbergen.

Hay un viejo filme en el que se puede ver a Lorenz nadando en una balsa rodeado de gansos. Los gansos recién nacidos lo toman por su madre porque en el momento de su venida al mundo se ven impulsados a tomar como madre al objeto redondo que flota sobre el agua –en este caso la cabeza de Konrad Lorenz. Esto constituye por sí solo un descubrimiento crucial; la obra de un pionero, representativa, por lo demás, de este siglo. La doctrina en torno a los instintos se desarrolló a base de la observación empírica, en la que convergían el proceso de aprendizaje afectivo, la actividad lúdica y la concepción genial.

En Inglaterra, Julian Huxley se ha cuidado de que Konrad Lorenz alcanzara el rango que le correspondía en razón de su talento específico. Tal vez se puede decir que el descendiente de aquel Thomas Huxley que advirtiera a Charles Darwin de la venganza de la Iglesia, descubrió al hombre que, después de éste, volvería a dar un impulso realmente decisivo a la biología.

Al igual que Darwin, Lorenz ha dado pasos de gigante. Pasos tan largos que han sido relativamente pocos los que han comprendido la contribución aportada por la investigación del comportamiento al conocimiento del individuo. La tan cacareada consciencia, proclamada y erigida en elemento típico y distintivo del ser humano, es al mismo tiempo nuestra perdición, pues nos lleva a la sobrestimación y esta sobrestimación a la autodestrucción. Aquí Lorenz ha herido al hombre, que se tiene por ser divino, en lo más profundo de su idealismo. Ha puesto de manifiesto las diferencias que separan al hombre que llama manifestaciones animales a las actividades que un animal no puede en modo alguno realizar, y a aquel otro hombre que aún ha de transformarse en humano.

«La Humanidad defiende su autoestima con todos los medios y conviene, sin duda, predicar humildad y tratar de hacer saltar de una vez para siempre por los aires, los obstáculos hijos de la presunción de la conciencia individual.»

Aquí, un evolucionista habla con palabras de revolucionario. Esto no tiene nada que ver con ese amor romántico a los animales que entre nosotros generalmente va acompañado de un desprecio al hombre o que, en ocasiones, aparece también como infantil amor a gatitos y monitos, sino con el empeño convencido y resuelto de aprender de la historia de los seres vivos que la

agresividad, después de haber contribuido durante un largo período histórico al proceso selectivo de las especies, puede [debe] ser reducida, compensada, canalizada. Por este empeño suyo de liberar al hombre de su atávica soberbia, Konrad Lorenz podría recibir algún día el premio Nobel de la paz.

Las tesis más controvertidas de Konrad Lorenz

Como cuatro millones y pico de alemanes de su época, Konrad Lorenz había estado afiliado al partido nazi, concretamente desde el 28 de junio 1938, y según él mismo afirmaba no se dio cuenta de la barbarie del nazismo hasta que en 1943-1944 pudo ver, cerca de Poznan, los trenes en que eran deportados grupos de gitanos hacia los campos de concentración. Un conocido artículo, en que argumenta a favor de la 'teoría de la degeneración', «Desórdenes causados por la domesticación del comportamiento específico a la especie» (1940), del que no sólo nunca abjuró, sino que lo citó en multitud de ocasiones a lo largo de toda su vida, sigue siendo hoy un texto, como mínimo, controvertido tanto desde el punto de vista etológico, como por sus implicaciones para la antropología filosófica.

Lorenz siempre consideró ese artículo como claramente opuesto al eugenismo nazi, en la medida en que, en su propia interpretación, mostraba que la supuesta pureza racial era mucho menos eficiente que la mezcla de razas. Pero hay muchas dudas sobre su posible uso como instrumento para la justificación de una ideología nazi, especialmente si nos situamos en el contexto en que el texto fue escrito. Lorenz jamás dijo ni escribió que existiesen razas 'superiores', pero cosa muy distinta es que psicólogos racistas hubiesen encontrado una justificación intelectual en sus escritos. De hecho, movilizado durante la guerra en el hospital de Poznan (Polonia), Lorenz sirvió entre 1942 y 1944 como asistente del psicólogo racista Rudolph Hippius quien, por su parte, opinaba que los matrimonios mixtos entre alemanes y polacos habían echado a perder las mejores cualidades de ambas razas…No vamos a entrar detalladamente en esa cuestión, pero expuestas de una manera sintética, y con todo lo problemático de un resumen que puede pecar de frívolo por excesivamente rápido, las tres tesis más controvertidas y con mayor calado antropológico y político de Lorenz son:

1.- La teoría de la degeneración, que para Lorenz está inscrita en el núcleo mismo de la civilización y es un elemento que ayuda a comprender su

decadencia. Animales domésticos y humanos 'civilizados' pueden ser fácilmente comparados. Un animal doméstico se caracteriza por:

a.- Problemas alimentarios y una falta de control sobre los mecanismos del apetito, que conduce a la obesidad.

b.- Problemas de regulación de la sexualidad e hipersexualización.

c.- Regresión infantil de los individuos, en que los adultos se comportan como inmaduros (dependencia parental y actividad básicamente recreativa).

En la medida en que los humanos se han 'autodomesticado', es decir, en la medida en que su supervivencia ya no depende de la selección natural (ni de un entorno salvaje), sino de la cultura y el artificio, caen en una degeneración genética y se vuelven 'lúdicos', es decir, se infantilizan. De hecho, Lorenz proponía una selección basada en 'criterios de tenacidad, de heroísmo, de utilidad social' (sic) y llevada a cabo por 'alguna institución humana, si no se quiere que la humanidad, faltada de factores de selección sea aniquilada por una degeneración producida por la domesticación' (sic). La propuesta no deja de ser bastante brutal aunque la teoría, muy al gusto del siglo XIX, está tomada de Galton y se resuelve en planteamientos un poco tópicos: la oposición entre el hombre de campo y el hombre urbano, entre el instinto y la razón o el individuo y el pueblo, etc.

2.- La teoría de la agresión, que consiste en una versión del chivo expiatorio. Para Lorenz el patrón general de la agresividad es un comportamiento motivado por necesidades internas ('drives'). Se trata de un 'Fixed action pattern', vinculado al hecho de que diversos individuos comparten el mismo territorio y a que la territorialidad aumenta la agresividad. La territorialidad y la agresividad se hallan inseparablemente unidas en todas las especies animales. La capacidad agresiva es buena en tanto que permite asegurar la reproducción de los individuos temporalmente más vigorosos, de manera que refuerza la especie y, además, la agresividad permite dar seguridad a la prole que no es atacada cuando los posibles predadores, sospechan que pueden recibir un castigo importante en caso de intentarlo.

Lorenz demostró que la parada nupcial en los animales es una variante de la conducta agresiva que, en el último momento, es reorientada hacia una conducta agresiva contra un tercero (chivo expiatorio); de manera que sin agresividad tampoco existiría la sociabilidad. Aplicado a los humanos eso significa que el amor no es posible sin que la pareja haga las mismas cosas juntos y se revuelva contra un tercero. La violencia recíproca podría destruirnos (por

venganzas y contravenganzas) y el chivo expiatorio es un 'tercero' que sirve para calmar tensiones. Los mecanismos compartidos de construcción de ese chivo expiatorio (para entendernos: hablar mal de la suegra, de la cuñada, de las vecinas…) crean sociabilidad. De la misma manera, todo grupo social 'necesita' un enemigo común, (nación contra nación, o equipo de futbol contra equipo de futbol).

En todo caso convendría distinguir la agresión (natural) de la violencia (culturalmente pautada). Entre los animales, la agresión no es generalmente asesina, ni se busca la exterminación de los miembros de la propia especie. Los humanos, finalmente, no matamos con las garras, ni con los dientes, sino con el cerebro. La función simbólica, producto de la más compleja evolución cultural humana, es capaz de crear causas 'morales' por las que los hombres matan, ponen en peligro la vida de los suyos e incluso mueren.

El entusiasmo (que experimentan los humanos, pero no los animales) es potencialmente una causa de violencia atroz. Formas de violencia tan brutales como la explotación de millones de humanos en sus puestos de trabajo, que producen úlceras de estómago, atrofia renal, hipertensión, y neurosis, son la consecuencia de una evolución irracional que, según Lorenz, es provocada por el hecho de que en el caso de la especie humana es sólo la rivalidad sexual la que opera la selección, mientras que en los animales humanos también actúa también la selección efectuada por el medio natural.

3.- La teoría del conocimiento, que revisa la tesis kantiana del conocimiento a priori (al fin y a cabo, anterior a Darwin). Lorenz establece que ningún animal puede aprender más que aquello para lo que su sistema nervioso innato ha sido programado pero el aprendizaje puede hacerse de maneras muy diversas (y no sólo por estímulo-respuesta, como sostienen los behavioristas). Frente a las dos condiciones a priori del conocimiento (espacio y tiempo), una visión tradicional del darwinismo pone el acento en el vector temporal. Lorenz, en cambio, considera la selección natural ha favorecido a las especies que han sido capaces de representarse mejor el espacio y que, de esta manera, han conseguido sobrevivir mejor.

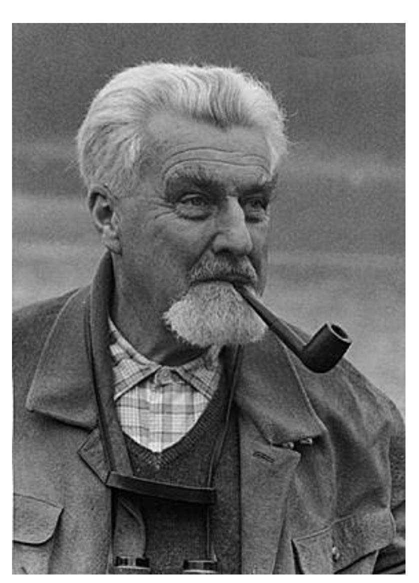
Entrevista a Konrad Lorenz

Alain de Benoist

Alain de BENOIST: Señor profesor, a partir de los primeros trabajos que usted realizó bajo la dirección de Oskar Heinroth y Julian Huxley, la etología adquirió, bajo su influencia propia, un desarrollo considerable. ¿Qué le impulsó a usted a entrar en esa rama, a la sazón absolutamente nueva, de las ciencias de la vida?

Konrad LORENZ: Se puede definir la etología como la aplicación al estudio del comportamiento de todo lo conseguido por la investigación biológica desde Darwin. Por mi parte me interesé en el tema de la evolución desde que contaba diez años de edad. Mis padres eran gente muy liberal, ¡y me permitían criar toda clase de animales en nuestro jardín! Con el dinero que cada semana me daban, incluso compré unos ratoncitos, ¡que luego dejé sueltos en nuestro apartamento! Los pájaros que tenía tampoco los encerraba en una jaula. Por supuesto, todos aquellos animales estaban domesticados, pero vivían en libertad. De esa forma es como empecé a aprender cosas sobre ellos. En esa época yo quería estudiar para ser geólogo, o paleontólogo, pero mi padre quiso que siguiera la carrera médica. Aquello fue algo excelente, porque en la facultad de medicina pude trabar conocimiento con el célebre especialista en anatomía Ferdinand Hofstetter quien, por lo demás, no era solamente un especialista en anatomía comparada, sino a la vez (y lo que es más importante) un especialista en embriología comparada, y ya gracias a él supe que cabía reconstruir el árbol genealógico de las especies a través del estudio del desarrollo ontogenético de los individuos. Ciertamente habría sido mucho más estúpido de cuanto ahora puedo serlo si no hubiese comprendido que ese mismo método podía ser aplicable al comportamiento, ¡y sobre todo a la evolución del comportamiento!

Cuando inicié mis clases en la facultad de medicina, a los dieciocho años, todavía no conocía a Oskar Heinroth, que era entonces, por así decirlo, el 'embriólogo' del comportamiento. Pero, al poco, mi amigo Bernard Hellmann encontró un gran libro de Heinroth, DIE VÖGEL MITTELEUROPA, y me lo regaló por mi cumpleaños. Así pude empezar a descubrir… ¡éste fue el descubridor de mis descubrimientos!... Sin saberlo, me unía, efectivamente, a determinadas conclusiones a las que este especialista había llegado diez años antes. Y otro tanto sucedió, en mi caso, respeto de Charles O. Withman, a quien por aquel entonces ni él ni yo conocíamos siquiera. Claro que en cuestiones científicas éste es un fenómeno bastante frecuente. Las grandes ideas se encuentran ya maduras en determinados períodos de tiempo; sólo les queda el germinar, el salir a la luz. Alfred Wallace y Darwin, por ejemplo, llegaron a los mismos resultados, independientemente el uno del otro, pero en el mismo momento. Heinroth tenía un saber auténticamente enciclopédico. La lectura de sus libros me ha ayudado mucho. Ese fue mi punto de partida.



¡QUÉ ESTUPIDEZ!

Alain de BENOIST: En sus trabajos acerca de la agresividad, usted ha establecido el carácter innato de esta pulsión fundamental, pero algunos biólogos y etólogos de la 'segunda generación' no comparten semejante punto de vista. Recientemente, durante unas reuniones científicas, habidas en Rueil-Malmaison, se emitió la tesis de que la agresividad no sería más que una respuesta a determinados estímulos, el de la frustración en particular.

Konrad LORENZ: Ahí tenemos un residuo de la vieja fisiología de los reflejos, de la creencia en que el reflejo, condicionado o no, constituye el elemento primitivo de todo comportamiento. Y semejante creencia es falsa. Sólo que todavía quedan hoy gentes que resultan incapaces de liberarse de esa vieja fisiología de los reflejos. En realidad, la cuestión de saber si tal o cual comportamiento es o no espontáneo es un tema superado ya. Todo comportamiento es *al mismo tiempo*, reactivo y espontáneo. Y ello es válido no solamente para la agresividad, sino también para los impulsos sexuales, las pulsiones de huida, etc.

Yo mismo soy culpable de haber querido reducir —era hacia 1935— todas las acciones instintivas a reflejos condicionados. Me acuerdo de una gran conferencia que había pronunciado en el Harnackhaus de Berlín. Pues bien, fue con ocasión de dicha conferencia cuando la 'Kaiser-Wilhelms-Gesellschaft', la futura sociedad Max Planck, me 'descubrió' como miembro potencial. El título de mi exposición científica entonces era éste: 'La concepción del instinto otrora y actualmente'. Expliqué entonces que todo hacía pensar que los instintos eran espontáneos, pero, al mismo tiempo, defendía yo la teoría según la cual existían cadenas de reflejos condicionados. Mi mujer, que estaba muerta de miedo, se había sentado en la última fila. Justo delante de ella, había un joven que parecía muy entusiasmado con lo que yo decía. Pero cuando al final de la conferencia, declaré que los instintos eran de todos modos esencialmente reactivos, se tapó los ojos con la mano exclamando '¡Qué estupidez!'. ¡Ese joven no era otro que Erich von Holst! Vino a verme después de la conferencia, y le bastaron veinte minutos para convencerme de mi error.

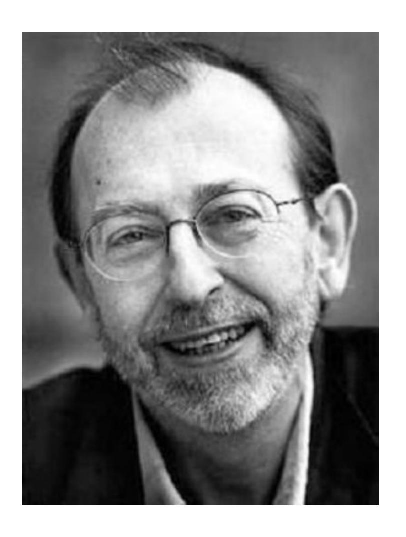
Sabe usted, la idea de que la agresividad del hombre *no debe ser* algo innato es más fuerte que el raciocinio. La vieja teoría de los reflejos es aparentemente satisfactoria y a menudo resulta difícil romper con ella (muy especialmente para quienes, en sus estudios, han sufrido la influencia de C.S. Sherrington). En la base de dicha teoría existe una incomprensión del fenómeno del fundamento *fisiológico* en todo acto instintivo. Es preciso decir también que, incluso para aquellos actos cuya finalidad biológica estriba en evitar tal o cual situación de estímulo, como la agresividad o la huída que son dos tipos de actividad de evitación (*avoidance*), no existe un umbral constante. Se trata de un hecho muy curioso. Si son un poco nerviosas, las ocas salvajes pueden salir huyendo en cuanto aperciben la más mínima pluma flotando al viento pero en caso contrario son capaces de quedarse en su sitio incluso cuando un buitre revolotea por las inmediaciones. Hay, pues, un fenómeno de rebajamiento del umbral. En un sistema nervioso complicado es muy difícil disponer de un sistema regulador que produzca un umbral constante. Los reflejos de equilibrio (*Stellreflexe*) constituyen una excepción, porque el peso del animal, en su caso, continúa más o menos constante; pero de la ausencia de un umbral constante no cabe, evidentemente, concluir que todo acto instintivo sea condicionado.

Alain de BENOIST: ¿Puede decirse, pues, que hay un centro fisiológico para las pulsiones fundamentales, por ejemplo al nivel del hipotálamo? ¿O

bien hay que recurrir a lo que Driesch calificaba de 'causalidad de conjunto'?

Konrad LORENZ: No hay un centro propiamente dicho. Existen haces nerviosos que transmiten unos mensajes cada vez más afinados y significativos. El hipotálamo es sede de una red de 'canalizaciones' muy densa, pero no se puede afirmar que exista un centro para la agresividad, otro para la huída, etc. Si así fuera, ello no resultaría ni siquiera inteligente. Una simple lesión en un punto dado destruiría toda una categoría de reacciones, de la misma manera que nosotros podemos destruir ciertas 'reacciones' cuando modificamos un circuito telefónico para repararlo. En nuestro cerebro, la 'reparación' se hace de otra forma. Y sucede otro tanto con la percepción. Usted no recibe el mensaje de que tiene delante una mancha marrón, dos círculos y una especie de apertura bordeada de rojo, etc. Usted recibe el mensaje de que tiene un ser humano delante. Y si usted le reconoce, ese mensaje le informa, al mismo tiempo, de que el señor De Benoist está sentado ante usted. De igual manera, si se tiene Ud. que levantar, no envía un mensaje a sus músculos abdominales para que estos le ayuden a inclinarse hacia delante, y luego otro mensaje a los cuádriceps para que le empujen y eleven, etc., etc. Usted emite solamente la orden de levantarse, y todo el resto sigue por sí solo. Erich von Holst estaba tan convencido de la distribución más o menos centralizada de las reacciones que ni siquiera trató de localizarlas. Y todos aquéllos que han intentado algo de eso, por otra parte, han terminado fracasando. Von Holst siempre decía: '*Das is Reizstrom aufwärts von dem…*' o bien '*Reizstrom abwärts von dem…*', es decir, 'el estímulo es el que viene de…', o 'el estímulo es el que va hacia…'. Todo cuanto cabe afirmar es que existe un flujo de estímulos que sube o baja y, en medio del camino, un punto de concentración, de densidad máxima, donde reside la consciencia.

LA TRADICIÓN CULTURAL



Alain de BENOIST: Ya conoce usted el gran reproche que se le hace a la etología: querer explicar al hombre a través del animal. En el pasado respondió usted a semejante acusación. Por mi parte recuerdo esta cita de Lao Tsé: 'Todo el animal está en el hombre, pero no todo el hombre está en el animal'. Ahora bien, los críticos no han cesado de insistir en eso ¿Podría usted

decirme cómo están las cosas al respecto hoy en día?

Konrad LORENZ: La respuesta es muy simple. Los críticos a que usted hace aquí referencia no me han leído, o bien hacen como si no me entendiesen. Algunos, es verdad, ¡se vuelven tan furiosos al comenzar a leerme que resultan ya incapaces de continuar! … No sólo no sobreestimo yo la parte del animal que está en el hombre, sino que diría, incluso, que son los adversarios de la etología quienes subestiman la diferencia que hay entre el hombre y los animales. A fines de la era terciaria se produjo una verdadera revolución, cuando nuestros antepasados, los *gentleman* del valle del Omo, llegaron a descubrir el pensamiento conceptual. En esa etapa de la evolución, unas facultades que anteriormente no existían sino aisladas en los animales, se vieron combinadas dentro de un sistema nuevo, el cual desarrolló unas propiedades sistemáticas hasta entonces desconocidas. La percepción de las formas y la facultad de representar el espacio (lo que Wolfgang Köhler ha llamado sus '*einsichtiges Verhalten*'), al combinarse con las facultades de exploración de los jóvenes antropoides, dieron como resultado una actividad enteramente nueva: la actividad conceptual. Ésta tiene unas consecuencias formidables. En efecto, si yo comprendo que mi mano es una cosa tan real como la madera que está tocando, mi *aprehensión* de esta madera se convierte en mi *comprensión* y, a partir de ahí, *comprendo yo* la actividad de mi mano, a la par que la respuesta por mí obtenida cuando noto una forma. Ahora bien, ésta es una facultad que puede ser *transmitida*: puede convertirse en *objeto de la tradición*. De ahí, el nacimiento del lenguaje sintáctico, que es muy probablemente cosa inseparable del pensamiento conceptual. Noam Chomsky, como sabe usted, piensa que el lenguaje se desarrolló, no como medio de comunicación, sino como medio de conceptualización. En mi opinión, ambas cosas se desarrollaron mediante una interacción simultánea, cada una, por así decir, apoyándose en la otra.

Se ve, pues, aparecer en el hombre una facultad que antes era inexistente: la *tradición acumulativa*. De ello procede una especie de herencia socio-cultural de caracteres adquiridos. Antes de la aparición del pensamiento conceptual, solamente el aparato genético era susceptible de retener y retransmitir la información. Pero hete aquí que aparece un nuevo aparato dotado de propiedades idénticas, puesto que hace posible la transmisión y acumulación de las tradiciones. De golpe, en ese ser *social* que es el hombre, los lazos comunitarios se encuentran reforzados; efectivamente, si usted me explica a mí una idea, yo *poseeré* tal idea tan perfectamente como usted a partir del instante en que la haya comprendido y asimilado. Tenemos, pues, esta idea *en común*, y ello

nos aproxima. Pero, al mismo tiempo, nosotros *nos diferenciamos* de este o aquel grupo, que posee otras ideas en común. Desde ese instante, el cerebro del hombre empieza a crecer como un hongo, hasta el punto de que casi podría hablarse aquí de una 'explosión'. Aparecen entonces las diferentes culturas. Ahora bien, desde el punto de vista de lo biológico, la cultura, la tradición acumulativa cultural, es un fenómeno tan diferente de todo lo que puede constatarse en los demás animales que cabe decir cómo, con el hombre, ha empezado una nueva forma de vida.

Alain de BENOIST: En las sociedades humanas, ¿la cultura se plantea de entrada como herencia?

Konrad LORENZ: La idea de cultura resulta inseparable de la idea de sociedad. Cuando se quiere definir la vida por lo general se recurre a lo que descubrieron Crick y Watson, es decir, a la 'doble hélice' del código genético. Este mecanismo de duplicación genética es común a todos los seres vivos pero, en el hombre, disponemos – conforme acabo de decirle antes – de otro mecanismo capaz de asegurar la réplica de la herencia en su dominio propio. Claro está que para realizar un cerebro se precisa, para empezar, una base genética. Si un hombre inventa algo, la flecha y el arco, digamos, desde ese momento no solamente sus hijos, sino el conjunto del grupo étnico al cual pertenece, e incluso, muy probablemente, toda la humanidad, poseerán tales instrumentos; y la posibilidad de que sean olvidados no es superior a la posibilidad de resurrección o de 'olvido' para un órgano biológico de similar importancia. La cultura implica la inmortalidad del saber, la real inmortalidad del espíritu.

Y cabe llevar aún más lejos esta comparación. Para que la herencia genética pueda transmitirse es preciso que haya una cierta rigidez en el genomio. Si existen demasiadas mutaciones en una casta, esta raza dará origen a monstruos. Pero también a la inversa, si no hay mutaciones suficientes, se obtendrán unos fósiles vivos, como los dinosaurios o los iguanodontes. Pues lo mismo acontece con la cultura. Como sucede en el dominio de lo genético, hay una interacción entre los factores de conservación, de invarianza, y los factores de mutación. En cada cultura, la vitalidad dependerá del equilibrio entre estas dos clases de factores, en relación al medio.

ARNOLD GEHLEN Y JAKOB VON UEXKÜLL

Alain de BENOIST: A propósito de cultura, hay un autor que usted ha citado a menudo, particularmente en su obra *Los siete pecados capitales.* Se trata de Arnold Gehlen, quien ha tratado de esbozar las grandes líneas de una 'antropología filosófica'. Desgraciadamente sus libros no han sido todavía traducidos al francés. ¿Acaso ha jugado este autor un papel clave en la evolución de las ideas de usted?

Konrad LORENZ: Ha tenido un papel muy importante. En mis trabajos encontrará usted muchas ideas que provienen de Gehlen, en particular todo lo que concierne a la *Weltoffenheit*, la 'apertura al mundo', que constituye uno de los principales rasgos distintivos del hombre en relación a los animales. Gehlen piensa que el hombre no está ligado a un medio ambiente dado, y ello quizá suponga una exageración, pero discutiendo juntos el tema nos hemos enseñado mutuamente un montón de cosas. Hay gentes que tienen horror a verse corregidos. Yo no soy de esa índole. Cuando Erich von Holt corrigió mis ideas reflexiológicas le estuve muy reconocido. Con Gehlen ha sido un poco otro tanto. Al criticarnos mutuamente siempre lo hacíamos con una orientación positiva. Gehlen es verdaderamente un 'descubridor'. Usted sabe que en la actualidad prepara una nueva edición de 'Die Mensch'. Muchas personas la esperan con impaciencia.

Alain de BENOIST: Cita usted igualmente al biólogo Jakov von Uexküll, quine asimismo es poco conocido en Francia. Usted ha llegado incluso a dedicarle su estudio de 1935 acerca de *El compañero en el entorno propio de las aves.* Von Uexküll era un adversario de la evolución, pero en cambio su *Umweltlehre*, sus trabajos acerca del medio ambiente específico, han favorecido el desarrollo de la etología, ¿Qué piensa usted de él?

Konrad LORENZ: Jakov von Uexküll ha sido uno de los grandes genios de la biología moderna. Ha entendido muy bien el fenómeno de la adaptación, lo que él denominaba el *kontrapunkt*, el 'contrapunto', que liga al animal con un entorno dado. Pero efectivamente, rechazaba la evolución. Yo pienso que lo hacía por motivaciones de índole afectiva. Era un barón del Báltico. En la escuela tuvo un profesor de biología materialista y, por reacción, él tomó una postura antievolucionistas. Lo cual no dejó nunca de plantearle problemas. Dado que la adaptación de un animal a su medio ambiente descansa sobre una multitud de pequeños detalles orgánicos, si, al rehusar el hecho de la evolución uno piensa que no ha existido un proceso de adaptación, el único modo de explicar todo

esto es postular una armonía preestablecida. Pero los trabajos de von Uexküll muestran precisamente que no existe ninguna clase de armonía preestablecida.

Von Uexküll fue el primero en realizar experimentos sobre la garrapata con señuelos, con engaños. Usted sabe que cuando la garrapata detecta un olor de ácido butírico, emanante de las glándulas sebáceas de la piel de los mamíferos, se deja caer sobre éstos, busca un sitio carente de pelos, hunde la cabeza en la epidermis y se pone ahíta de sangre. Ahora bien, von Uexküll, desde 1921, ha podido demostrar que la garrapata, en las experiencias donde se ha conservado el estímulo, es decir, el olor a ácido butírico, pero donde la epidermis animal es reemplazada por una membrana artificial, absorberá cualquier otra clase de líquido caliente. Y este no podría ser el caso si existiera una armonía establecida.

Al mismo tiempo que propagaba la doctrina antievolucionistas, Jakob von Uexküll realizaba, pues, una serie de experiencias muy inteligentes, que demostraban la falsedad de su criterio anterior. Mi amigo Erich von Holst había comprobado la misma negativa en cuanto a la evolución en el filósofo Nicolas Hartmann. Éste había desarrollado toda una epistemología evolutiva, pero no quería admitir que el hecho de la evolución corroboraba sus propias teorías. Y sucede que Hartmann era también un barón procedente de los países bálticos. Así es que von Holst, hombre de espíritu sumamente cáustico, solía decir: '¡Pero si es tan sencillo! ¡Un barón báltico no puede admitir que desciende del mono!' Y sin duda hay algo de verdad en esa broma suya

UNA VERDADERA INVOLUCIÓN

Alain de BENOIST: En su obra *La Agresión: El pretendido mal,* usted ha dicho que la selección natural determina la evolución de las culturas, así como también la de las especies. ¿Qué quiere decir con ello?

Konrad LORENZ: Pienso, en efecto que la evolución de las culturas se halla sometida a unos procesos selectivos, y he ahí por qué me siento tan pesimista en la actualidad. Volvamos a la comparación que trazaba yo hace unos momentos. Es obvio que el mecanismo cultural de transmisión de la tradición es algo mucho más frágil que el mecanismo genético de transmisión de la herencia. En cada generación ese mecanismo puede verse falseado, bien sea en el sentido de una excesiva rigidez, bien en el de una variación demasiado fuerte. En el pasado, las oscilaciones entre esas dos tendencias eran de escasa amplitud; se sucedían regularmente y el equilibrio quedaba, de ese modo, más o menos respetado. Pero

la amplitud de las oscilaciones se ha ido haciendo, poco a poco, desmesurada. Y estamos actualmente en un periodo de mutación demasiado grande, que se caracteriza por la neofilia, es decir, el gusto de la novedad por la novedad misma, y la desindividualización. De lo cual deriva una verdadera involución, debida al hecho de que tiende a haber más de una cultura. Nos batimos con idénticas armas por doquier en el mundo y nos enfrentamos incluso dentro del mismo mercado internacional haciendo uso de la misma tecnología. Hay en marcha un proceso selectivo que empuja a la humanidad hacia la reducción de las diversidades que existían en su seno; proceso éste que le impone el pensar exclusivamente en términos de eficacia mercantil, etc. Y en esa carrera hacia el futuro, nadie tiene ya tiempo para reflexionar. La tecnocracia tiende a convertir al hombre en una máquina, una máquina manipulable. Los hombres deben ser cada vez más seres 'iguales', para poder ser reemplazados con facilidad, como las máquinas, justamente.

Recientemente he leído un libro de Theodore Roszak (1) que me ha impresionado mucho. Roszak muestra que esta involución cultural y social no constituye un fenómeno político, en el sentido clásico del término. Se trata, dice, de un fenómeno observable tanto en el Este como en el Oeste, algo que cabría calificar de *metapolítico*, y he ahí la razón de que sea tan difícil mostrar que actúa en detrimento de toda la humanidad. Roszak demuestra igualmente que tal proceso, al comienzo por lo menos, puede presentársenos como algo nada horrible, y en cierta forma incluso seductor. La supresión del sufrimiento, la mejora de la suerte de cada cual, la desaparición de impedimentos y limitaciones, la disminución de los motivos de desagrado, etc., todo esto seduce enormemente. Es preciso, sin embargo, mostrar a qué precio deberán ser pagadas tales ventajas. Y eso es justamente lo que yo he intentado hacer en *Los ocho pecados capitales*.

Esa ideología desindividualizadora es la que yo denomino 'tecnomórfica'. Trata del hombre en una forma mecánica, en vez de hacerlo de un modo orgánico. Hoy, muchos hombres imaginan que una cosa que no puede ser definida en términos matemáticos, que no puede ser *cualificada*, es algo que no existe. Tal es el pensamiento reduccionista. Así se crea una humanidad que conoce el *precio* de todo y el *valor* de nada. Y lo más triste es que numerosos pensadores se ven, de ese modo, impulsados a identificar el reduccionismo con cualquier gestión científica, lo cual no es verdad. La ciencia, según la ha entendido Karl R. Popper, o conforme la entiendo yo mismo, nada tiene que ver con el reduccionismo. Por supuesto que el científico 'reduce' el objeto de sus investigaciones, en la medida en que, para poder él explicar los fenómenos, queda obligado a aislarlos de su

contexto. Así el biólogo resultará ser 'reduccionista' cuando *explique* los fenómenos a través de la físico-química. Pero eso no quiere decir que la vida *sea únicamente* algo relativo a la físico-química.

Si se afirma que todos los procesos vitales son, en última instancia, unos procesos físico-químicos, estaremos en lo cierto. Pero desde el momento en que digamos que no son *nada más* que tal género de procesos físico-químicos, entonces vamos a caer en aquello que Julian Huxley llamaba el *'nothing-else-but'ism*, es decir, el 'únicamente lo que sea'. Y lo mismo sucede al afirmar del hombre que *es* un mamífero, o bien que es *solamente* un mamífero.

UNAS CAPACIDADES DIFERENTES

En la actualidad, el mayor peligro que nos amenaza es el de la desaparición del sentido de los valores. Estamos en una época en la cual los términos 'bueno' y 'malo' han desaparecido del vocabulario corriente. En ciertos casos está mal visto emitir un juicio de valor sobre las cosas o las gentes. En las propias iglesias la noción de 'pecado0 tiende a desaparecer. Ya sabe usted lo del vocablo '*fool-proof*', '*idiotensicher'* en alemán, o sea, ni más ni menos que 'a prueba de imbéciles', es decir, que en determinados automóviles el cambio de velocidades está concebido de manera que incluso el hombre más absolutamente estúpido pude servirse del mecanismo sin problemas. Y es el conjunto de nuestra sociedad lo que tiende a convertirse en algo '*fool-proof*'. Por eso ya no se tiene necesidad de hombres de valía, las máquinas han tomado la responsabilidad y le arrebatan el poder de decisión al hombre. Desde el punto de vista de la tecnocracia, ni siquiera es deseable que ese poder le corresponda todavía al hombre.

Alain de BENOIST: En su obra *Los siete pecados capitales*, usted denuncia con vigor lo que denomina las 'doctrinas pseudodemocráticas', y en particular la creencia igualitarista de que, con unas oportunidades idénticas para todos, desde el comienzo, los resultados de cada cual serán los mismos a la llegada.

Konrad LORENZ: El igualitarismo tiene una responsabilidad directa en lo que está aconteciendo en la actualidad. Philiph Wylie, que es el padre de la idea de una pseudodemocracia, tal cual yo la he conceptualizado, ya lo pensaba. Creo que siempre resulta peligroso edificar todo un sistema sobre una mentira. Ahora bien, sucede que no es cierto que nosotros seamos iguales. Entre usted y yo hay más

diferencias que entre un par de patos comunes. La desigualdad de los hombres es uno de los fundamentos, y una de las condiciones, de toda cultura, porque ella es la introduce la diversidad en la cultura.

En la sociedad humana, la división del trabajo se fundamenta sobre una diferencia, una desigualdad de los miembros de la sociedad. Y en la base de tal desigualdad existe una diferencia de capacidades. Si no fuéramos diferentes, usted no sería escritor y yo no sería un científico. Ese hecho de ser nosotros diferentes resulta capital desde el punto de vista de los valores. Aunque seamos ambos diferentes, tenemos los mismos derechos fundamentales. Todo hombre tiene derecho a desarrollar las facultades que tiene en sí. Ello no quiere decir que los hombres tengan diferentes valores, sino, muy sencillamente, que poseen unas capacidades distintas. Pues lo mismo sucede con los grupos raciales. No hay razas superiores o inferiores, pero sí existen razas distintas. Entre dos tipos de pato, ¿quién podrá decir cuál sea el mejor? Son diferentes y debido a esa diferencia, su valor no resultará directamente comparable. El punto de vista igualitario es algo completamente antibiológico; los hombres son desiguales ya desde el momento mismo de su concepción.

EL HOMBRE MÁQUINA

Alain de BENOIST: Esta idea parece algo evidente, pero tropieza con poderosas reticencias entre muchos de nuestros contemporáneos…

Konrad LORENZ: El simple hecho de afirmar que los hombres no nacen iguales desencadena en ciertas personas reacciones de cólera o de agresividad…. Y, sin embargo, se trata de un dato elemental. Esas mismas gentes no se dan cuenta de que si nosotros fuéramos todos iguales, nos convertiríamos en intercambiables y perderíamos toda libertad. Si lee usted a Skinner, sobre todo en su libro 'Más allá de la libertad y de la dignidad' (1971), se apercibirá de que el behaviorismo es muy hostil a la idea de un hombre autónomo. Prefiere al hombre manipulable, al hombre-máquina. Skinner, que sin embargo es un hombre honesto, resultaría así víctima del pensamiento tecnomófico y pseudodemocrático.

Alain de BENOIST: A propósito de las doctrinas pseudodemocráticas, ¿qué opina usted del pensamiento moderno, que tiene su origen en las teorías de Rousseau?

Konrad LORENZ: Un filósofo como Jean-Jacques Rousseau es alguien que ha originado daños considerables. Los ideólogos que se declaran sus partidarios no han comprendido jamás la diferencia que existe entre el hombre y los animales. Marcuse, que sin embargo es muy inteligente, acaba siendo una especie de loco utopista. Se halla convencido de que si se 'libera' al hombre de toda cultura, de toda tradición, se verá enseguida nacer una nueva cultura, la cual se desarrollará por sí sola. Es algo así como afirmar que al deforestar todo un bosque no va a aparecer el desierto, sino un bosque nuevo. Un hombre 'liberado' de la cultura y de la tradición no sería ese 'buen salvaje' de que nos habla Rousseau, sino un cretino, un ser incapaz incluso del habla y que, probablemente, ya no cabría calificar de humano.

LA PARTE Y EL TODO

Alain de BENOIST: En su libro 'Ensayos sobre el comportamiento animal y humano', hay un texto muy importante sobre 'El todo y la parte en la sociedad animal y humana' (1950). Usted critica ahí, a la vez, la tesis reduccionista, conforme a la cual un organismo no pasa de ser sino la 'suma' de sus partes, y los excesos de la Teoría de la Gestalt. Entre ambas posturas, ¿cuál puede ser la justa medida?

Konrad LORENZ: Me costó mucho tiempo, a mí también, darme cuenta de que el todo es más que la suma de las partes. Al principio yo me temía que al abordar ese tema iba a caer en el vitalismo; pero después comprendí que se podía perfectamente reconocer la existencia de una interacción entra las partes de un organismo, sin concederle nada al vitalismo… El primero que ha demostrado eso mismo fue Ludwig von Bertalanffy. En su obra titulada '*Biología Teórica*' (1932), muestra que un *System allegemeiner Wechselwirkung*, o sea, un sistema donde existe una interacción general, no constituye ningún milagro. Y no son precisos factores metafísicos, postulados para explicar el caso. Sobre este concreto tema yo he aprendido mucho, igualmente, al leer el estudio de Otto Koehler, titulado '*Der Ganzheit der lebendigen Systeme*', aparecido en *Schriften der Königsberger Gelehrtengesselschaft.* Para hablar de la causalidad en los sistemas vivos, Koehler emplea la expresión '*kausel Filz*', el fieltro causal. Estamos efectivamente ante una verdadera madeja de un entrelazado de causalidades, como en un fieltro donde los hilos entretejidos se van mezclando hasta el infinito. Si usted tiene una madeja y tira de un cabo aislado, todo se bloquea. Otro tanto sucede en un organismo. Para 'deshacer' el todo, para explicar cuanto sucede, hay que seguir multitud de

hilos a la vez. Esto es lo que Koehler denomina el análisis sobre un amplio frente' (*auf grosser Front*)

MONISMO, DUALISMO, PANTEISMO

Alain de BENOIST: En un texto aparecido hace algunos años, he encontrado esta frase pronunciada por usted: 'Para mí, Dios no es un individuo. Si existe se encuentra por doquier, quizá en mí' Esto evoca, a la vez, a los presocráticos y a los grandes místicos alemanes de la Edad Media, en particular al Maestro Eckart. ¿Acaso es usted panteísta?

Konrad LORENZ: En lo que toca al mundo orgánico, ciertamente soy panteísta. Pero, ¿qué hay del asunto en el mundo no orgánico? He ahí una pregunta a la cual no puedo responder. ¡Después de todo, Dios quizá nació con la vida orgánica! Estamos aquí, sin duda, ante un prejuicio de índole sentimental. Con todo, cuando los biólogos definieron a los virus como sistemas que respiraban pero que no vivían, debo confesar que me vi espantosamente impresionado. ¡No me gustaba oír nada parecido! Sin duda, yo era dualista, y un poco lo sigo siendo todavía. ¿No cabría entonces pensar que 'Dios' se encuentra en una concentración muy fina, muy diluida, en la materia no orgánica, y que se halla más 'concentrado' en los sistemas vivientes? Por sentimiento, pues, yo me tengo por panteísta pero ¿seré monista o dualista? Probablemente sea monista, a pesar de todo, en última instancia.

Alain de BENOIST: Usted ha formulado una crítica muy pertinente de la pedagogía 'a la americana', de esa corriente pedagógica que estriba en evitarle al niño cualquier 'frustración', todo peligro de complejos y que, finalmente ha desembocado en la actual educación 'antiautoritaria'. ¿Podría decirnos cuál sería una pedagogía que integrase los hallazgos de la moderna etología?

Konrad LORENZ: Un sistema social donde el niño constituye el alfa y el omega, no es un sistema normal, sino malsano. Por otro lado, una psicóloga alemana ha demostrado de forma magistral que la frustración completa y la total ausencia de frustraciones producen exactamente los mismos efectos patológicos sobre el niño. Si usted la da el biberón a un niño antes de que éste se haya puesto a llorar, o hecho lo que sea para obtenerlo, llegará al mismo resultado que si lo entrega obligándole a llorar para conseguirlo. En los dos casos el bebé se halla

imposibilitado de ejercitarse en lo de alcanzar un objetivo o un fin. Ahora bien, ya desde los primeros meses de vida, el niño tiene que aprender que es preciso *trabajar* para lograr algo. Si adquiere la costumbre de lograr lo que desea sin esforzarse, eso va a producir las mismas consecuencias patológicas que si trabaja sin llegar jamás a obtener nada. La ausencia de obstáculos que superar es, por consiguiente, tan peligrosa como la existencia de unos obstáculos que resulten insuperables. Basta, entonces, trasponer tal principio al mundo de los adultos, para comprender la naturaleza de uno de los defectos que aquejan a las sociedades modernas.

Por otro lado, el método 'antifrustración' origina una jerarquía anormal. Ahí se halla invertido el orden de las cosas: el niño que tiene que aprenderlo todo, queda instalado en el puente de mando, mientras que quienes le podían enseñar algo se encuentran en la parte inferior de la escala, bajo la autoridad del niño. Semejante situación origina neurosis para el chico quien muy pronto resulta detestado por su entorno exterior, ya que ese pequeño 'no frustrado' que pega a su progenitora, que desprecia a su progenitor, es, efectivamente, mal acogido. Lo rompe todo, mata a los pajarillos, rompe acuarios caseros, y encima le dicen: '¡Pero si no importa nada de todo eso!', 'Está muy bien eso de liberarse'. Los padres, ese par de inútiles intimidados por un niño de dos añitos, son lo bastante locos para creerse tales cosas. Sólo que el chico, por su parte, no se las cree. Como sucede con los canes, tiene una gran inteligencia para interpretar los mensajes, las comunicaciones no verbales y se da perfecta cuenta de lo que ahí está pasando. Ese niño se encuentra, pues, inserto en un mundo hostil (porque a nadie le gusta tener en casa a niños 'no frustrados'), rodeado de una pareja de inútiles despreciables, que resultan incapaces de protegerle, porque no tienen la posición dominante necesaria para ello. Es, realmente, una situación pavorosa, de la cual deriva una creciente inadaptación y, como consecuencia, una tendencia más poderosa a rebelarse. Además existe una correlación entre la agresividad que se testimonian entre sí los niños de una misma familia y la ausencia de un padre dominante. Esto es algo que se puede observar muy bien en EE.UU., donde hermanos y hermanas se lanzan con gran frecuencia un '*I hate you*' (¡te odio!). Y en el mundo de los animales sucede exactamente igual. Entre los lobos, cuando el jefe de la manada desaparece, estallan de inmediato batallas entre los menores.

UNA VERDADERA AUTORIDAD

La dominación no es necesariamente algo de índole brutal. Estoy convencido de que en la jerarquía familiar cabe lograr la obediencia y el respeto de los pequeños sin tener que recurrir sistemáticamente a un procedimiento que se fundamente en los castigos. Usted conoce la famosa escuela 'antiautoritaria' de Summerhill. Pues bien, ¡lo cierto es que en semejante escuela, los profesores tienen una autoridad enorme! Sencillamente, han encontrado otros medios para asentar su autoridad. La afirmación según la cual esa escuela resulta ser 'antiautoritaria' es una mentira pura y simple!

Es preciso imitar a los campesinos, entre quienes todo se realiza de modo natural. El niño juega a imitar a sus padres, y se forma de esa manera. Yo tengo un amigo labrador que es notablemente respetado por sus hijos. Y por una razón muy simple: hace las cosas mejor que ellos, y los hijos tratan de hacerlas tan perfectamente como él. Y luego digamos que la presencia de una comunidad familiar es necesaria porque permite crear relevos en la autoridad. El hombre de treinta años comprende muy bien que los consejos de su progenitor, que cumplió ya los cincuenta y cinco, son válidos y tiene respeto por él. El niño de cinco años no puede todavía entender en qué ha de consistir la superioridad de su abuelo, pero admira al chiquillo de diez años apenas, al cual se le permite ya adquirir pequeñas responsabilidades. Para el chico de diez años, esas responsabilidades son unos privilegios y no deberes, y comprende de sobra que, para beneficiarse del caso, ha de doblegarse a admitir una cierta disciplina. Debido a esto puede darle ya unas explicaciones a su hermanito de sólo cinco años. De ese modo se va creando una admiración y una disciplina piramidales, con los antepasados (abuelos) en la cúspide. En muchos pueblos esa diferencia constituye la religión natural: se honra como divinidades a los antepasados que ya fallecieron. Y por eso entiendo que el ejemplo reviste tantísima importancia. La verdadera educación es aquélla en que se da un ejemplo, antes de pasar a dar lecciones.

Alain de BENOIST: Si le parece, vamos a terminar esta entrevista preguntándole cuáles han sido sus últimos trabajos.

Konrad LORENZ: He trabado en el segundo volumen de mi obra *Rückseite des Spiegels*: ese segundo volumen es algo que, de entrada, yo había dudado en realizar. Pero estimo que resultaba necesario explicar que pueden existir otros valores que los derivados de la cuantificación pura. Racionalmente, no es posible definir un valor y, sin embargo, sabemos muy bien que existe. Quería sentar las bases de una teoría naturalista de los valores, cosa que probablemente no va a ser

bien acogida por todo el mundo. Al afirmar que una cultura depende, en su vitalidad, del equilibrio entre los factores de conservación y los factores de cambio, sé que molesto tanto a los viejos conservadores como a los jóvenes revolucionarios. Lo último, en efecto, que están preparados para admitir, lo mismo los unos que los otros, es que forman un *conjunto* indisociable, ¡exactamente a la manera que dos músculos antagónicos siguen siendo complementarios…!

En el terreno científico prosigo mis trabajos sobre la agresividad y sobre el enlace o ligazón. Para ello, utilizo una clase de animales entre los cuales las pulsiones son muy fuertes; en particular, me sirvo de peces tropicales. Busco, sobre todo, el poder estudiar los mecanismos de inhibición, que impiden matarse entre sí los componentes de una pareja. ¡Y he tenido que construirme un acuario tan grande como la mitad de una habitación! Estas investigaciones se llevan adelante con la ayuda de la Academia austríaca de las ciencias. Para mis estudios sobre el vínculo sigo usando mis ocas. Hay un pequeño equipo que me auxilia. Son nueve personas (una técnica, una ayudante científica, cuatro estudiantes que tienen una bolsa especial y tres jóvenes norteamericanos). Trabajamos en Grünau y el Instituto Max Planck asegura la financiación.

Y, finalmente, tengo todavía un tercer trabajo que concierne a los perros. Los perros resultan ser mucho más humanos que los lobos. Dado mi horror por la domesticación, me ha costado cierto tiempo darme cuenta de que la selección natural que actúa sobre los perros, desde hace ahora casi ya diez mil años, ha terminado 'humanizándolos'. A este respecto, Erik Zimon ha realizado unas experiencias sumamente interesantes en el parque natural del Bayerischer Wald. Ha investigado sobre los lobos, los perros y los mestizos de ambas especies. Usted sabe que entre los lobos existe una jerarquía muy cruel. El lobo superior impide al inferior reproducirse. En la manada, el animal inferior es un esclavo. Pues bien, entre los perros la cuestión resulta absolutamente distinta. Tras haber vencido en un combate, el perro superior ¡tiene mala conciencia! Durante varios días se siente incluso inferior a su víctima. Yo he constituido una pequeña jauría de seis perros, y ahora estudio todos esos temas más de cerca.

«LA ETOLOGÍA». Entrevista de Alain de BENOIST a Konrad LORENZ, Traducción Jorge de Lorbar. Barcelona: Ediciones de Arte Nuevo Thor, 1983, p 111-142.

En torno a la Etologia
Acerca de la obra de Konrad Lorenz, Decadencia de lo humano: un ensayo sobre el presente y futuro de la humanidad

José Miguel Serrano Ruiz-Calderón

Konrad LORENZ nos presenta en este libro una recapitu-lación de las principales conclusiones a las que ha llegado en su ya dilatada reflexión sobre la naturaleza, evolución y futuro del hombre. Reflexión que el Nobel austríaco ha venido reali-zando desde su doble condición de médico y etólogo, lo que indudablemente condiciona parte de sus aserciones, pese a que nuestro autor insiste en destacar como algunas de sus con-clusiones han sido también formuladas por estudiosos que parten de áreas de conocimiento distintas, y se sirven de ins-trumentos de análisis diferentes.

La fundamentación de muchas de sus tesis debe buscarse en las publicaciones anteriores de LORENZ, a las que el autor austríaco se remite con frecuencia, hasta tal punto que reiteradamente vuelve a tomar en consideración algunos de los ejemplos ilustrativos de sus teorías de los que se había servido con anterioridad. Véase, a este efecto, el ejemplo de la temperatura del nieto ya recogido en «la otra cara del espejo». Especialmente me refiero a las obras de LORENZ: *Sobre la agre-ión el pretendido mal,* Ed. Siglo XXI, México, 1971, 12 ed. mayo de .982. *El anillo del Rey Salomón,* Edic. Labor, Madrid, Barcelona, Bue-JOS Aires, 1952. *Evolución y modificación de conducta,* Ed. Siglo XXI, Viadrid, 1971. *Die Ruhseite Spiegets,* Riper & Co. Verlag, München, 1973; trad. española, *La otra cara del espejo,* Plaza y Janes Ed., Barce-lona, 1974, y *La Etología, Entrevista con Alain de Benoist,* El laberinto, ed. Nuevo Thor, Barcelona, 1983.

A partir de la denuncia de la progresiva «decadencia» de lo humano entre nosotros, con la disolución de las tradicio-nes y formas actuales auténticas, el volumen que analizamos se propone; prioritariamente iniciar una empresa rehabilita-dora; para ello Konrad LORENZ aborda, recogiendo aquí sus temas clásicos, la fundamentación de cuatro ideas:

1) «Así pues, la primera parte de este libro tiene por objeto refutar la hipótesis de un acontecer mundial predeterminado que, en el fondo, no representaría nunca la historia de la creación.»

2) «Se ha de explicar de manera convincente que los acaecimientos de nuestra experiencia subjetiva poseen un grado de realidad idéntico a todo lo que se puede expresar en la terminología de las Ciencias Naturales exactas»,

3) «Las normas de comportamiento, tanto culturales como instintivas, programadas por vía genética que eran todavía virtudes en un pasado históricamente reciente resultan hoy perniciosas ante semejantes circunstancias.»

4) «Con objeto de soslayar la amenazadora apocalipsis, es preciso sensibilizar a la gente joven, infundirle un nuevo despertar a lo bello y lo bueno, que han sido subyugadas por el cientificismo y el pensamiento tecnocrático».

La primera parte se propone responsabilizar al hombre de su posición en el universo; para ello LORENZ procede a desmontar cualquier imagen de finalismo en la evolución del mundo y en la sucesión de los acontecimientos humanos; igualmente, y a través de ese primer objetivo, hace frente al mito del progreso, oponiéndose a sus principales connotaciones ideológicas y por lo tanto a lo que denomina «mentalidad tecnocrática».

En ocasiones la exposición del finalismo por LORENZ recuerda su rechazo por Henri BERGSON como manifestación de una concepción de la realidad según la cual ésta se halla ya dada por el futuro: «El finalismo ... no es sino un mecanicismo al revés» (Cap. I de «L'évolution creatrice»).

La idea del finalismo en el universo crea, a juicio de LORENZ, una errónea sensación de seguridad, basada en la con-vicción de que la acción al hombre nunca podrá llegar a destruir su entorno, pues el universo está regido por una «mente» superior o ley inmutable que garantiza un «hogar» para el hombre.

En contra de este punto de vista, LORENZ entiende que el finalismo no está necesariamente presente en la naturaleza, pues ni siquiera la propia evolución de la vida sigue un fin predeterminado. En este sentido llega a referir cómo incluso la naturaleza se «equivoca», pues los seres pueden adquirir en el curso de la evolución características que si bien pueden reportar un bien inmediato (en la lucha por la supervivencia) a la larga pueden ser perjudiciales para ese mismo fin. Y así cita como ejemplo la excesiva especialización de un ser en un alimento que puede reportar con su carencia la práctica des-aparición del mismo.

En esto sigue LORENZ la línea de afirmación del pensa-miento evolucionista que sigue a la publicación en 1859 de «On the origin of Species» de Charles Robert DARWIN y que se vio reforzada tras el descubrimiento de las leyes ele la genética. (Aun cuando ese mismo descubrimiento contribuyó también a disipar algunos de los errores del naturalista británico.) Se empeña LORENZ a aportar datos que prueban que la evolución no sigue una línea recta sino zigzagueante, observándose así que no sigue un plan predeterminado, lo que llega a mostrarse de forma ejemplar en casos como el de la ballena cuya vuelta al mar es claramente antieconómica tras el esfuerzo de aparición de un mamífero.

La postura antifinalista de LORENZ se fundamenta igualmente en el análisis de la finalidad como una categoría del entendimiento y del estudio del nexo final tal y como lo expre-sara Nicolái HARTMANN, al exigir para su realización la presencia de una conciencia tras él. Este nexo final es descrito en los siguientes términos:

1) «La fijación de un objetivo salvando el curso del tiempo, como anticipación de algo futuro.»

2) «Sucediendo a este objetivo fijado está la selección de medios.»

3) «La consecución del objetivo mediante la sucesión causal de los medios seleccionados».

Pero el factor de la falsa mentalidad moderna que quizá resulte más pretencioso, es la idea de que el hombre puede predecir su futuro, idea que está asociada en parte a la del progreso ilimitado. La búsqueda de seguridad humana ha llevado a un sector amplio de las sociedades contemporáneas al convencimiento de que si leyes inmutables nos guían resulta posible predecir nuestro futuro, pudiendo determinar cual va a ser el grupo social dominante, o cual será nuestra situación o el sentido de la evolución de los hechos en los próximos años.

Para refutar estas pretensiones LORENZ se basa en los argumentos de su compatriota, naturalizado inglés, Karl R. POPPER y así, parafraseándole, afirma: «Sin duda el saber humano influye sobre el caminar histórico de la humanidad, y puesto que la acumulación de saber es absolutamente imprevisible también lo es el curso futuro de la historia.» No es este, sin embargo, el argumento más «fuerte» que recoge LORENZ de POPPER sino que, posteriormente, nos encontramos con la conocida frase, presente en «la miseria del Historicismo» (The poverty of

Historicism), según la cual «ningún aparato cognoscitivo capacitado para hacer predicciones puedan predecir jamás sus propios resultados».

Este argumento es una de las ideas-fuerza de que se sirvió POPPER para rechazar la teoría del determinismo científico. Según POPPER esta teoría, además de ser falsa, constituye uno de los obstáculos mayores para una correcta comprensión de la libertad humana, que necesita como condición necesaria, aunque no suficiente, para poder hacerse efectiva, la presencia del indeterminismo en el mundo físico. Indeterminismo entendido, no tanto en el sentido de que no puedan ser explicados casualmente todos los hechos (aunque se reconoce su dificultad), sino como incapacidad de predecir científicamente los sucesos futuros.

Así en el prefacio del libro «El Universo abierto. Un argumento en favor del indeterminismo», POPPER fija su objetivo: «En cualquier caso, quiero afirmar aquí, claramente, algo que es manifiesto, tanto en "La sociedad abierta y sus enemigos" como en "La miseria del historicismo": que estoy profundamente interesado en la defensa de la libertad humana, de la creatividad humana y de lo que se ha llamado tradicionalmente el libre albedrío (o libre voluntad), aunque creo que preguntas tales como «¿Qué es la libertad?»; o «¿Qué significa libre?», «¿Qué es voluntad?» y otras similares pueden conducir al embrollo de la filosofía del lenguaje. Este libro es, pues, una especie de prolegómeno a la cuestión de la libertad y la creatividad humanas, y les abre espacio físico y cosmológicamente de una manera que no depende de análisis verbales».

La principal tesis del determinismo científico que POPPER se encarga de refutar es descrita en los siguientes términos:

«La idea fundamental del determinismo científico es que la estructura del mundo es tal que todo suceso puede, en principio, ser calculado racionalmente de antemano sólo con que conozcamos las leyes de la naturaleza y el estado presente o pasado del mundo». Ahora bien, para que esta condición se cumpliera totalmente POPPER exige que cada suceso sea predictible cualquiera que sea el grado de precisión deseable.

Esto nos conduce a la primera objeción al determinismo científico que expresa POPPER, cuando exige para poder aceptar una verdadera hipótesis del determinismo científico la vigencia del principio de poder dar razón, definido en los siguientes términos:
«Para remediar esta situación, tenemos que exigir que sea posible descubrir, antes de encontrar el resultado de nuestras predicciones, si las condiciones iniciales son suficientemente precisas o no; dicho de otro modo, tenemos que poder determinar de antemano, a partir de la tarea de predicción (que debe enunciar,

entre otras cosas, el grado de precisión que se exige de la predicción) junto con la teoría, cómo tienen que ser de precisas las condiciones iniciales o «datos» para que nos permitan realizar esa tarea concreta de predicción». Y a continuación añade: «Pero, si todo suceso ha de ser predictible tiene que ser predictible en cualquiera que sea el grado de precisión deseado: porque puede alegarse que la más mínima diferencia en la medida distingue a dos sucesos diferentes.»

POPPER dedica una importante sección de esta monografía a demostrar cómo no es posible cumplir esta fundamental exigencia del determinismo científico.

El segundo gran argumento antideterminista de POPPER surge a partir de la teoría especial de la relatividad de Albert EINSTEIN y de la demostración según ésta de la asimetría del pasado y del presente (o lo que es lo mismo, el entender que en cualquier punto el pasado está cerrado y el futuro abierto, salvo en un supuesto). Este supuesto surgiría con la introducción de un ser que pudiera calcular todo al estilo del demonio laplaciano, sin embargo este caso refuerza la posición de POPPER en cuanto en el momento en el que para el demonio laplaciano el futuro no está cerrado es porque todo es para el pasado.

«Si tratamos de introducir al demonio laplaciano en la relatividad especial, encontramos que podemos calcular, a partir de la región de información del demonio, un límite inferior para la posición espacio-tiempo (temporal) del demonio y además encontramos que el demonio sólo calculó un suceso que estaba dentro de su propio pasado».

El tercer argumento que recoge POPPER en esta publicación está relacionado con el que LORENZ menciona en su libro, aunque en la última versión de POPPER esté perfeccionado respecto a expresiones anteriores.

Este estudio tiene un primer análisis cultural y luego otro más estrictamente lógico. Debemos recoger, sin embargo, que frente a lo que parece decir LORENZ, POPPER no piensa que los dos argumentos sean uno solo, o como podríamos decir de forma más exacta, la enunciación menor de un mismo argumento sino que los distingue plenamente.

Por un lado indica la imposibilidad de predecir con nuestros actuales conocimientos la aparición de nuevas teorías y sus efectos en el futuro:

«Porque la evidencia que pudiera predecirse con la ayuda del conocimiento actual, o no sería nueva o, si lo fuese, equivaldría a una contrastación que confirmase nuestras teorías actuales (en lugar de inducirnos a aceptar una teoría nueva). El tipo de evidencia que justifica la aceptación de una nueva teoría es evidencia que puede predecirse con ayuda de la nueva teoría, pero no con ayuda

de nuestro conocimiento actual, en otras palabras, tiene que tener el carácter de evidencia crucial».

El argumento es planteado en los siguientes términos «Una evidencia cuya ocurrencia puede predecirse sobre la base de nuestro conocimiento actual no puede ser evidencia que justifique la aceptación de una teoría nueva».

Pero más trascendente para el objeto que tratamos es la demostración de la imposibilidad de que una máquina (por ejemplo) inteligente pueda predecir sus propios resultados aunque posea todos los datos. Esta prueba exige, eso sí, que la supuesta máquina invierta tiempo en realizar sus predicciones (como parece necesario desde un punto de vista práctico).

Cualquier tipo de predicción desde dentro es por tanto imposible, de aquí que POPPER puede realizar una afirmación de trascendencia fundamental para la antropología, y que sin problemas suscribirá LORENZ: «somos libres (o como se quiera llamarlo), no porque no estemos sujetos a la suerte en lugar de a unas leyes naturales estrictas, sino porque la racionalización progresiva del mundo, el intento de atrapar el mundo en la red del conocimiento, tiene límites, en cualquier mo-mento, en el aumento del conocimiento mismo que, natural-mente, es también un proceso que pertenece al mundo».

La obra de POPPER que venimos citando están dedicada, en parte, a responder negativamente a una pregunta planteada en los siguientes términos: «Suponiendo que estuviéramos pertrecha dos de un conocimiento teórico perfecto y de unas condiciones inicia les pasadas o presentes, ¿podríamos predecir entonces, por métodos deductivos, nuestros propios estados futuros en cualquier instante de tiempo dado y, más especialmente, nuestras propias predicciones fu turas?» Karl POPPER: *El Universo abierto. Un argumento en favor del indeterminismo,* Tecnos, Madrid, 1984, pág. 91. La respuesta se da en la página 110 del mismo libro de esta forma contundente: «Así, pues, no podemos predecir el aumento futuro de nuestro conoci miento.»

Una de las constantes del pensamiento de LORENZ, expresada de forma contundente en su libro «Los ocho pecados capitales de la humanidad civilizada», es la creencia de que la humanidad se encuentra enferma como consecuencia de la mentalidad tecnológica y pseudodemocrática y que esta enfermedad debe sanarse mediante el afianzamiento de los valores. Esta visión médica de LORENZ es así expresada en su libro «La otra cara del espejo». «Finalmente fue el médico dentro de mí quien se reveló contra esa coartación. El desmoronaiento progresivo de nuestra cultura patológica tan evidente, presenta con toda claridad los síntomas inherentes a una enfermedad de la mente humana, que se hace ineludible, categóricamente, la exploración de la cultura y espíritu mediante los métodos de la ciencia médica».

Esta exploración conduciría a una inevitable y necesaria reafirmación de los valores; recuperación que resulta posible en la medida en que éstos, según su criterio, son susceptibles de ser conocidos objetivamente, en contra de lo que entienden quienes incurren en actitudes de «reduccionismo cientista». Posición muy semejante a la expuesta por el discípulo de K. R. POPPER, H. SKOLIMOVSKI en su crítica a los distintos reduc-cionismos del concepto de razón en el positivismo.

Esta posible apreciación de los valores que reivindica LORENZ no es racional, y se genera en uno de los atributos del conocimiento humano: la «percepción de formas»; atributo que refuerza el valor de la experiencia subjetiva. Estas posiciones parten del convencimiento de la adecuación de nuestro aparato cognoscitivo a la realidad circundante, debido a que éste se ha ido configurando a lo largo de la evolución en un proceso de adecuación a la superviviencia. Todo ello constituye el principal argumento del «realismo» de LORENZ.

K. LORENZ distingue entre las apreciaciones de valores que tienen una función teleonómica y las que no la tienen. En las primeras se trata de programas ingénitos para la preservación de la especie, los segundos están ligados a la apreciación de formar capacidad humana relacionada con la creatividad y con la apreciación de las armonías.

Esta ligazón de los valores a lo ingénito no reduce total-mente al hombre a lo animal como pretenden muchos de sus críticos. En este sentido, nuestro autor invoca expresamente la argumentación que acerca de la naturaleza humana, las formaciones culturales, la ubicación del hombre, etc., expresa uno de los más autorizados tratadistas de la antropología filosófica contemporánea, Arnold GEHLEN (1904-1976). Para GEHLEN el hombre es, ciertamente, un ser natural, pero que, a diferencia de otros animales, no está adaptado ni para la lucha por la vida ni para la supervivencia de la especie, por lo que la cultura (lenguaje, instituciones sociales, técnicas...) constituye un medio de readaptación, lo que hace del hombre «un ser cultural»; ya que los programas filogenéticos de su comportamiento estaban ya dispuestos para amoldarse a la presencia de una civilización».

Esta combinación instinto innato-cultural es lo que no ha sido, o no ha querido ser, entendido por los críticos de LORENZ que le acusan de reduccionismo y de

exaltación de la agresividad (confundida con la violencia), un ejemplo claro de esta posición está constituido por las conclusiones expuestas por los autores del libro colectivo «Man and Agressions», y en este sentido, son particularmente críticos Leonardo BERCO-WITZ, León EISENBERG y su director Ashley MONTAGU; todos ellos inscritos en lo que se ha dado en denominar «ideología americana».

De sus críticas dijo el propio LORENZ: «NO sólo no sobre-estimo la parte del animal que está en el hombre, sino que diría, incluso, que son los adversarios de la etología quienes subestiman la diferencia que hay entre el hombre y los animales. A fines de la era terciaria se produjo una verdadera revolución cuando nuestros antepasados llegaron a descubrir el pensamiento conceptual. En esa etapa de la evolución, unas facultades que anteriormente no existían sino aisladas en los animales, se vieron combinadas dentro de un sistema totalmente nuevo, el cual desarrolló unas propiedades sistemáticas hasta entonces desconocidas. La percepción de las formas y la facultad de representar el espacio al combinarse con las facultades de exploración de los jóvenes antropoides, dieron como resultado una actividad enteramente nueva: la actividad conceptual».

Se produce o se puede provocar de esta manera una dicotomía entre la cultura y algunos valores frente a pautas instintivas, de forma que la superior velocidad de adaptación cultural (véase, por ejemplo, la velocidad de extensión del invento de la rueda comparada con la formación de un miembro como la mano en el curso de la evolución) hace que las pautas instintivas queden rezagadas e inadaptadas; inadaptación que se constituirá también en uno de los rasgos fundamentales de la definición antropológica de LORENZ a pesar de lo anterior-mente dicho.

Pero, como vemos, ciertas pautas y apreciaciones de valores son innatas al hombre, y por tanto deben ser comunes a todas las culturas; por esta naturalidad de la apreciación de valores es por lo que LORENZ predicará la educación en la naturaleza como medio de regeneración del hombre y de su cultura.

Esta creencia en la apreciación directa y común de valores iguales en toda cultura no es compartida por algunos pensadores influidos por LORENZ que insisten en la creatividad de los valores y en su artificialidad, lo que determina la libertad humana; así, Alain de BENOTST nos dice que fue el orden humano es pura convención, siendo como el arte su propio modelo y añade: «il n'est pas un fin en soi-mais la resultante d'une activité mise au service d'une certaine facón de concevoir les rapports entre les hommes et l'Univers, et les rapports des hommes entre eux. II dépend de l'idee que l'on s'en fait, de l'energie dont on dispose pour réalisér cette ideé et de la fina-lité qu'on s'assigne».

Sea como fuere, conviene insistir en el desfase entre la naturaleza humana, e incluso sus pautas culturales tradicionales que constituyen una segunda naturaleza, y las necesidades creadas por la evolución de la civilización. Así, pautas culturales que tuvieron su importancia para la supervivencia de la especie pueden llegar a transformarse en peligrosas, para el desarrollo de la humanidad. Entre éstas, K. LORENZ destaca las siguientes: La tendencia al orden que puede convertirse en «supra» organización. El regocijo causado por el crecimiento que puede tender al desarrollismo desmesurado. El placer de la función. El placer de la competencia. La distribución del trabajo y la especialización. La renuncia forzosa al discernimiento.

La publicidad (en especial se refiere a la engañosa que define como antinatural y perjudicial para la especie). Y, sobre todo, el efecto terrible que sobre una cualidad natural y en origen positiva como es el entusiasmo colectivo de carácter agresivo puede tener y de hecho tiene la propaganda política.

Conviene recordar en este sentido, como uno de los puntos fundamentales del análisis que LORENZ realiza en «Sobre la agresión del pretendido mal», es la inadecuación de las pautas de inhibición de la agresividad en el hombre respecto a la potencia de su actual armamento. El hombre escasamente armado en el origen de su evolución está ahora dotado de mayor capacidad de matar de la que está cualquier otro ser en la tierra. Así nos dice: «Uno puede imaginarse como si lo estuviera viendo lo que sucedería si, por un fenómeno natural que nunca se ha dado, la paloma adquiriera el pico de un cuervo. Parecida es la situación del hombre al descubrir que una piedra afilada puede servirle de arma cortante o contundente. Nos llena de horror pensar en una criatura tan excitable y colérica como el chimpancé con un hacha de piedra en la mano».

El peligro al que nos referimos surge, a juicio del autor austríaco, en cuanto el hombre (que fue en su origen un omnívoro) no tiene los mecanismos instintivos que impiden que los grandes carnívoros hagan grandes daños a los miembros de su propia especie.

Estas tesis de los etólogos acerca del origen instintivo de la agresividad y de la inadecuación del hombre en muchos casos a las nuevas circunstancias que le rodean han sido objeto de duras críticas. En ocasiones, á efectos dialécticos, se ha llegado a mutilar y a presentar simplificaciones a algunas de sus tesis, imputándoles afirmaciones que, con frecuencia, y desde luego nunca en el caso de LORENZ, habían pronunciado. En la contraportada de la edición española del libro de Ashley MONTAGU, «La naturaleza de la agresividad humana», podemos leer: «A juicio de Ashley Montagu la tesis etológica de que los seres humanos son, genética e instintivamente criaturas asesinas, se basa en falaces argumentos analógicos, ocultos prejuicios ideológicos y políticos, indebidas extrapolaciones de la conducta animal al comportamiento humano e interpretaciones unilaterales o tergiversadas de datos biológicos, paleontológicos, antropológicos e históricos».

Esta tesis tan criticada, sería, con matices imputable a autores como Robert ADREY, que formulan la hipótesis del cazador, pero no a LORENZ, que sostiene una concepción radicalmente contraria. ¿Pero cuáles son las razones de ataques tan generalizados? Creo firmemente que las posiciones de los etólogos son tan radicalmente rechazadas desde las posiciones marxistas y desde la «ideología americana», en la medida en que suponen una negación contundente de los elementos bási-cos en que se fundamentan ambas ideologías. La preprogramación del hombre impide, en efecto, la construcción utópica de cualquier tipo de sociedad que se imagine en cuanto la «materia» sobre la que se actúa está fuertemente condicionada desde su propia naturaleza, El utopismo u optimismo ingenuo queda de esta forma refutado al mismo tiempo que se remar-can los peligrosos juegos sociales de los aprendices de brujo tendentes a adaptar a los hombres a esquemas artificiosamente imaginados.

Pero si esta concepción de agresión e inhibición, que es archiconocida de la obra de LORENZ, tiene importancia como factor que hay que tener en cuenta eri el proceso de evolución y en el futuro del hombre, y los datos que antes recordábamos son pautas que en el presente son perjudiciales, hay un punto que LORENZ estudia con especial detenimiento en este último trabajo. Se trata del perjuicio que a la humanidad ocasiona la mentalidad tecnocrática y pseudodemocrática. Esta mentalidad, a su juicio, procede de la igualación del hombre y de sus culturas negando sus caracteres innatos, la diversidad humana, la gradación origen de capacidades... Como fuente doctrinal de la mentalidad que tanto critica, cita LORENZ la «tergiversación» de la conocida frase de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, en la que Thomas Jefferson (su redactor como delegado por Virginia en el Congreso Continental) sostiene que: «all men are created equal». Dice LORENZ que esa frase fue escrita como prolegómeno para liberar a los esclavos, pero que de ella se derivaron dos consecuencias nefastas: «Hela aquí: la primera deducción falsa es que todos los hombres se desarrollarían como seres idóneos si hubiese unas condiciones idóneas para el desarrollo. De ese corolario falso se infirió, en otro salto mortal lógico, que todos los hombres son idénticos al nacer».

El análisis del origen de la mentalidad igualitaria por parte de LORENZ, como vemos, es bastante simple, ya que se limita a aportar algún dato para apoyar su reflexión sin entrar en un estudio del igualitarismo y sus consecuencias. Es observable en este libro igualmente una cierta moderación respecto a anteriores críticas y análisis en las que enfrenta por ejemplo una severa censura de las posiciones de J. J. ROUSSEAU. ASÍ, en una entrevista con Alain de BENOIST, a la pregunta de éste: «A propósito de doctrinas pseudodemocráticas, ¿qué opina usted del pensamiento moderno, que tiene su origen en las teorías de Rousseau?», a lo que contesta contundente: «Un filósofo como J. J. Rousseau es alguien que ha originado daños considerables». Un hombre «liberado» de la cultura y de la tradición no sería ese «buen salvaje» de que nos habla ROUS-SEAU, sino un cretino, un ser incapaz incluso del habla y que, probablemente, ya no cabría calificar de humano». Y más estrictamente, sobre la igualdad afirma: «El simple hecho de afirmar que los hombres no nacen iguales desencadena en ciertas personas reacciones de cólera o de agresividad... y sin embargo se trata de un dato elemental. Esas mismas gentes no se dan cuenta de que si nosotros fuéramos todos iguales nos convertiríamos en intercambiables, y perderíamos toda la li-bertad».

Se inscribe de esta manera LORENZ en una corriente actual que proclama el antiigualitarismo como una de las consecuencias fundamentales que cabe deducir de un estudio científico de la naturaleza humana y de las relaciones sociales. En la misma línea algunos autores, influidos por el pensador austríaco, proyectaron puntualmente sus ideas en el campo político, basándose en sus concepciones antropológicas. Corriente que va a renovar toda una tradición anterior de pensamiento contrario al igualitarismo.

Según estas posiciones, en las que se inscriben Claude POLÍN y el ya citado Alain de BENOIST, el igualitarismo es la condición imprescindible del totalitarismo, como dice este último: «Para Polin, él totalitarismo no es fruto natural

del ejercicio del poder, no debe nada a la esencia de éste. Tampoco se trata de un hecho permanente de las pasiones humanas. El totalitarismo es producto del espíritu igualitario, y en especial del espírtu económico que es su corolario obligado». Según la corriente a la que nos venimos refiriendo es la posición igualitarista lo que une subterráneamente a la democracia liberal con los regímenes totalitarios de base socialista y por eso, a juicio del ya citado POLÍN, la democracia liberal se encuentra impedida para detener el avance totalitario, en cuanto tiene una cierta inferioridad moral respecto a los socialistas, ya que, como dice BENOIST, «Las sociedades liberales se encuentran desarmadas ante unas facciones que pretenden aplicar sus mismos ideales de manera aún más rigurosa»

Esta relación entre los dos sistemas ideológicos dominantes es definida igualmente por LORENZ, quien califica a uno y otro respectivamente de «sistema comunista» y de «sistema dominado por el lobby de la gran industria». A su juicio, ambos usan formas de control más o menos similares basadas en el uso de la propaganda. No ignora LORENZ, por supuesto, el peso del terror en los regímenes totalitarios, pero entiende que una vez transcurrido un determinado período inicial de fuerza, se proponen obtener su permanencia mediante la persuasión y el «convencimiento», sin necesidad de actualizar el terror. Los dos sistemas se sirven de la propaganda para controlar a los ciudadanos: «Así se explica que la doctrina pseudodemocrática del lobby de la gran industria sea una religión estatal equiparable a los ideólogos del comunismo». Esta argumentación tiene una importancia «moral» notable en la lucha contemporánea entre los sistemas democrático-liberal y totalitario-comunista, pues es un ejemplo de la crítica actual a ambos sistemas y por ende a los dos bloques militares en que se agrupan.

Entiendo que LORENZ, al igual que toda una serie de críticos de muy diversa procedencia, incurre en el notable error de despreciar el peso que en los distintos tipos de sociedad tiene el reconocimiento formal de las libertades y la existencia de mecanismos de garantía. Las libertades, denominadas despreciativamente formales, introducen un factor de protección individual innegable y constituyen un componente diferencia-dor de ambos sistemas que no cabe despreciar. De la misma manera entiendo que pese a que no puede negarse que «la libertad de información al igual que la libertad en su conjunto no se encuentra amenazada únicamente por el Estado, sino también por el conjunto oligárquico de los monopolios privados», ni desconócese la posible utilización abusiva de la publicidad en la sociedad consumista como factor de control, no por ello es correcto establecer una equiparación entre esta publicidad y la propaganda ideológica de los regí-menes comunistas.

En primer lugar porque hay un mayor respeto del publicista hacia los gustos del público del que encontramos en los líderes ideológicos totalitarios, pero sobre todo porque esta comparación supone olvidar que en los sistemas democráticos-liberales también hay un sistema de propaganda política que llega a ser, a veces, opresiva. Y es extraño que LORENZ, que con tanto ahínco ataca a la mentalidad pseudodemocrática, no haya sabido igualmente criticar sus formas de imposición en las sociedades democráticas-liberales contemporáneas. El control de los medios de comunicación de masas por los promotores de la mentalidad «progresista»-

«igualitaria», y por los críticos de los valores tradicionales, es uno de los hechos más denunciados por los pensadores de la derecha contemporánea y no deja de ser un error que LORENZ, en su afán de reconstrucción de los valores como condición para la supervivencia de la cultura, omita este aspecto.

Obviamente, el dominio de estos medios de comunicación otorga un notable poder a quien lo detenta, máxime cuando nos encontramos en un mundo en el que la lucha política trasciende la propia política y se convierte tal como señaló Antonio GRAMSCI en la lucha cultural. Esta es una de las tesis fundamentales de la serie de artículos que Alain de BENOIST reúne bajo el título de «La nueva derecha», donde sostiene, por ejemplo: «Cabe entonces plantearse la cuestión: la apuesta fundamental del político, ¿tiene lugar aún, en lo esencial, en el ruedo de la "política" pública? ¿Las competiciones electorales? ¿No serán más bien la ocasión de medir de modo concreto la resultante política de una acción más difusa, de tipo "metapolítico", llevada a cabo fuera del estrecho círculo de los estados mayores de los partidos? Plantear este tema supone traer a colación la existencia de un poder cultural implantado paralelamente al poder político y que, en cierto modo, le precede. Es también evocar la figura de ese gran teórico del "poder cultural" que fue el comunista italiano Antonio GRAMSCI, cuya influencia en ciertos medios de la izquierda europea es hoy considerable, y tal vez decisiva».

Según un número apreciable de politólogos la mentalidad denominada por LORENZ como pseudodemocrática y que se autodenomina liberal o progresista es la que controla los me-dios de comunicación en países como los Estados Unidos y en general en todos los occidentales de forma que su capacidad de influir en las mentalidades y las actitudes es notable, estos medios tienden a presentar la realidad de una forma sesgada, lo que se evidencia en la forma con que se califican y presentan las posiciones conservadoras, con frecuencia caricaturizadas, reducidas al absurdo, etc. En este sentido, Guy SORMAN, en su libro «La revolution conservatrice américaine», resalta la influencia de estos medios y su rechazo por parte de los conservadores: «CBS est le cauchemar des conservateurs corn-me le sont en general les medias de New York et de la cote Est, c'est-adire les trois grandes chaincs de Televisión et les deux grands quotidiens libéraux, le "Washington Post" et le "New York Times"».

La importancia de este dominio se acrecienta a la luz de las investigaciones que demuestran la sustitución de las fuentes tradicionales de formación de opinión por la recepción de información de forma no crítica a través de los medios de comunicación de masas. Esta es la opinión que expresa Claude BEYRARD en su artículo «Une nouvelle conscience collective», publicado en el libro colectivo «Renaissance de L'Occident?», diciendo: «Jusqu'en 1958 en virón, opinión et jugements étaient encoré formes parl'experience vécue de chaqué citoyen du monde occidental et par destradition múltiples dénseignments múltiples: familiaux, scolaires, professionnels, sportifs, religieux et politiques... Les niédiateurs de ees traditions et de ees apprentissages étaient 'egalement múltiples: membres de la famille, instituteurs, professeurs d'opinion variées, ministres du cuite, leaders politiques, amis, notables, autorités professio-nelles... L'industrialisation de la communication a submergé ees circuits d'information. De méme

qu'historiquement, la pre-miere révolution industrielle a démodé les productions artisa-nales».

El efecto de lo anteriormente descrito es la necesidad de que el hombre se prepare para resistir esta información unilateral, que es perjudicial sea cual sea la orientación que mantenga. Es esperanzador a este respecto que la evolución tecnológica esté favoreciendo una vuelta a la pluralidad de orientaciones informativas en países donde hay libertad de estableci-miento de empresas de información, aunque por otro lado se sigue observando por ejemplo en EE. UU. una tendencia a la concentración de los grandes medios de comunicación en cadenas que atienden a varios sectores. Véase aquí igualmente el caso de España.

Las consecuencias negativas de este predominio de los grandes medios se multiplican ya que no sólo han sustituido a los medios tradicionales de formación de opinión, sino que incluso se orientan a la defensa de formas de vida y pautas culturales contrapuestas a las que transmitía la opinión tradicional. En EE. UU. el caso ha sido especialmente estudiado, precisamente porque ha sido allí donde se ha producido este vuelco de una forma más radical. Del análisis no ya de los informativos, sino de los influyentes «seriales», parece inevitable suscribir estos juicios.

Con este propósito, Guy SORMAN cita al crítico norteamericano de televisión Ben Stein, quien ha interpretado la visión del mundo a que responden influyentes «seriales» emitidos, y que no es otra que la ideología de un limitado nú-mero de personas, no más de trescientas, productores y guionistas que viven en Beverly Hills y participan de hábitos y pautas culturales minoritarios. Como características de la visión del mundo que propagan estos seriales se citan los siguientes:

«Pour l'essentiel, le monde des affaires y est inmoral, les mi-litaires sont des fascistes, les fonctionnaires de braves gens, les pauvres, sont toujours bons, la vie plus excitante dans les grandes villes que dans les petites, la religión inexistante o retrograde» (35).

Como podemos observar estas concepciones son sensiblemente distintas de la que mantiene la cultura popular tradicional norteamericana; y que encontraron expresión, por ejemplo, en las viejas películas de Hollywood de los años 1930 á 1960. Como recuerda el autor de «La revolución conservadora americana» en aquellas películas el éxito social era laudable, los delincuentes violentos debían ser castigados, los soldados eran valientes y la vida siempre era mejor y más auténtica en las pequeñas ciudades que en la pecaminosa gran urbe.

La actual fümografía, por el contrario sugiere una interpretación opuesta, las pequeñas ciudades son retrógradas y están llenas de prejuicios, mientras que sólo la gran urbe hace posible la libertad. Finalmente, G. SORMAN toma en consideración el estricto cuidado de los citados seriales en no ofender a las minorías.

Con todas estas referencias no hemos introducido en el análisis de los problemas de la humanidad contemporánea, cuestión a la que dedica LORENZ el cuarto

capítulo y donde, además de contemplar cuestiones que ya hemos mencionado a lo largo de este estudio, se refiere a los peligros de la iguala-ción cultural.

En efecto, las sociedades industriales sobre todo por virtud del desarrollo de los medios de difusión de información y de los de transporte cada vez se parecen más, por otro lado en cuanto estas medidas difunden la cultura «Pseudodemocrática» y tecnocrática es ésta la que se ha impuesto de forma general en todos los países.

Esto provoca efectos de diversa índole, por un lado las juventudes de todos los países industriales se parecen cada vez más entre ellas, y a su vez se distinguen más de la mentalidad de los adultos de su propio país debido a la indudable aceleración de la vida social provocada por la rápida sucesión de innovaciones tecnológicas. El efecto de todo esto es el peligroso choque generacional, peligroso en cuanto aunque siem-pre ha habido una época en la vida de cada hombre de rebelión ante lo establecido nunca había llevado esto a una fractura entre las diversas generaciones.

Pero tan grave como esto es la desaparición de la diversidad cultural que aportaba riqueza y competencia a la vida de los hombres. La diversidad de valores es positiva en cuanto prueba de una evolución cultural propia y es preocupante constatar que ésta desaparece, siendo sustituida la concurrencia de diversas culturas por la de diversos aparatos productivos en un mismo mercado mundial, en palabras del austríaco: «El sistema tecnocrático que hoy domina el mundo está a punto de nivelar por completo las diferenciaciones culturales. Todos los pueblos de la Tierra, exceptuando los llamados "subdesarrollados" obtienen por las mismas técnicas productos idénticos, aran los campos con tractores idénticos para los mismos monocultivos y combaten con armas idénticas. Pero sobre todo, compiten en el mismo mercado mundial y hacen cuanto pueden valiéndose de los mismos métodos propagandísticos para superarse unos a otros en rango. Cada vez desaparecen más las diferenciaciones cualitativas que podrían ser creativas y muy eficaces en el concierto. La caída de los valores culturales coincide, como demostrará W. 0. KÜPPER, con la desaparición de la variedad natural».

Como se deduce del texto, LORENZ es proclive a aplicar a las relaciones entre las diversas culturas la teoría de la evolución biológica, por supuesto esta teoría sólo sería aplicable a este campo de forma analógica y evitando una interpretación estricta de la misma. Para que esta interrelación enriquecedora se dé es necesaria por supuesto la diversidad, la cual ha desaparecido en gran medida del mundo no sólo según el juicio de LORENZ sino el de otros muchos autores que incluso formulan puntos de vista más negativos respecto a este problema: Así Alain de BENOIST en su libro ya citado «Vu de droité» cita a Paul SERANT cuando dice «Partout les mémes foules, habillées de la méme facón, capables de conprendre le meme basic english. Cote culture, partout le meme snack UNESCO, le meme cocktail de christianisme, de démocratisme, de freudisme et de marxisme, serví par les memes ecclesias tiques et les memes politiciens syncretistes et universalistes»).

Esta visión negativa hacia la total uniformidad cultural del mundo que por otro lado había sido considerada como un fin que debía conseguirse está teniendo efectos prácticos notables en algunos países. En efecto es observable un intento de

recuperación de la variedad cultural europea, incluso en países donde se intentó implantar un sistema tan centralista y homogeneizador como Francia.

El excluyente patrón cultural parisino (que, según Montesquieu, hacía a Francia) pierde hoy importancia ante el continuo renacer de las particularidades Bretonas y Occitanas. Esta corriente se plasma en lo que ha venido en llamarse recuperación de la Europa de las regiones, y tiene como principal virtud la lucha contra la uniformización. Rechaza LORENZ, como hemos visto, que la diversidad cultural pueda ser sustituida por la concurrencia uniforme en el mercado productivo, de la misma manera que rechaza la idea de que el mecanismo de libre concurrencia económica tenga siempre efectos beneficiosos. La razón de esta postura es que la industria (o como dice LORENZ, la «gran industria») busca el beneficio inmediato, sin tomar en consideración los efectos secundarios no deseables de sus acciones, que el beneficio inmediato no puede obtenerse a base de consumir bienes irremplazables; si esta circunstancia la combinamos con dos de las principales características de la evolución biológica tendremos la completa explicación de la afirmación del austriaco. Estas características de la evolución que menciona LORENZ son las siguientes: Como recordamos, un paso en la evolución apto para una determinada circunstancia no garantiza nada respecto a circunstancias futuras; por otro lado, los mecanismos que son útiles por ejemplo en la lucha intraespecífica (por ejemplo, los cuernos de los ciervos) pueden ser perjudiciales para la supervivencia en la lucha con el medio y sus enemigos naturales. Estas ideas abundan, como hemos visto, en el rechazo del finalismo y del progresismo. Dentro de esta preocupación por la destrucción del medio, se refiere LORENZ al problema de la superpoblación. Este defiende la teoría de que no puede haber crecimiento ilimitado en un mundo con medios limitados. Por ello ataca el crecimiento desmesurado de población y el modelo de crecimiento económico.

Es curioso que la preocupación por el desmesurado crecimiento de la población se dé entre autores que viven en países que están muy lejos de tener este problema, antes bien, padecen precisamente el problema contrario. Es una realidad fácilmente comprensible que no se puede reducir indefinidamente la tasa de natalidad en cuanto esto evita la normal sucesión de generaciones. Y es inexplicable que un autor tan centrado en el estudio de realidades «naturales» no haya comprendido la gravedad de un problema que en estos momentos ocupa una situación primordial en el pensamiento europeo.

En efecto, si bien cabe hablar de explosión demográfica en los países del tercer mundo, en el mundo industrializado, por el contrario, podemos observar una implosión, con lo que un número cada vez menor de población activa tendrán que mantener a un número progresivamente mayor de personas que ya han cumplido su ciclo de producción. La conjunción del descenso de mortalidad con la mayor esperanza de vida puede tener así efectos sumamente graves sobre el equilibrio demográfico de las sociedades desarrolladas.

En el libro ya citado «Maiastra. Renaissance de L'Occident?» se dedica un artículo sumamente interesante a este problema. Este libro, como ya hemos indicado, recoge una serie de artículos de intelectuales franceses en los que se plantean los problemas más acuciantes que afectan a la sociedad francesa y en

general a la occidental. Entre ellos se recoge el trabajo de Pierre CHAUNÚ que lleva el significativo título de «Une menace planétaire sur la vie».

Este estudio observa el «suicidio» del mundo industrializado y en particular de la cultura europea, pues en cuanto los europeos cada vez van a ser una parte menor de población mundial, su influencia política, económica y cultural cada vez será menor. Es cierto que en los avances de la medicina la tasa de reemplazamiento, es decir, el número de hijos que cada mujer debía tener para que se reemplace la población ha disminuido radicalmente, pero también es cierto que hay un umbral que no se puede sobrepasar en este descenso. Así CHAUNU calcula que esa tasa estaba en 6,5 niños por mujer en la Galia de las invasiones bárbaras; 4,5 en la Francia de Luis XIV, 3,2 en 1880, 2,8 en 1910, 2,35 en 1937 y 2,11 en 1977-78. Se estima que la tasa óptima en el futuro estará situada en torno al 2,15.

Ni la Europa (entonces de los nueve) con 1,63, ni la del oeste y sur con 1,86, ni el conjunto USA, Canadá, Australia, Nueva Zelanda con 1,78, ni' la URSS europea con 2,01, podían entre los años 1975-78 reemplazar las generaciones, tan sólo lo conseguían en estos años los países de la Europa mediterránea, y hay datos en los últimos años que prueban, como por ejemplo en España, la brutal caída de la tasa de natalidad provoca una situación idéntica a la de los países europeos más industrializados.

No es este el lugar de intentar desentrañar, o ni siquiera de apuntar, las posibles causas de esta «auténtica ofensiva contra la vida», como lo han denominado prestigiosos autores; simplemente he querido apuntar un grave problema contemporáneo al que LORENZ no parece haber prestado suficiente atención influido tal vez por la ideología malthusianista. Una recuperación del valor vida como pretende LORENZ, con un acercamiento de la educación de los niños y adolescentes a la naturaleza no puede olvidar magnificar el supremo papel de transmisión de la vida, que se realiza en la reproducción.

Capítulo aparte merece el intento de incardinar los «derechos humanos» en la propia naturaleza humana que realiza el autor del libro al que dedicamos este comentario. A la luz del texto de LORENZ nos queda la duda de si pretende decirnos que lo que comúnmente se conoce como derechos humanos están basados en la naturaleza del hombre y en pautas ingénitas de comportamiento, o si por el contrario nos dice que hay pautas ingénitas de comportamiento que no pueden ser afectadas por el «poder de la mentalidad tecnocrática» sin provocar graves trastornos a la humanidad, inclinándose nuestro autor a denominar a dichas pautas «derechos humanos», o incluso que son dichas pautas las que deben ser denominadas derechos humanos en vez de los que definen las construcciones ideológicas de diverso tipo.

De las diversas opciones indicadas creo que es la segunda a la que se refiere LORENZ, es decir, pienso que nuestro autor no pretende que todos los «derechos humanos» recogidos en la declaración universal tienen su base o fundamento en las pautas innatas de comportamiento sino que, por el contrario, se limita a destacar que hay pautas innatas cuyo desconocimiento puede provocar consecuencias graves.

De otra interpretación, es decir, pretender incardinar todos los comúnmente conocidos como derechos humanos en pautas innatas, exigiría un conjunto de argumentos que LORENZ está lejos de aportar. Como mínimo debería justificarse si son todos los comúnmente denominados derechos humanos los que tienen su base directa en la naturaleza humana o si sólo son algunos. En el caso de que lo fueran todos, la labor de justificación sería desde luego ingente pero exigible y está claro que LORENZ no la acomete, en el caso de que fueran sólo algunos, como sería más admisible, habría primero que distinguir cuales están relacionados con esas pautas innatas y cuales no, y aportar los criterios para esa distinción.

El hombre correctamente desarrollado es definido a la luz de todo lo anteriormente expuesto por K. LORENZ como hombre autónomo, y el autor austríaco insiste en que ese tipo de hombre no es algo que conviene al poder tecnocrático que gobierna el mundo, con palabras del premio Nobel de medi-cina: «el hombre autónomo que clama por su individualidad y sus derechos humanos no es nada popular en los grandes estados, ni entre las autoridades, ni ante la opinión pública. Este prescribe con mucha minuciosidad qué es lo que uno debe hacer o no hacer; y quien se comporte de otra forma, será por lo menos sospechoso o no se le considerará como persona normal».

Visto todo lo expuesto por K. LORENZ no queda demasiado lugar para el optimismo, pese a que la apuesta por el hombre, su libertad y su responsabilidad en su propio futuro es indudable. En efecto, parece difícil ignorar la realidad del control de los sistemas políticos dominantes, que tanto se parecen según LORENZ, por otro lado el poder de la ideología pseudodemocrática se manifiesta de modo cada vez más perfecto y la dirección del desarrollo industrial permanece inalterable. Pues bien, a pesar de ello, LORENZ es optimista en cuanto observa una mayor preocupación por los temas que él tantas veces ha tratado, de forma que ha decidido modificar el tono de su mensaje, que de ser aislado, solitario y casi desesperado en su obra titulada «Los ocho pecados capitales de la humanidad civilizada», ha pasado a configurarse como una voz más dentro de un conjuntado coro en «Decadencia de lo humano». Lejos de ser la voz que clama en el desierto, se incardina ahora en un movimiento generalizado en el que sus advertencias encuentran una progresiva mayor acogida.

El optimismo de LORENZ se fundamenta en el debilitamiento del poder de la mentalidad tecnocrática, producido por una cada vez mayor toma de conciencia por amplios sectores de la población (occidental se entiende) de los peligros que se avecinan. Con ello parece admitirse implícitamente que el poder de control que había atribuido al «Lobby» de la gran industria en los países occidentales tiende a reducirse.

De esta forma la monolítica teoría pseudodemocrática parece ir entrando en crisis, según LORENZ, pero sin que se apor-ten datos de que haya cedido el poder del Lobby de la gran industria fomentador de los aspectos más nocivos de dicha teoría. Parece, sin embargo, complicado aceptar que ceda la influencia real de la ideología de dicho Lobby sin que sea debilitado él mismo, máxime cuando tiene los medios tan implacables de control que hemos mencionado. A no ser que tengamos que admitir o que no hay una relación absoluta entre el citado Lobby y toda la

teoría pseudodemocrática, o que dicho Lobby no tiene el poder que se le atribuye, o que la sociedad contemporánea es tan compleja que no cabe buscar un solo «villano» que la controle.

Para reforzar este cambio de actitud social que se traduce en una comprensión de los problemas que debe solucionar la humanidad para sobrevivir, LORENZ insiste en una reforma de la educación que evite los riesgos como hospitalización y el cientifismo. Pues es en los jóvenes y en su educación donde está nuestro futuro. Para ello nos dice: «Una misión vital de la educación consiste en ofrecer al adolescente un material abundante de datos gráficos que le permitan percibir los valores de lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo, lo sano y lo enfermo».

A estos fines se precisa un retorno a la naturaleza y al aprecio por la vida, recomendando LORENZ, por ejemplo, que los niños se ocupen de la atención y cuidado de seres vivos para que puedan apreciar correctamente su valor. Esta postura de LORENZ parte de un inequívoco optimismo antropológico, al entender que si libramos al hombre de las perturbaciones que le alejan del recto pensar es capaz de seguir el bien o por lo menos de apreciarlo. Igualmente recomienda LORENZ que se inmunice a los jóvenes contra la propaganda, que cuando difunde mentiras es netamente antinatural, pues, según su criterio, en la naturaleza no se dan mensajes intraespecíficos falsos, por las nefastas consecuencias que esto tendría para la propia especie.

Finaliza LORENZ su obra haciendo una breve referencia a su actitud ante lo trascendente y en especial ante el problema de Dios, más que como aportación al conjunto.de la obra como una especie de justificación o de valoración personal.

Responde a quienes le achacan una actitud excesivamente materialista por no referirse a lo trascendente, diciendo que no hay que tomar el nombre de Dios en vano y afirmando que se encuentra más cerca de los deístas que de los reduccionistas. «Quien crea en un Dios, incluido el celoso dios de Abraham, dotado de las cualidades de un iracundo jefe tribal sabrá siempre más sobre la esencia del cosmos que cualquier reduccionista ontológico».

Creo a este respecto que este último capítulo ni aporta nada al conjunto del libro (pues es extraordinariamente confuso) ni mucho menos incardina el problema de Dios en el origen del hombre o la fundamentación de los valores. Por otro lado este capítulo es menos expresivo de la actitud de LORENZ ante lo trascendente que sus respuestas y su exposición a la entrevista realizada por Alain de BENOIST, que ya hemos citado con anterioridad. En todo caso se trata de un tema en el que LORENZ se expresa siempre con excesivas cautelas: «En lo que toca al mundo orgánico, ciertamente soy panteísta, Pero ¿qué hay de asunto en el mundo no orgánico? He ahí una pregunta a la cual no puedo responder. ¡Después de todo, Dios quizá nació en la vida orgánica! Estamos, aquí, sin duda ante un prejuicio de índole sentimental. Con todo, cuando los biólogos definieron a los virus con sistemas que respiraban, pero que no vivían, debo confesar que me vi espantosamente impresionado. ¿No me gusta oír nada parecido! Sin duda, yo era dualista y, un poco, lo sigo siendo todavía. ¿No cabría entonces pensar que Dios se encuentra en una concentración muy fina, muy diluida, en la materia no orgánica, y

que se halla más "concentrado" en los sistemas vivientes? Por sentimiento, pues, yo me tengo por panteísta pero, ¿seré monista o dualista? Probablemente sea monista, a pesar de todo, en última instancia».

En conclusión podemos observar cómo la obra de LORENZ es un intento ambicioso de diagnosticar la situación humana en la contemporaneidad y sus posibles soluciones, presentando en general el libro un pronóstico más optimista del que anticipa su portada: «Hoy día las perspectivas del futuro de la humanidad son sumamente sombrías.» Las lagunas que hemos apreciado proceden precisamente de la ambición y amplitud de sus objetivos y de la premura con que se ha tratado algunos temas especialmente complejos. Igualmente observamos una menor contundencia y radicalidad en la forma de presentar sus tesis, especialmente en la manera de confirmar aquella tesis que habían suscitado la violenta reacción de la «intelligentia» dominante (por ejemplo su crítica de las teorías igualitarias). A pesar de todo ello el libro es un notable esfuerzo de reflexión sobre la condición humana, que tiene como aportación más positiva las afirmaciones derivadas de una profundización en su posición antropológica.



La agresión y la guerra desde el punto de vista de la Etología y la obra de Konrad Lorenz

Roberto Palacio

En su conferencia inaugural como profesor de comportamiento animal del Departamento de Zoología de la Universidad de Oxford en 1968, NikoTinbergen nos advierte sobre la fuerza que en su época estaba cobrando la idea de aplicar las nuevas teorías en biología y etología al estudio del comportamiento humano. La resistencia a la posibilidad de que tal tipo de estudios se llevara a cabo se estaba debilitando, y de hecho libros como Sobre la agresión, de Konrad Lorenz, y El mono desnudo, de Desmond Morris, fueron vendidos como best-sellers desde el comienzo, listos para ser devorados por un público en su mayor parte acrítico que estaba cada vez más dispuesto a aceptar cualquier cosa que los científicos tuvieran que decir acerca del comportamiento humano en términos de experimentos de laboratorio, chimpancés, innatismo y evolución:

La mayoría de la gente se ofende en cuanto se sugiere tan sólo que los estudios del comportamiento animal podrían ser útiles para una comprensión, y no digamos para el control de nuestra propia conducta. No quieren que su propio comportamiento sea sometido a examen científico; se ofenden al ser comparados con los animales y estas actitudes de rechazo están tan profundamente arraigadas como complejo es su origen.

Pero actualmente estamos presenciando un giro en esta corriente de pensamiento humano. Por una parte, las resistencias se están debilitando y por otra se está incubando una conciencia positiva de las posibilidades de una biología del comportamiento. Esto se ha hecho bastante evidente a partir del gran interés suscitado por diversos libros recientes que están intentando mediante estudios comparados de los animales y del hombre trazar lo que podríamos llamar "las raíces del comportamiento humano".

La idea de iluminar el comportamiento humano desde los avances de la ciencia biológica y concretamente desde la teoría de la evolución no era nueva. El mismo Darwin dio algunos pasos en esta dirección antes de ser desanimado por

Wallace. Lo que sí era nuevo era el entusiasmo con el que dichas ideas se estaban aceptando, sobre todo la posibilidad de entender algunos de los comportamientos humanos más repugnantes desde el punto de vista moral tal como los asociados con la agresión. Los etólogos comprendieron que el estudio de la agresión humana -y concretamente la agresión intraespecífica (la que se ejerce entre los miembros de una misma especie y no entre especies distintas)- debería ser una de las directrices principales hacia las cuales enfocar la etología, y en esto coinciden prácticamente todos los intentos significativos por aplicar los avances de la biología al campo del comportamiento humano. La idea de Toynbee según la cual la agresión humana era más un producto de la tradición que del instinto había quedado atrás y los avances que se preveían en las ciencias sociales eran promisorios. Tanto Tinbergen como Irenhaus Eibl-Eibesfeldt nos advierten que su principal interés es el estudio de la agresión:

Una vez hecha la defensa de la etología animal como una parte esencial de la ciencia del comportamiento, ahora tendré que describir cómo podría llevarse a cabo. Para ello tendré que considerar un ejemplo concreto, y elijo la agresión, la más directamente mortal de todas nuestras conductas.

De alguna manera la agresión entre distintas especies no fue un tema central de la etología, los motivos que determinan el comportamiento de un cazador en su interior son fundamentalmente diferentes de los del combatiente. El ejemplo de Lorenz en Sobre la agresión es muy claro al respecto: en la cara del león puede verse que no está enojado al momento de derribar un búfalo, así como se puede ver que el perro que se echa lleno de pasión cinergética contra la liebre tiene la misma expresión alegre y atenta que cuando saluda a su amo. El interés era el de estudiar la agresión intraespecífica ya que los nuevos resultados deberían aplicarse al estudio del hombre. En el caso del hombre, la agresión adquiere una forma peculiar. Según el punto de vista de los etólogos, nos parecemos a otras especies en el hecho de que luchamos con miembros de nuestra propia especie, pero diferimos radicalmente de las otras especies en que en la nuestra la lucha suele adquirir dimensiones destructivas.

Según la idea de Tinbergen, "el hombre es la única especie que se compone de asesinos de masas, es lo único que no se ajusta bien en su propia sociedad". Sobre esta idea de la 'inadecuación' de la agresión en la especie humana volveré más adelante. A pesar de esta especificidad de la lucha humana, la etología suponía que un estudio del comportamiento animal podía ser relevante para el estudio de la agresión humana ya que los mecanismos de agresión en el hombre no difieren radicalmente de los que hay en los animales; ambos son el producto de la selección natural y obedecen, al menos inicialmente, a las mismas necesidades tales como la defensa del territorio, la posibilidad de reproducción, etc. Ambos funcionan por medio de complejos 'disparadores' innatos que dan inicio a una conducta. Era simplemente una cuestión de grado de complejidad, pudiéndose construir la

agresividad humana como la forma más compleja de agresión en el reino animal y teniendo a esta última como un punto de comparación constante. Creo que acá yacen tres de los supuestos básicos de la etología que será preciso examinar. Los dos primeros van de la mano mientras que el último veremos que es un método propio de las ciencias biológicas y tendremos que preguntarnos si es lícitamente aplicable al comportamiento humano. Esos supuestos son:

1. Evolucionismo
2. Innatismo
3. Método comparativo

Aunque estos supuestos teóricos sobreviven a los etólogos de la década de los sesenta y son asumidos por los sociobiólogos que continúan parcialmente con la tradición de la etología, se asumen de una manera distinta, más crítica quizá. La idea de este ensayo es examinar las posiciones de la etología ante el problema de la agresión con un especial énfasis en la obra de Konrad Lorenz. Inicialmente me había propuesto examinar cómo estos tres supuestos sobreviven en la obra de un etólogo como Edward Wilson, pero simplemente los puntos de discusión eran tantos y tan variados que el propósito excedía con creces la extensión de este artículo. Examinaré cómo estos tres supuestos se presentan de una manera especialmente problemática en la obra de Lorenz y de otros etólogos que siguieron sus lineamientos teóricos básicos aunque sostendré que estos problemas no invalidan del todo el intento etológico de entender el comportamiento humano a la luz de la ciencia natural. Por último, plantearé algunas perspectivas sobre las ciencias sociales que resultan del estudio etológico del comportamiento humano. Para ello comentaré las opiniones de Mary Midley en un artículo; "Fatalismos rivales". La posición que defenderé será la de que a pesar de que se pueden hacer críticas de fondo al proyecto de la etología, negar la influencia de causas biológicas -innatas, genéticas- en el comportamiento humano sólo dificulta la tarea de las ciencias sociales. Por otro lado, reconocer estas causas no implica abandonar la consideración de causas culturales que moldean el comportamiento, aunque las causas culturales sean reductibles a las biológicas. La rivalidad entre estos dos juegos de causas es un sinsentido. Decir que la agresión es innata no deja de ser problemático. Pero atribuirle toda la carga de las conductas agresivas al medio es simplemente demasiado difícil de sostener.

La agresión humana en la teoría de Lorenz y en la etología

El punto de partida de la etología de Lorenz quizá deba buscarse en las teorías inmediatamente anteriores a su época que habían sido influyentes como estudios científicos del comportamiento tanto animal como humano. Conductistas como Watson y Skinner se habían interesado por el estudio de la conducta, teniendo como telón de fondo un aparato conceptual heredado del empirismo según el cual lo determinante para realizar un estudio científico del comportamiento es la observación tanto de rasgos comportamentales como del

medio ambiente. La conducta observable es causada casi enteramente por las influencias ambientales con la intervención mediadora de mecanismos condicionantes. En este orden de ideas, las investigaciones conductistas deberían fijarse en los detalles que nos explican cómo el medio ambiente puede cambiar la conducta. Los primeros etólogos se dieron cuenta de que muchas de las pautas de conducta no se podían explicar adecuadamente por medio de los presupuestos teóricos conductistas. Lo que era distintivo de estas conductas era estar fijadas; eran difícilmente alterables o cambiables por el medio ambiente, por mucho que ese ambiente fuese experimentalmente manipulado. A estas conductas fijas se las identificó con lo instintivo. Aquí ya hay una concepción particular de lo que se entiende por instintivo. Lo instintivo, siguiendo la idea de Irenhaus Eibl-Eibesfeldt, era lo pre-programado en el comportamiento animal y humano y en este orden de ideas se identificó con lo innato. Más adelante mostraré cómo esta noción de innatismo es sumamente complicada en el caso de la etología. Aún así, llama la atención que en algunas de las primeras obras de inspiración etológica lo innato es visto como un supuesto poco problemático que puede ser estudiado desde el punto de vista científico ya sea en el laboratorio o por medio de la observación de campo. Lorenz comienza su libro sobre la agresión haciendo hincapié justamente en este punto; en la espontaneidad del instinto de la agresión (innatismo) y en lo poco que el medio ambiente tiene que ver con las conductas agresivas:

El conocimiento de que la tendencia agresiva es un verdadero instinto, destinado primordialmente a conservar la especie, nos hace comprender la magnitud del peligro: es lo espontáneo en ese instinto lo que lo hace tan temible. Si se tratara solamente de una reacción a determinadas condiciones exteriores, como quieren muchos psicólogos y sociólogos, la situación de la humanidad no sería tan peligrosa como es en realidad, porque entonces podrían estudiarse a fondo y eliminarse los factores causantes de estas reacciones.

Es innegable que a pesar de los problemas que pudiera haber en torno al innatismo de Lorenz, la idea de estudiar la agresión independientemente del ambiente podía arrojar luces sobre un fenómeno que, sobre todo en el caso humano, no parecía tener más explicación que las ofrecidas habitualmente por la psicología y la sociología. Estas, sin embargo, al poner todo el peso de la explicación en los factores condicionantes del medio ambiente, no eran capaces de explicar cómo dos seres humanos criados en las mismas circunstancias podían tornarse uno en un asesino y el otro en una persona pacífica. Hay algo más en la agresión que los meros factores desencadenantes del medio ambiente. Pero la suposición de Lorenz va más allá: la agresión -tanto humana como animal- parece ser un mecanismo que se 'dispara' incluso en el vacío, esto es, incluso en condiciones controladas en las cuales no están presentes los estímulos habituales que generalmente acompañan a las conductas agresivas. La posición que expresa

Eibl-Eibesfeldt refiriéndose a los experimentos animales de Kruijt es justamente la que sostiene Lorenz:

Los sistemas pulsionales en que se basa la agresión deben de ser innatos. Kruijt crió gallos de pelea en aislamiento, que cuando fueron adultos combatieron a sus semejantes con las pautas comportamentales típicas de su especie. Mas si no se les daba ninguna oportunidad de pelear, lo hacían con su propia cola o atacaban con los espolones su propia sombra, lo cual demostraba a las claras su ansia de combatir. Experimentos nuestros todavía en curso demuestran que los hámsters y ratones domésticos criados en aislamiento social y colocados dentro de un laberinto en T escogen por lo general la rama cuya camarita final contiene un congénere del mismo sexo libremente accesible y combatible. El congénere que se halla en la rama opuesta, dentro de una jaulita de alambre y por lo tanto inatacable, interesa visiblemente menos. Los mamíferos sin experiencia social dan, pues, muestras de apetencia para el combate.

Podemos decir por lo tanto que las adaptaciones filogenéticas determinan el comportamiento agresivo en un gran número de vertebrados. Muchos animales están programados de modo que reaccionan a determinadas señales con un comportamiento agresivo y las pautas motoras que intervienen en ese comportamiento son en esencia pautas innatas. Además, el comportamiento agonístico no siempre es de carácter puramente reactivo. La espontaneidad y la apetencia de combate demostrable también en los animales socialmente inexperimentados conduce a deducir la existencia de mecanismos pulsionales innatos.

Lorenz va a entender los instintos agresivos, tanto animales como humanos bajo un modelo que podemos calificar de 'hidráulico', para seguir con la analogía que dibujan Erich Fromm y Edward Wilson cuando critican a Lorenz. Esto lo que quiere decir es, básicamente, que la agresión humana y animal es entendida como un mecanismo que 'se llena', que ocupa por completo las posibilidades de manifestación conductual del organismo y que eventualmente debe ser 'descargado' en la forma de conductas agresivas. Es algo así como un pistón que se llena de vapor caliente que debe ser descargado, pero sólo cuando el pistón está lleno; la válvula de escape se encuentra en la parte superior del cilindro por así decirlo. Es natural, dado este punto de vista, pensar en la espontaneidad de la agresión. Si el mecanismo se encuentra lleno, es inevitable que se 'desborde'. Lorenz encuentra la confirmación de estas ideas en experimentos como los que hemos mencionado anteriormente según los cuales los organismos exhiben conductas agresivas incluso en condiciones controladas. En la sociedad humana, el desahogo de estas conductas agresivas debe contar con canales por medio de los cuales la agresión se pueda encausar hacia formas socialmente aceptables y la idea de Lorenz, antes que combatir o inhibir estas conductas agresivas, es encontrar más mecanismos que

permitan su expresión, como los deportes de masas, distintas formas de confrontación ritualizada, etc. E. Wilson lo explica con toda claridad:

Freud interpretó la conducta en los seres humanos como el resultado de un impulso que constantemente busca desahogo. Konrad Lorenz, en su libro On Aggression, modernizó este punto de vista con nuevos datos tomados de los estudios de la conducta animal. Llegó a la conclusión de que los seres humanos comparten un instinto general de conducta agresiva con otras especies animales. Este impulso debe aliviarse de algún modo, aun cuando sea solamente por medio de deportes competitivos. Erich Fromm, en The Anatomy of Human Destructiveness, adopta un punto de vista diferente y todavía más pesimista de que el hombre está sujeto a un único instinto de muerte que habitualmente lleva a formas patológicas de agresión más allá de aquellas que encontramos en los animales.

Ambas interpretaciones son esencialmente incorrectas. Al igual que tantas otras formas de conducta e "instinto", la agresión en cualquier especie determinada es en realidad un mal definido ordenamiento de respuestas diferentes con controles separados en el sistema nervioso.

Claro está que las críticas no se hicieron esperar al modelo hidráulico de Lorenz. Ese sólo mecanismo no parecía ser suficiente para dar cuenta de la enorme variedad de conductas agresivas que despliega el comportamiento humano y el animal. Piénsese en la enorme cantidad de formas de agresión sutiles y variadas que existen entre los seres humanos: agresiones verbales, agresiones por omisión (por dejar de hacer). Es sólo gracias a una organización conceptual determinada que hemos puesto juntas todas las conductas que llamamos agresivas, lo cual no quiere decir que ellas obedezcan necesariamente a los mismos mecanismos desencadenantes, algo que los avances neuro-fisiológicos de la época de Lorenz quizá no estaban en capacidad de explicar. Wilson sí reconoce abiertamente este punto.

Pero así no estuvieran claros los mecanismos neuro-fisiológicos que subyacían a la agresión, la forma en que esta había llegado a formar parte del acervo comportamental de los animales y del ser humano sí estaba clara. Para explicar la existencia de cualquier órgano o pauta de conducta, Lorenz estudiará su valor de supervivencia dentro de la especie. Esto parece ser un supuesto poco problemático ya que se conoce claramente el compromiso de Lorenz con el darwinismo. Pero ciertamente, la idea de que tanto los órganos como las pautas de conducta pudieran ser estudiados por medio de la teoría evolucionista apenas se comenzaba a explorar seriamente. El mismo Lorenz debe hablar a favor de ella en un artículo llamado 'La evolución de la conducta', En este artículo, Lorenz tendrá que demostrar que las pautas conductuales también pueden ser objeto de investigación evolucionista. Comienza examinando el hábito de rascarse en dos grupos animales tan distintos como las aves y los perros y encuentra similitudes que lo llevarán a sostener que

hay pautas de conducta heredadas que pueden ser referidas de una especie a otra. La agresión es una de dichas pautas de conducta. Así como el fisiólogo explora los esqueletos de un organismo y los compara con los de otro organismo para descubrir su antepasado común, lo mismo se puede hacer con el comportamiento. Lorenz hablará del 'esqueleto de la conducta'. En mi opinión, esta parte de la teoría de Lorenz es quizá la que más se expone a la crítica. Claro que Lorenz no podía buscar el antepasado común a las aves y a los perros para sostener que tienen estructuras en común (aunque ciertamente ambos son amniotas), y concretamente, estructuras comportamentales comunes. Simplemente el antepasado común se encuentra muy atrás en la escala evolutiva, lo que hace que diferencias significativas a nivel fisiológico y comportamental se hubieran podido incorporar en la historia de esos dos organismo. Debe entonces hacer depender su argumento de un presupuesto metafísico, de difícil comprobación desde el punto de vista de la ciencia empírica. Lorenz sostendrá que bajo todas las variaciones de la conducta individual subyace una estructura interna de ésta que puede caracterizar a miembros de un grupo taxonómico más grande que una especie; de la misma manera que el esqueleto de antepasados primitivos caracteriza hoy la forma y estructura de los mamíferos. Estos patrones de conducta deben estar enraizados de alguna manera en la carga fisiológica común a las especies que los exhiben:

Cualquiera que sea su causa fisiológica, forman indudablemente una unidad natural de herencia. La mayoría de ellos se transforman sólo de manera muy lenta en el transcurso de la evolución de las especies y se resisten obstinadamente al aprendizaje individual; tienen una espontaneidad particular y una considerable independencia de los estímulos sensoriales inmediatos. A causa de su estabilidad constituyen, junto con las estructuras esqueléticas de los animales, que evolucionan de modo más lento, un objeto ideal para los estudios comparativos que aspiran a aclarar la historia de las especies.

Sobra decir que la agresión se encuentra entre tales conductas. Pero, ¿qué se debe entender por una unidad natural de herencia, por una carga fisiológica común a las especies? ¿Se debe entender diseños o incluso 'formas' conductuales que subsisten a las mismas especies y que se manifiestan en ellas a través del tiempo? De ser así, indudablemente la teoría evolucionista en Lorenz asumiría la forma parcial de una teleología centrada en las pautas conductuales ya que la idea de que a la evolución subyacen formas supra-específicas se acerca mucho a la idea de que hay causas finales hacia las cuales tienden las especies en su desarrollo. Lorenz nunca nos aclara lo que estas expresiones significan, convirtiéndose en supuestos de la teoría etológica que quedan en el misterio. En todo caso, lo que sí se alcanza a entender es que la agresión, al ser una de dichas unidades, es más permanente que las especies mismas. Gracias a la estabilidad de estas unidades, los animales se ven enmascarados en conductas agresivas incluso en cautividad.

Es posible que Lorenz pensara que sus unidades, que sus cargas fisiológicas, fueran el quid del innatismo de la conducta agresiva. Pero sólo una investigación más detallada en este particular nos podría aclarar la interrogante. Los estudios etológicos posteriores fueron especialmente cuidadosos con el asunto del innatismo del comportamiento. Concretamente, en el caso de Tinbergen, el asunto del innatismo debe estar acompañado por un serio estudio en embriología que nos diga realmente qué porción de la conducta es adquirida y cuál no lo es. Tinbergen traza una distinción fundamental entre innato como significando anterior al nacimiento -referido a una pauta conductual, por ejemplo- e innato como no adquirido. La agresión bien puede ser innata en el primer sentido y no serlo en el segundo. Ciertamente, en el argumento de Lorenz hay que reconocer que innato se puede referir a conductas adquiridas, así sea en un momento anterior al nacimiento o simplemente de una manera independiente del entorno. Sea cual fuese la verdad en este asunto, no hay que suponer que la agresión se debe a una pulsión que excede y precede el mismo tiempo de existencia de un organismo y de una especie.

En todo caso, Lorenz termina comprendiendo la conducta como un órgano, y más concretamente, como la capacidad exhibida por un órgano, una comparación difícil, si tenemos en cuenta la enorme diversidad de conductas a través de las cuales se manifiesta la agresión mientras que una capacidad es más bien individual y única, un punto al cual ya he hecho mención más arriba. Pero ciertamente es acá en donde entra a jugar un papel preponderante el método comparativo. Quizá quien más ha investigado las implicaciones del método comparativo es Eibl-Eibesfeldt. Una de las críticas más fuertes al método comparativo la encuentra este autor en las ideas de Schmidbauer. Las siguientes citas tomadas de Schmidbauer demuestran según Eibl-Eibesfeldt la escasa comprensión que los críticos del problema etológico tienen sobre los principios de la investigación de la convergencia y la comparación. El citado autor afirma:

La investigación de la convergencia resulta muy fructífera en los análisis funcionales meramente biológicos, pues muestra cómo una situación inicial concreta se modifica en el curso de la adaptación convergente... En la problemática de la etología humana se torna irrelevante, porque en este campo las convergencias, en la mayoría de los casos, se deben a causas diferentes: la evolución biológica en la esfera zoológica, la cultural en la antropológica... La única base de la etología humana radica en las homologías. Los etólogos americanos y británicos así lo han comprendido y se centran casi exclusivamente en investigaciones sobre los primates.

Y añade la siguiente frase para completar su crítica: "Por lo tanto, la investigación de la convergencia carecerá de cualquier valor heurístico si las convergencias en el hombre y en el animal se efectúan por caminos diferentes."

Eibl-Eibesfeldt responderá a esta crítica basándose en la obra de Lorenz: la idea es que es casi un rasgo típico de las convergencias el que se realicen por

caminos diferentes. La evolución del ala de un insecto y la del ala de un ave son diferentes. No obstante, las formas son comparables puesto que son órganos para el vuelo, y de esa comparación podemos aprender qué especiales presiones selectivas han actuado en el desarrollo de esas estructuras. Pero claro está que la respuesta no es del todo adecuada. Mientras que las condiciones que 'modelaron' el ala de un ave y la de un pájaro son más o menos estables y constantes, a saber, las propiedades aerodinámicas del medio en el cual esos dos órganos han de volar, las condiciones que pudieron dar origen a la conducta agresiva son más variadas y quizá no guarden todas una serie de propiedades unitarias especificables. A pesar de esto, Eibl-Eibesfeldt reconoce la importancia de la homología: la investigación de las homologías le proporciona a los biólogos información sobre la herencia común a un grupo, y de ese modo enseña, entre otras cosas, de qué potencial se dispone. Además, permite reconstruir series evolutivas filogenéticas.

Pero la respuesta no es del todo adecuada. En el fondo, el asunto es si el estudio del comportamiento de peces de arrecife de coral realmente nos puede decir algo acerca de la agresión humana. Y aquí quizá sea pertinente la crítica que Stephen Jay Gould le hace a E. Wilson, refiriéndose a la analogía. Nos dice que este autor lo que pretende es hacer un recuento de una serie de patologías comportamentales que tienen una base genética indudable, y luego nos pide que supongamos que esos comportamientos tienen las mismas causas, o al menos que sus causas se mueven dentro de un mismo 'rango', por así decirlo. La agresión, a pesar de tener una base genética, quizá no haya sido moldeada en todos los organismos por las mismas causas aunque estas obedecieran a las mismas necesidades: éxito reproductivo, cuidado del territorio, etc.

Pero, ¿qué implicaciones tiene todo esto frente al estudio del hombre? Lorenz ve al hombre como un animal en el cual dichas unidades y cargas fisiológicas comunes a otras especies también se manifiestan. Por eso no tiene reparo en comenzar su estudio sobre la agresión humana hablando de la territorialidad de los peces de arrecife. Este es ciertamente uno de los puntos complicados en la obra de Lorenz. Acá de nuevo es determinante el estudio de Tinbergen como un texto en el cual se toma una distancia crítica con respecto a algunos de los planteamientos de Lorenz. El problema como tal no está en el hecho de que el estudio del comportamiento humano se comprenda dentro de la biología; ciertamente pienso que las creencias acerca de la 'dignidad humana' no se ven afectadas porque comprendamos nuestro actuar a la luz del actuar animal. El asunto está en cómo hemos de llevar a cabo la comparación.

Considero que mi mejor forma de colaborar es discutir lo que existe en la etología que pudiera ser útil a las demás ciencias del comportamiento. Lo que nosotros los etólogos no deseamos, lo que consideramos definitivamente erróneo, es una aplicación acrítica de nuestros resultados al hombre. En lugar de ello, al menos yo personalmente pienso que es nuestro método de aproximación, nuestro

razonamiento, lo que podemos ofrecer; y también un poco de sentido común y disciplina

Y más adelante añade:

He puesto tanto énfasis sobre este tema del territorialismo de grupo porque la mayoría de los que han tratado de aplicar la etología al hombre lo han hecho equivocadamente. Han cometido el error, al que me refería antes, de extrapolar sin crítica los resultados de los animales al hombre. Tratan de explicar el comportamiento humano utilizando hechos que sólo son propios de algunos animales que hemos estudiado. Y, como los etólogos señalan, no hay dos especies que se comporten igual. Por tanto, en vez de seguir este camino fácil, debemos estudiar al hombre en su propio ser y repito que el mensaje de los etólogos es el de los métodos más que el de los resultados; la etología debe utilizarse como método de estudio.

La teoría de Lorenz, sin embargo, no está tan dispuesta a reconocer esta distancia crítica entre el comportamiento humano y el animal. Nuestra conducta está sujeta a las mismas leyes causales de la conducta animal y tanto peor para nosotros si no reconocemos este hecho. Lorenz tiene claro que este estudio no nos priva de ninguna forma de dignidad, ni nos hace menos libres. Es más, el conocimiento que tengamos de nosotros mismos es lo único que puede aumentar el poder que tengamos sobre nuestra conducta. Ese conocimiento debe necesariamente pasar por el reconocimiento de la conducta de otros seres vivos. En el caso específico de la agresión humana, la etología, en general, y concretamente la obra de Lorenz la ven como el resultado de un instinto innato, una idea que ya hemos mencionado. Pero ciertamente que esta es la única forma de explicar el comportamiento continuo de enfrentamiento y de guerras entre una especie que se cree a sí misma razonable. La experiencia repetitiva de la destrucción de la guerra y de la pérdida de vidas humanas que ella implica no nos ha hecho ser más racionales con respecto a la necesidad de evitar la guerra. Lorenz cita la idea de Hegel según la cual la historia enseña claramente que los hombres no han aprendido nada de la historia. Esta conducta irracional debe inevitablemente tener un origen instintivo filogenético. La visión que tiene Lorenz presenta a la especie humana bajo el espectro de un profundo pesimismo. La capacidad conceptual no es suficiente para contrarrestar los efectos de la instintividad agresiva. Si bien comimos de la manzana del árbol del conocimiento, lo complicado es que la manzana no estaba madura. El conocimiento nacido del pensamiento conceptual le quitó al hombre la seguridad de la instintividad y la auto-regulación que el juego de instintos implicaba mucho antes de poder proveerlo con mecanismos de control que tuvieran la misma eficiencia. El hombre es un ser en peligro. Esta idea de la inadecuación entre la instintividad humana y la capacidad conceptual era un ítem teórico muy común en los estudios de la conducta de la época de Lorenz. La idea aparece claramente en la obra de Arthur Koestler y claro está que la inminenete posibilidad de una catástrofe

nuclear tenía que haber influenciado esta visión pesimista de los años sesenta; el hombre es una criatura cuyo aparato conceptual puede armar una bomba atómica y cuyos instintos agresivos no vacilarán en detonarla. Así, Lorenz llega a una consecuencia desafortunada acerca del papel del pensamiento conceptual en la sociedad humana: "Todos los grandes peligros que amenazan a la humanidad con la extinción son consecuencias directas del pensamiento conceptual y del discurso verbal". El asunto de la agresión en la sociedad humana se ve agravado por el hecho de que somos criaturas omnívoras, físicamente débiles, carentes de garras y pico, lo que hace difícil que un hombre mate a otro sin armas. Por esta razón, la evolución no nos dotó de fuertes mecanismos de inhibición de la lucha y las formas de agresión no se encuentran tan ritualizadas como en otras especies. El pensamiento conceptual, sin embargo, nos ha permitido desarrollar armas artificiales que permitían matar de un golpe y trastornó gravemente el equilibrio entre unas inhibiciones relativamente débiles y la capacidad de matar a otros. A esto me refería más arriba cuando hablaba de la 'inadecuación' de la agresión y la violencia en la sociedad humana. La situación se ve obviamente complicada por el desarrollo de armas que actúan a distancia, ya que allí sí son evidentes los escasos mecanismos para inhibir la agresión, como la súplica del contendor o el miedo a la réplica de éste, que no pueden operar. El que subsistan en el hombre el instinto agresivo junto con la capacidad conceptual es a todas luces un error de la evolución, como es un error la existencia de los artrópodos y de los marsupiales, para ponerlo en términos de Koestler.

Lorenz, sin embargo, debe buscar la razón por la cual, en el caso del hombre, la lucha es comunitaria, es decir, entre grupos y no entre individuos. Aunque es claro que en el caso del hombre, la lucha adquiere formas intra-individuales, las formas de combate que son verdaderamente significativas para comprender la guerra son las que se dan entre grupos. En alguna etapa de nuestra evolución, los primates homínidos que dieron origen al hombre tienen que haberse defendido de los peligros que los amenazaban y el mayor de estos peligros provenía de su propia especie. Es apenas natural suponer que los grupos que actúan de manera agresiva tienen una clara ventaja en este juego evolutivo. Habrá entonces un valor de supervivencia en las virtudes del guerrero, incluso en la neurosis obsesiva que busca el enfrentamiento constante, como en el citado caso de los utos de Lorenz. El hecho de que el enfrentamiento fuese intra-específico tiene un gran papel en el desarrollo exagerado de la agresión y la violencia en la sociedad humana, en su desarrollo hipertrófico ya que la competencia entre congéneres puede conducir a curiosísimos resultados sin ningún fin biológico o adaptativo al ejercer una presión selectiva sin relación con el medio ambiente. La hipertrofia del instinto de la agresión entre los humanos obedece a dicha causa, según Lorenz.

¿Qué hemos de hacer para evitar la destrucción total? Hemos visto que la racionalidad no ofrece una respuesta al problema en el sentido de contravenir los impulsos instintivos de una manera inmediata. Para retomar la frase deWilson: 'El

hombre utiliza la razón como último recurso'. Tampoco tiene mucho sentido intentar eliminar los supuestos estímulos externos que puedan estar relacionados con la agresión: hemos visto que esta se 'dispara en el vacío'.

Pero aunque la razón no puede enfrentar estos instintos de manera inmediata, "La razón quiere y puede ejercer una presión selectiva en la dirección correcta" ya que sólo el autoconocimiento de la agresión puede ayudarnos a sublimarla hacia formas en que ella resulte inofensiva, como los deportes de masas, los enfrentamientos ritualizados, la controversia del diálogo, etc.

Perspectivas para las ciencias sociales

Tanto Lorenz como Wilson han estado dispuestos en sus razonamientos a reconocer constantemente la carga y el peso de la cultura en la constitución del ser humano y ambos han enfatizado la idea de que se atienda tanto a la cultura como a los factores instintivos y genéticos en la comprensión de la naturaleza humana. La objeción facilista a la sociobiología y a la etología, consistente en decir que ignoran el peso de la influencia cultural, se basa, en su mayor parte, en un desconocimiento de las teorías expuestas por Lorenz o, más recientemente, por Wilson. Lorenz lo advierte constantemente y con toda claridad en Sobre la agresión:

El bagaje del hombre en normas de comportamiento filogenéticamente programadas depende tanto de la tradición cultural y responsabilidad racional como la función de estas dos depende de la motivación instintiva. Si fuera posible criar un ser humano, de constitución genérica normal, en condiciones en que quedara privado de toda tradición cultural -cosa imposible no sólo por razones éticas sino también biológicas- el objeto de esa cruelísima experiencia estaría muy lejos de corresponder a la reconstrucción de un antepasado prehumano todavía sin cultura. Será un pobre inválido con una deficiencia de las funciones superiores, comparable a algunos idiotas en los que una encefalitis sufrida durante la infancia o la vida intrauterina suprime las funciones superiores del córtex cerebral. Ningún ser humano, ni el mayor de los genios, podría inventar por sí solo todo un sistema de normas y ritos sociales capaces de reemplazar la tradición cultural.

La crítica a la sociobiología y a la etología tendría que ser hecha con mayor profundidad para dar en el blanco de lo más problemático. Mary Midgley ha expuesto una crítica, que pienso es la más acertada, en su artículo "Fatalismos rivales". Si bien estas disciplinas reconocen la existencia e importancia de la noción de cultura, la retórica que manejan en términos de genes, de instintos innatos, de carga fisiológica, de unidad natural de herencia, etc., es incompatible con este reconocimiento y más bien sugiere que tanto Lorenz como sus herederos teóricos en la sociobiología están convencidos de haber descubierto las causas últimas del comportamiento humano. El lenguaje en el cual están escritas la sociobiología y la etología sugiere que los genes, las cargas filogenéticas y demás son las causas últimas y determinantes mientras que las que operan durante la vida de un

organismo son más bien secundarias si es que no inoperantes. Quizá el sentido en el cual se deba entender esta idea de las causas determinantes es que los etólogos y sociobiólogos piensan haber encontrado las causas más arcaicas: en la historia pre-cultural de nuestra especie se sentaron las causas determinantes de nuestra historia más reciente, incluyendo todo el desarrollo de la cultura y claro que Lorenz y Wilson en esto tienen razón: las explicaciones que demos de la cultura ya no pueden seguir ignorando la historia evolutiva de la especie. La falla del argumento está en suponer que las causas más arcaicas son las que mayor poder explicativo tienen. Es claro que lo remoto de una causa en el tiempo no hace que ella sea más explicativa. Si esto fuera así, dice acertadamente Midgley, el Big-Bang tendría que ser la explicación adecuada de todo. A la etología y a la sociobiología les cuesta trabajo comprender que de estas causas remotas y arcaicas se puedan producir efectos complejos, los cuales exhiben a su vez propiedades nuevas, emergentes. Tal es el caso de la cultura y de la agresión humana. Este punto lo ha reconocido Jerome Barkow en su artículo sobre la sociobiología como una nueva teoría de la naturaleza humana. Allí nos dice que tanto a nivel individual como a nivel de la cultura, el comportamiento humano exhibe una serie de propiedades llamadas emergentes; aquellas que no son reductibles a ningún tipo de teoría biológica aunque esas propiedades estén causadas por elementos que a su vez son productos de la selección natural. Aquí no hay nada misterioso. Una propiedad emergente de un sistema es una propiedad que no es reducible o predicable de los elementos componentes del sistema. Tanto los compuestos químicos como las sociedades humanas tienen tales propiedades. Estas se pueden apreciar incluso en los sistemas más sencillos; mientras que el balde lleno de agua está mojado y el agua tiene la capacidad de mojar, difícilmente diríamos que la molécula individual de H2O está mojada. Ahora bien, es conveniente que el nivel de habla propio de las ciencias sociales, el nivel de habla de lo cultural y de lo mental, se mantenga. Es un nivel de habla que nos puede ayudar a comprender y a conceptuar ciertos fenómenos que serían de muy difícil comprensión desde una descripción puramente naturalista. Imaginemos la sencilla situación de intentar explicarle a alguien que 'A esté enojado con B' en términos de la biología, la neurofisiología y otras ciencias naturales. Quizá tendríamos que comenzar con algo así como: 'A tiene estimuladas las fibras c en el sector x de su cerebro a causa de una estimulación proveniente de B, etc.' Es más sencillo decir simplemente que 'A está enojado con B' aunque el término 'enojado' sea un término mentalista y sea, en últimas, reductible a causas bien sea fisiológicas, biológicas, etc. Hasta acá lo que tiene que ver con la crítica a la etología y la sociobiología.

Pero en el otro lado del espectro está la actitud de defender la especificidad de las ciencias sociales frente a cualquier 'embate' de la ciencia natural. La observación crítica de Richard Dawkins en el 'Gen egoísta' sigue teniendo plena validez incluso hoy; este autor comienza su estudio diciéndonos que hasta el momento (década de los setentas-mediados) las ciencias sociales han sido escritas

como si Darwin nunca hubiera existido. La ciencias sociales hasta el momento han asumido la posición de que las causas innatas pueden ser ignoradas y esta posición se ha vuelto tan común que ni siquiera están conscientes del error los 'cientistas sociales'. Es evidente que la fuerte influencia de corrientes conductistas y behavioristas en las ciencias sociales es, al menos en parte, responsable de la omisión. Pero esta omisión no tiene sentido; conjuntos de causas como los que estamos examinando -culturales y biológicas- no pueden llegar a estar en competencia. Esto es un resultado de esas propiedades emergentes que mencionábamos más arriba. Marx no dejó de creer en causas físicas o genéticas cuando llamó la atención hacia las causas económicas, así como no tienen los sociobiólogos y los etólogos que dejar de creer en causas genéticas por haber reconocido la importancia de las causas culturales y sociales. La posición de Midgley es muy clara al respecto: no es que la polarización sea nociva para ambos lados, es que no tiene sentido: la polarización es fútil . Midgley caracteriza la posición de rechazo a la influencia de la biología en las ciencias sociales de la siguiente manera: muchos de los académicos de las ciencias sociales que adoptan esta línea de pensamiento dan por hecho que el comportamiento no tiene causas innatas ya que dicha creencia parece ser algo seguro, económico y muy propio de sus propias disciplinas. Pero aunque la creencia parece segura y económica dada su familiaridad, no lo es. Si algo muestra el examen de los conceptos y de las creencias es que la familiaridad no es garante de seguridad: en materia conceptual y doxástica, el piso sobre el que caminamos a diario se puede desplomar en cualquier momento debajo de nuestros pies. Este es el caso de la creencia en cuestión (la idea de que el comportamiento no tiene causas innatas y que en ese orden de ideas las ciencias sociales no pueden ni deben ser influenciadas por la biología): sostener que la gente gran medida maleable, influenciable por el medio y que este medio es determinante (que 'el hombre se hace y no nace' como le escuché recientemente a una joven antropóloga entusiasta) no implica necesariamente echar por la borda las explicaciones biológicas. Implica, al menos, aceptar que existen asombrosos mecanismos biológicos que permiten que nos programemos en muchos sentidos y que en este orden de ideas, el aprendizaje y la conducta sean diversos y de amplia influencia. Aceptar la biología no implica aceptar una forma de determinismo ramplón. Lo que sí es claro para Midgley es que debemos abandonar la visión ya común en las ciencias sociales acerca del hombre como un kleenex recién sacado de la caja, un ser absolutamente permeable por el medio, infinitamente pasivo e inerte frente a éste. Esto se puede comprender por medio de una idea del mismo Lorenz, forjada varios años después de su libro sobre la agresión. Lorenz nos habla de una programación abierta:

Un programa genético de esta naturaleza contiene varios programas individuales para la construcción de diversos mecanismos, y, en ese orden de ideas, no presupone menos información que un programa singular cerrado, sino mucha más información que debe ser genéticamente transmitida.

La agresión, el aprendizaje etc. son conductas de programación abierta. Con esto, evidentemente hay un giro de posición con respecto a sus primeras aproximaciones a la conducta en las cuales la agresión y otras conductas se entendían como condicionadas por mecanismos más bien únicos y simples. Para abreviar, la agresión no es simplemente una acción estándar del ambiente sobre el organismo, involucra actividades propias de éste también.Suponer lo contrario implicaría quizá una argumentación muy enrevesada. Tomemos el caso que nos plantea Midgley. Supongamos que alguien quisiera dar razón de todo el amplio rango de conductas sexuales humanas explicándolas solamente en términos de los condicionamientos culturales. Si el estudio ha de ser completo, esta persona tendría que dedicarse durante una enorme cantidad de tiempo a demostrar que la fisiología no tiene un papel preponderante en la conducta sexual de tal manera que las causas físicas resultan irrelevantes. Pero es evidente que tal tipo de posición no es sostenible, aunque por increíble que parezca, ésta ha sido un lugar común en las ciencias sociales. Marsahll Sahlins, por ejemplo, afirma que defiende la idea de resguardar la frontera de la ciencia social contra la invasión del estudio de los motivos individuales y nos dice que así está protegiendo la autonomía de la cultura y del estudio de la cultura. Si lo que quiere decir es que la cultura tiene sus propios métodos de estudio, está en lo cierto, pero si lo que quiere decir es que la cultura es un fenómeno totalmente autocontenido en el sentido de que no tiene que atender a otros contenidos, entonces la idea se hace absurda:

(...) es evidente que muchas otras causas sí afectan a los seres humanos aparte de las culturales, por ejemplo, los antropólogos deben tener en cuenta condiciones climáticas, geológicas y médicas.

El error de una posición como la de Sahlin consiste en suponer que la investigación sobre la cultura es una isla y que debe estar aislada para proteger su pureza contra la insensibilidad de las ciencias naturales. La posición de la autora que venimos trabajando es en este sentido tajante:

Tanto los proyectos de los genes como los de la cultura son elementos en la historia humana. Ninguno de los dos lados tiene el derecho de mover las cuerdas ni de ser escogido como el que da la última llave de acceso al significado de un fenómeno.

El precio de cerrar los caminos que conducen de una investigación a otra puede ser alto; el de oscurecer una mirada de la totalidad. Para cerrar su argumento en este punto particular, Midgley nos ofrece una divertida anécdota de seis ciegos que examinan un elefante con el fin de describirlo. Luego de palpar al perplejo animal, uno llegó a la conclusión de que había tocado una pared, otro un árbol, para el tercero se trataba de una serpiente, para otro era un abanico, para el quinto era una lanza y para el último era una soga.

Comunicación y sociedad de masas: una perspectiva etológica

Irenäus Eibl-Eibesfeldt

Irenäus Eibl-Eibesfeldt es, junto a Konrad Lorenz, del que es discípulo, el más representativo estudioso de la Etología humana. En este artículo, el autor parte de una perspectiva etológica para analizar los procesos de comunicación inter-humanos y abordar los problemas comunicativos en una sociedad masificada y, a la vez, anónima, como la actual. Eibl-Eibesfeldt propone el desarrollo de las relaciones individuales mediante la comunicación para evitar la angustia del anonimato de masas.

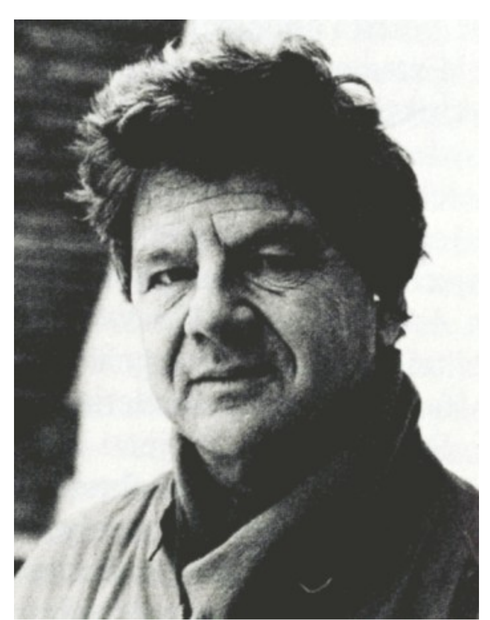
Etología de la Comunicación

Para un gran número de nuestros semejantes, los contactos humanos resultan difíciles. Algunos tienen un comportamiento asocial y se alejan de su entorno para hundirse en la soledad. Otros ahuyentan a sus iguales mediante su irritabilidad. Da la impresión de que, perdido en una sociedad de masas, el hombre se ha sobresaturado de comunicaciones y que, por esta razón, se ha hecho asocial, que rehuye la presencia de otros hombres. ¿Pero es posible presentar el fenómeno resumiéndolo en una fórmula tan simple? No, ya que los hombres que presentan un comportamiento poco sociable se lamentan también de su aislamiento dentro de la masa. Por otra parte, los hombres viven, a veces, amontonados unos encima de otros sin por ello mostrarse agresivos: apenas se puede vivir más en contacto, los unos con los otros, en un pueblo bosquimano o waîka. Sin embargo, esos representantes de pueblos denominados primitivos no se cansan –y no se cansarán mientras sigan existiendo- de mantener contactos estrechos con sus semejantes.

Esta contradicción se explica por el hecho de que los hombres que viven juntos adoptan comportamientos orientados al establecimiento de contactos, así como comportamientos con vistas a evitar también tales contactos, y esto simultáneamente. En este proceso, el conocimiento personal atenúa el efecto de temor provocado por la percepción de caracteres peculiares de otros individuos.

Esto ya se nos pone de manifiesto con la observación del lactante. A una edad de seis a ocho meses, los lactantes reaccionan con una ambigüedad manifiesta ante la aproximación de una persona extraña. Sonríen al extraño y, simultáneamente, se sienten intimidados por él, lo que desencadena entonces un reflejo de defensa y la búsqueda de protección junto a la madre. Si a pesar de esta intimidación evidente, el extraño sigue aproximándose, la intimidación se transforma en miedo y en rechazo del extraño: el niño llora, se refugia en la persona que se ocupa de él y, finalmente, hace gestos de repulsa hacia el extraño, si éste trata de tener un contacto más estrecho.

Hemos observado el desconcierto provocado por una persona extraña en los lactantes de bosquimanos, de indios Yanomami, de papúes y de otras numerosas poblaciones. Esta reacción se produce en los contextos más variados y –la cosa está así determinada- sin que el niño haya tenido previamente experiencias molestas con alguna persona extraña. Todo se desarrolla, pues, como si a esta edad el niño comenzase, en virtud de un proceso de maduración, a reaccionar frente a factores que desencadenan en él el miedo y la defensa, mientras que otros modos de comportamiento suscitan la simpatía. El conflicto entre esos dos modos de comportamiento engendra un movimiento pendular, un alternancia entre la atracción y la repulsión, o aún más, una superposición simultánea de dos modos de comportamiento.



Esta ambivalencia en las relaciones entre los hombres se prolonga hasta la edad adulta. He visto, dentro de las culturas más variadas, adolescentes y mujeres jóvenes que testimoniaban en el momento de los contactos visuales exactamente los mismos conflictos entre reacciones de atracción y reacciones de repulsión. Este síndrome comportamental se conoce con el nombre de comportamiendo de turbación. A primera vista, parece extremadamente variable. Una jovencita aturdida (o flirteando) puede dirigir una mirada y una sonrisa a su interlocutor, bajar luego los ojos o volver la cabeza, para buscar enseguida un nuevo contacto visual, y así sucesivamente, en una alternativa cíclica de atracción y de repulsión.

Los comportamientos que expresan esta disposición a aceptar el contacto y a rechazarlo también pueden superponerse: la jovencita sonríe y reprime al mismo tiempo esa sonrisa (sonrisa embarazosa) o se aleja de la mano tendida hacia ella. También puede reprimir más enérgicamente esta sonrisa mordiéndose el labio inferior. Pero esta superposición puede expresarse igualmente por el hecho de que la jovencita desvía la parte superior de la cabeza y del cuerpo, dando casi la espalda

a su interlocutor pero estableciendo, al mismo tiempo, un contacto visual mediante la sonrisa.

Se ve claramente que esta gran riqueza de posibles variantes no es en realidad sino la superposición de un pequeño número de comportamientos-tipo. Aquí entran en juego dos conjuntos de modos de comportamiento susceptibles de combinarse simultánea o sucesivamente. Se trata de modos de comportamiento de inclinación (movimientos de orientación y movimientos de expresión) y de modos de comportamiento de aquello que se ha convenido en llamar el sistema "agonístico", que engloba la repulsión (huída), la defensa y la agresividad. Los componentes de huída o de escabullida (el hecho de esconderse, o de darse la vuelta) propios del sistema agonístico, generalmente son activados más fuertemente que los componentes de agresividad, que se traducen de forma muy sutil en modos de comportamiento tales como morderse las uñas, morderse los labios, patalear y otros síntomas. Dado que los modos de comportamiento que caracterizan a uno y otro sistema son idénticos en todas las culturas, comprendemos inmediatamente el por qué de esta expresión, incluso en personas que pertenecen a otras culturas.

No se conocen más que parcialmente las señales de nuestros semejantes frente a las que reaccionamos por medio de la aprensión. Sabemos, por ejemplo, que reaccionamos de manera ambivalente ante los contactos visuales. Ciertamente, nos sentimos obligados a dirigir una mirada a otros para indicar que estamos listos para comunicarnos. Pero al hacer esto, no se nos está permitido mantener durante mucho tiempo el contacto visual; si no, este contacto se convierte en una mirada fija, susceptible de ser interpretada como amenazadora y dominadora. La persona que habla evita normalmente tal evolución, no cesando de romper el contacto visual automáticamente.

No obstante, existen otras características que determinan una acción ambivalente, como señales de tipo olfativo, cuyo estudio no ha hecho, sin embargo, más que comenzar. Ahora bien, todos los hombres son portadores de tales señales, incluso la madre del niño. No obstante, ésta no desencadena ninguna –o, más exactamente, casi ninguna- aprensión. Y es que el conocimiento personal atenúa en el hombre, en gran medida, el efecto de las señales que desencadenan el miedo. Ello facilita, en aras de la confianza, el comportamiento del interlocutor. La necesidad que siente el hombre por crear relaciones personales, forma parte de las disposiciones que le son innatas. Bowlby, en 1959, habló de una "monotropía" del lactante y diversos análisis bastante recientes en los que hemos participado, demuestran, igualmente, que el recién nacido está ya "programado" con vistas al establecimiento de tales contactos.

Estas normas de reacción –de por sí sencillas- determinan totalmente la vida en común de los hombres. Favorecen la asociación de individuos en pequeños grupos en los que todos sus miembros se conocen personalmente, y la verdad es que, a lo largo de casi toda la historia, los hombres han vivido dentro de grupos de

este tipo, en el seno de los cuales todas las relaciones se basaban en una confianza que venía de antaño. Las personas extrañas no jugaban un rol importante en la vida diaria. Pero la situación se ha modificado de forma decisiva con el desarrollo de las grandes sociedades. Esta evolución se caracteriza por un anonimato creciente en las relaciones entre los hombres.

Anonimato creciente

Hoy, lo que predomina es el contacto con "extraños", que hace que todas las señales de nuestros iguales que desencadenan la escapatoria y la aversión se produzcan más fuertemente que dentro de un grupo muy restringido.

Así, el comportamiento se encamina hacia la desconfianza. Esto se constata, más que en ninguna otra forma del proceso, al observar el comportamiento de los habitantes de las grandes ciudades. Estos dan prueba, en primer lugar, de modos de comportamiento que, de manera evidente, aspiran a evitar los contactos. Se sustraen especialmente al contacto visual con personas extrañas. El fenómeno es bien conocido para todos aquellos que se observan y observan a los demás en el ascensor de un hotel. Se evita mirar con insistencia a los semejantes. Goffman, en 1963, habló a este respecto de una "desatención cortés". Esta adquiere un cariz menos cortés cuando se traduce en el hecho de que los hombres, al encontrarse con una situación difícil, pasan por delante de uno de sus semejantes, sin prestar atención alguna.

Además, en la agitación febril de una sociedad anónima, los individuos enmascaran sus impresiones. Fingen autodominarse y no traicionan sus sentimientos. Es una especie de autoprotección engendrada por la desconfianza: se piensa que un extraño podría utilizar, en beneficio propio, la disposición de ánimo que uno manifiesta. Es por ello, por lo que en sociedad nos esforzamos, sobre todo, por no dar la cara y por no revelar debilidad alguna. Esto puede convertirse en un hábito tan profundamente arraigado, que incluso dentro del círculo familiar, algunos individuos no consiguen desembarazarse de su máscara y se ven, finalmente, obligados a recurrir a la ayuda de terapeutas de la comunicación.

Enseguida nos percatamos, particularmente en los representantes del sexo masculino, de una tendencia creciente al anonimato en los contactos humanos: se esmeran en hacer la menor ostentación posible de aquello que les distingue de los otros. Se aprecia una homogeneización de las mímicas y, en cierta medida, de sus vestimentas. Nuestra tesis según la cual el sistema de evitación de los contactos recibe impulsos más fuertes en una sociedad de masas anónima que en grupos fuertemente individualizados, ha sido, por otra parte, corroborada por la constatación siguiente (que ha sido objeto de un estudio, en 1976, en la revista Nature): los ciudadanos caminan tanto más rápido por las calles de su ciudad, a medida que su número de habitantes es más elevado (Bornstein, 1976). En las sociedades de masas nuestros semejantes se convierten, otro tanto, en factores de

stress. Sin embargo, ese no debería de ser ineluctablemente el caso, ya que el hombre realiza, asimismo, numerosas tentativas por establecer contactos con extraños. También le gustaría encontrar en la sociedad de masas un círculo de amigos y de conocidos, porque se echa en falta una institución. La tan ponderada movilidad de estas sociedades tiene por efecto el romper constantemente los lazos familiares y relacionales. Y ni los urbanistas, ni los hombres políticos, hacen nada para remediar esta situación.

Una opinión aún muy extendida según la cual el ser humano carece de predisposiciones innatas, parece considerar también que el hombre es susceptible de adaptarse a cualquier circunstancia. Es por ello por lo que se siguen construyendo inmuebles con zonas de juego al aire libre, insuficientes para los niños, del mismo modo que se siguen taladrando calles a través de los centros aún intactos de las ciudades, como si no se admitiera la necesidad de tales lugares de encuentro. En Baviera, no hace mucho tiempo, se disolvió, por razones administrativas, un gran número de pequeñas comunas, y últimamente se ha discutido mucho acerca de la tendencia a la creación de grandes complejos escolares con clases de efectivos cambiantes. En el fondo, se hace todo lo posible para reforzar el anonimato.

Educación y herencia

Se puede achacar a una teoría tan ingenua acerca del medio la negligencia con la que se procede. Ciertamente, cada vez con más frecuencia, se lee en las revistas de psicología y de sociología que la herencia juega un rol importante en el comportamiento humano, pero no son más que proposiciones en el aire, pues inmediatamente después se afirma que el ser humano posee facultades ilimitadas para determinar él mismo (o según el deseo de otros) su comportamiento y que no depende para ello más que de los límites que le imponen sus facultades corporales. En este sentido, se expresó V. Reynolds, en 1976, en Biology of Human Action. Por supuesto, esta tesis es exacta en un aspecto: por medio de la educación, el hombre puede modificar todo programa de comportamiento al que está pre-programado por su herencia. Puede llegar incluso a eliminarlo en una medida considerable. Pero esto no quiere decir que el hombre que venga al mundo sea comparable a una hoja de papel sobre la que nada se ha escrito. Más bien, tenemos que esperar que este ser humano dé prueba de una cierta resistencia en contra de numerosos esfuerzos de educación, mientras que acepta fácilmente otros como si correspondiesen a su naturaleza. Lo que no significa, ciertamente que, por consiguiente, se deba dispensar siempre una educación "conforme a la naturaleza". Puede suponerse que bastantes facultades adaptativas, transmitidas a través de la herencia y de la historia, ya no responden a los criterios de integración dentro de las sociedades de gran envergadura. Si tal fuera el caso, sería forzoso, por otra parte, el poner al día los procesos educativos que contradicen nuestras pulsiones innatas.

En este sentido, Freud también tiene razón cuando estima que la civilización es represiva. Con todo, no lo es siempre, y cuando lo es, deberíamos plantearnos la pregunta acerca de en qué medida debe ser represiva para acometer las tareas que le han sido adjudicadas. Para el hombre es verdaderamente bueno que los programas de educación tengan en cuenta, en la medida de lo posible, el factor "naturaleza humana", con el fin de evitar a los hombres frustraciones inútiles (por falta de acumulación de experiencias vividas).

Intencionadamente, al inicio de mi tema de estudio, he puesto de relieve una disposición mental relativamente simple. Existe toda una serie de disposiciones análogas que determinan el comportamiento entre los hombres de múltiples maneras (ver a este propósito mi artículo aparecido en Gruppendynamik, 4, 1980). M. Spiro ha consagrado a este tema un artículo absolutamente notable. Muy al principio de los años cincuenta estudió un kibutz israelí que había sido fundado en los años veinte. En aquel entonces, Spiro era, como lo confiesa él mismo, un adepto de la teoría tradicional del medio que ocupaba un lugar de preeminencia dentro de los círculos americanos sociológicos y de los partidarios del behaviorismo.

En su obra Gender and Culture, Kibutz Women Revisited, publicado en 1979, Spiro da cuenta de su segunda investigación efectuada una veintena de años después de la primera visita. Para gran sorpresa suya, constató que a la revuelta feminista de la generación de los fundadores, le siguió una "contrarrevolución femenina". Mientras que la generación de los fundadores había intentado llevar a cabo la emancipación de la mujer mediante la introducción de actividades femeninas en las profesiones hasta entonces reservadas a los hombres, así como por medio de una educación colectiva de los niños –se esperaba romper la dependencia de la mujer de cara al hombre y la de la madre de cara a los niños-, la generación de mujeres nacidas en el kibutz se ha apartado de este ideal. Aunque hayan sido educadas colectivamente en un medio pedagógico igualitario y favorable a este filosofía, las mujeres se retiraron, en gran medida, de la vida política así como de sectores de la vida profesional que habían compartido con los hombres, con el fin de consagrarse cada vez más al cuidado de sus hijos. Se vistieron como mujeres, y el matrimonio, que antes apenas sí había sido tolerado por la comunidad –constituyendo el individualismo algo un tanto sospechoso-, recuperó su calidad de institución social reconocida.

Spiro opina que estos fenómenos demuestran que los factores determinantes "preculturales" juegan un papel esencial en la diferenciación psíquica del rol desempeñado por el sexo. Como buen sociólogo, evita emplear el término "biológico" pero señala, a este respecto, que en el kibutz, los niños y las niñas, imitaban roles femeninos, y solamente roles en los que las mujeres se ocupaban de sus hijos, si bien, niños y niñas habían sido educados en un único y mismo lugar de enseñanza. Lo que echa por tierra totalmente las conclusiones sacadas de las

observaciones culturales comparativas que hemos realizado de los pueblos "primitivos".

La interpretación de tales experiencias de sociedad, del mismo modo que las comparaciones entre culturas, el estudio de la evolución de la juventud y, en fin, la comparación con primates que no pertenecen a la especie humana, muestran que nuestro comportamiento social ha sido, en una medida considerable, elaborado por facultades adaptativas [Nota de Amnesia: la etología, como ciencia profana, no puede liberarse de ciertas hipótesis como el evolucionismo] desligadas del patrimonio hereditario e histórico. Fenómenos como la emulación con vistas a la mejora de categoría, la personalidad inherente a la tierra, el contacto con la pareja, se manifiestan, ciertamente, a través de diversas expresiones culturales, pero no dejan de ser por ello fenómenos universales vinculados directamente al comportamiento de primates que no pertenecen a la especie humana.

Debemos reconocer totalmente estos datos, si se quiere adaptar con éxito el comportamiento humano a las necesidades de los tiempos modernos. Somos libres de dar a nuestra vida la forma que queramos pero esta libertad supone el conocimiento de las bases de nuestro comportamiento. A la vida no se le podrá dar, dentro de la sociedad del anonimato, una forma soportable, más que si conseguimos desarrollar las relaciones individuales entre sus miembros. Sólo en las sociedades humanas se desarrolla el sentimiento de amor al prójimo y, por consiguiente, el sentido de la responsabilidad de cara a las comunidades más extendidas. El anonimato significa la muerte del amor.

Irenäus Eibl-Eibesfeldt, nacido en Viena en 1928, filósofo y zoólogo, es, junto a Konrad Lorenz, uno de los máximos exponentes de la disciplina conocida como Etología Comparada. Desde 1970 dirige el Centro de Investigación de Etología Humana del Instituto Max Planck. Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas; en nuestro país cabe citar El hombre preprogramado, Etología, Guerra y Paz y Amor y Odio. El artículo reproducido en estas páginas ha sido publicado también por las revistas Gruppendynamik. Zeitschrift fûr angewandte Sozialwissenschaft (Stuttgart, 13, 1982) y Nouvelle Ecole (París, 33, 1987).



La moral y las armas

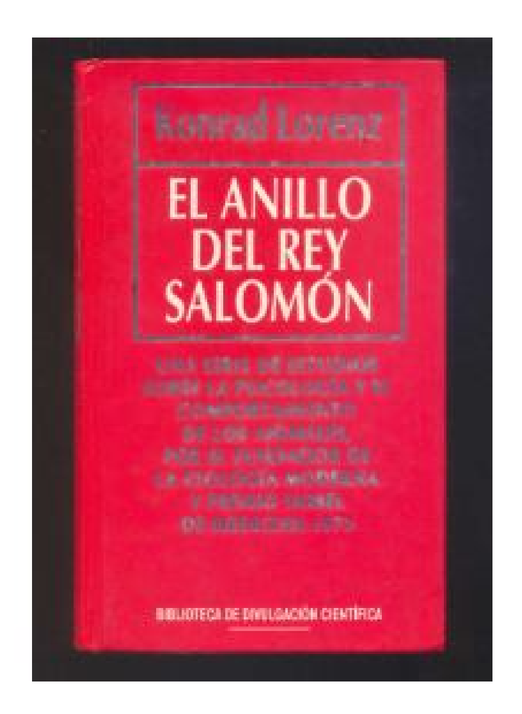
Konrad Lorenz

"Creo que he encontrado el eslabón perdido entre el mono y el hombre civilizado: ¡Nosotros!" **Konrad Lorenz.**

En el centro del pradito reposa una liebre grande y rolliza. Nos da la espalda, y sus orejas tienen la forma de una gran V. No cabe duda de que vigila y husmea algo que se encuentra en el borde del pequeño prado opuesto al lugar donde estamos. Pronto se deja ver allí una segunda liebre, igualmente corpulenta, que se acerca a la primera dando saltos dignos y pausados. Primero se saludan de forma mesurada, como dos perros que se ofrecen ceremoniosamente sus respetos. Pronto el saludo se convierte en un curioso y rápido movimiento giratorio: ambas liebres corren describiendo círculos pequeños, persiguiéndose, cada una de ellas con la cabeza pegada a la cola de su compañera. Y, de pronto, la tensión acumulada estalla en lucha abierta de la misma forma que suelen empezar las guerras, cuando se han prodigado y han durado tanto las jactancias y amenazas, que ninguno de los antagonistas cree que su contrario se atreverá a ponerlas en práctica. Las liebres están erguidas sobre las patas posteriores, frente a frente, y se golpean furiosamente una a otra con las patas anteriores. Luego saltan una sobre otra y, gruñendo y chillando, se dan de golpes en forma rotunda y decisiva con las patas posteriores; es una maniobra tan rápida, que no puede uno darse cuenta claramente de la mecánica de este movimiento sin contar con la ayuda de la cámara cinematográfica lenta. Por el momento cesan en su ataque directo y vuelven a perseguirse en círculos, como al principio; pero ahora mucho más rápidamente. Sigue de nuevo la acción directa, pero más violenta aún. Tan absortos se hallan ambos campeones, que puedo acercarme mucho, junto con mi hijita, a pesar de que no dejamos de hacer algún ruido. Cualquier liebre normal y sensata se habría dado cuenta de nosotros haría rato; pero las liebres andan un poco locas en el mes de marzo, como es sabido, y en inglés ha llegado a ser proverbial: «Estar loco como una liebre en marzo.» El torneo

entre las liebres es tan cómico que mi hijita, pese a estar enseñada a permanecer silenciosa mientras observamos los animales, no puede retener un pequeño asomo de risa. Aquello es ya demasiado, incluso para liebres en el mes de marzo; ambas escapan en direcciones opuestas, y la pradera queda solitaria. Pero en su centro revolotea aún, como si fuera una semilla de sauce, un gran copo de pelo.

Este duelo entre animales inermes, esta furia rabiosa desencadenada entre animales generalmente apacibles, no sólo resulta cómico, sino hasta enternecedor. ¿Pero es que las liebres son, en realidad, de ánimo tan apacible como nos las figuramos? Si uno ha visto en un parque zoológico dos águilas, leones o lobos, enfrentarse de manera parecida, no le habrán entrado precisamente ganas de reír. Y, sin embargo, en semejantes casos nunca suele ocurrir algo más grave que entre las liebres. La mayor parte de las personas están acostumbradas a emplear una escala ética totalmente inadecuada al enjuiciar a los animales de presa y a los vegetarianos. En las fábulas, «los animales» son representados como formando una especie de sociedad comparable a la humana, como si todos ellos fueran seres de una misma especie, lo mismo que nosotros los hombres. Por tanto, el que un animal mate a otro animal, se equipara al asesinato dentro de la sociedad humana. Cuando la zorra caza una liebre, esta acción no se equipara a la de un cazador humano que caza a una liebre por motivos parecidos, sino más bien a la de un guarda jurado que, para procurarse la cena, acostumbrara tirar sobre los campesinos. El «malvado» animal de presa lleva el estigma del criminal. ¿Y por qué lo llamamos animal de rapiña y no simplemente animal cazador? La misma expresión usual implica ya un falso criterio ético antropomórfico, pues los conceptos de «rapiña» y «asesinato» se refieren sólo al proceder con otros seres humanos, con seres de la misma especie. Y la verdad es que, con los de su misma especie, la mayor parte de los animales de rapiña se comportan de manera tan sociable y decente como los inofensivos vegetarianos. ¿Tanto? Pues sí. Veámoslo con más detalle.



Pero antes vamos a explicar otra historia.

Para mis estudios deseaba cruzar la tórtola africana con la indígena –ésta, más delicada que aquella-, y, a tal fin, puse juntas, en una jaula espaciosa, una tórtola mansa, que había criado desde su juventud, con una hembra de tórtola africana. Los pequeños roces iniciales entre los dos enamorados en cierne no me preocuparon en absoluto. ¿Cómo podían causarse daños estos símbolos del amor y de la dulzura?

Me marché a Viena sin excesivas preocupaciones. Cuando regresé al día siguiente, se ofreció a mis ojos un espectáculo impresionante. El macho estaba tendido en un rincón de la jaula: la nuca, parte superior del cuello y todo el dorso, hasta la raíz de la rabadilla, no sólo habían sido totalmente desplumados, sino que aparecían tan desollados, que su conjunto formaba una extensa herida. En el centro de la misma, como un águila sobre su presa, estaba la otra «pacífica» tórtola. Con su bondadoso semblante, que hace tan simpáticas estas aves al observador que se fía de su cara en términos humanos, la bestia picoteaba sin cesar la llaga de su compañera, que se hallaba literalmente a sus pies. Si intentaba levantarse, para escapar con las últimas fuerzas que le quedaban, la otra no le daba reposo, y con las suaves alitas la derribaba y proseguía implacable su tarea de matarla lentamente, a pesar de que el verdugo estaba ya tan cansado que apenas podía mantener abiertos los ojos. Exceptuando algunos peces que en sus luchas se desuellan de la misma forma, jamás he visto heridas tan horribles infligidas por un vertebrado a otro individuo de su misma especie.

Es como si oyera la pregunta de mis lectores: ¿Cómo se comportarán entre sí las fieras, las bestias sanguinarias, a las que la Naturaleza ha dado armas poderosas? Si unos vegetarianos tan pacíficos como las palomas se tratan de esta forma, ¿cuál no será la lucha entre dos lobos?

Se podría pensar lo peor; pero el lector sabe que no debe uno fiarse de opiniones cuando existe la posibilidad de observar y comprobar cómo ocurren las cosas.

De manera que, como buenos naturalistas, vamos a considerar lo que ocurre cuando luchan seriamente entre sí dos lobos, dos grandes lobos salvajes y fieros, símbolos de la crueldad que nada perdona. (...)

Un enorme lobo viejo, de color gris claro, se enfrentaba con otro de corpulencia ligeramente inferior, pero más joven, y ambos daban vueltas en estrechos círculos con agilidad admirable. Los temibles puñales de la dentadura se movían como rayos en una rápida sucesión de mordiscos, imposibles de seguir. Y, sin embargo, nada grave sucedió, pues siempre el bocado de un lobo encontraba ante sí, para parar el golpe, los blancos dientes de su contrincante. Tan sólo los labios de los combatientes parecían haber sufrido un par de cortes. El lobo menor iba siendo empujado poco a poco, y tuve la impresión de que su contrario, más experimentado, trataba de maniobrar para situarlo junto al cercado. En realidad, ya estaba junto a la tela metálica, por lo cual tropezó, y en un abrir y cerrar de ojos, el lobo más viejo se echó encima de él. Y entonces ocurrió lo más sorprendente, lo contrario de lo que uno pudiera sospechar.

Al instante cesó la agitación de los cuerpos grises. Los dos animales permanecieron quietos, completamente quietos, tocando hombro con hombro, pero en posición opuesta a la primitiva, es decir, con las cabezas dirigidas en el mismo sentido. Roncaban irritados: el viejo, en tonos muy graves, el más joven, en

tono más agudo. Observando atentamente la posición de las dos fieras, se veía que el hocico del lobo viejo tocaba el cuello del más joven, el cual mantenía su cabeza apartada, como ofreciendo a su enemigo la curvatura de su cuello, la parte más vulnerable de su cuerpo. A menos de 3 cm de la tensa piel de su cuello curvado, allí donde las grandes venas pasan bajo la piel, los caninos de su rival brillaban bajo el belfo malévolamente levantado. Mientras que unos momentos antes, durante el combate, el esfuerzo de ambos contendientes se dirige a ofrecer los dientes a los bocados del otro, es decir, la parte más invulnerable del cuerpo, procurando guardar al propio tiempo el cuello, ahora se tenía la impresión de que el vencido ofrecía intencionadamente aquella parte del cuerpo donde una dentellada sería mortal. Y no sólo lo parecía, sino que efectivamente era así, por asombroso que pudiera parecer.

Pero el perro o el lobo vencedores nunca muerden en esta situación, y no porque no lo deseen, sino simplemente, porque no *pueden.* Un perro o un lobo que ofrece a su contrario el cuello en la forma descrita, jamás es mordido gravemente. El otro gruñe y ronca, chasquea los dientes e, incluso sin haber mordido, hace en el aire los movimientos con que acompañaría a la agonía del contrario. Sea como fuere, esta curiosa inhibición de morder al enemigo sólo dura mientras éste conserva su actitud sumisa, puesto que el adoptar semejante actitud detiene súbitamente la pelea, y en el momento en que esto ocurre, el vencedor se encuentra en una posición incómoda sobre el vencido.

Resulta molesto persistir en esta postura, con la boca sobre el cuello del vencido, y es natural que el «vencedor moral», que ya no puede morder, se canse pronto. Cuando se ha alejado unos pasos, en general el vencido procura escapar rápidamente. Mas, por lo regular, no lo consigue; tan pronto como ha abandonado su rígida actitud sumisa, el otro acude como una exhalación, y el desventurado vencido debe aquietarlo de nuevo girando la cabeza y ofreciéndole el cuello en la rígida actitud de rendición. Parece como si el vencedor esperase sólo que el vencido abandonara su actitud sumisa para poder dar rienda suelta a sus deseos de castigarlo severamente. Para bien del vencido, el vencedor experimenta la irrefrenable necesidad, después de la lucha, de marcar el lugar donde se ha desarrollado el combate, como si fuera su propiedad personal, dejando un aviso público oloroso; en otras palabras, siente la necesidad de levantar su pata junto al objeto adecuado más próximo, o sea, junto a algo que se eleve a cierta altura. Y el vencido suele aprovechar esta ceremonia de toma de posesión para escapar cautelosamente.

Como en otros casos análogos, esta observación casual sirve para darse perfecta cuenta de un hecho enigmático que se repite frecuentemente junto a nosotros y que a diario presenciamos en las más diversas apariencias. No son raras las inhibiciones sociales, sino que, por el contrario, son tan frecuentes que nos parecen la cosa más natural del mundo, lo cual extingue el aliciente de reflexionar sobre ellas. (…)

¿Por qué tiene el perro la inhibición de clavar los dientes en el cuello de su rival? (…) ¿Por qué la tórtola no posee «seguro» alguno contra el asesinato? No podemos dar por el momento una contestación realmente precisa y adecuada a estas preguntas. Quizá llegaríamos a una interpretación histórica del proceso, en virtud del cual, durante la evolución se han ido desarrollando estas inhibiciones a medida que aumentaban el poder y la peligrosidad de las armas del animal depredador. Sin más explicaciones, resulta clara la utilidad de la existencia de semejantes inhibiciones para un animal bien armado. Si el cuervo picara sin inhibición alguna los ojos de sus hermanos en el nido, de su pareja o de sus hijos, de la misma forma que picotea cualquier otro objeto brillante y móvil, ya no habría cuervos. El mismo destino seguirían los lobos y perros si de manera imprevisible, y sin inhibición, clavaran dentellada tras dentellada en el pescuezo de sus compañeros de manada y los zarandearan hasta matarlos, de la misma forma con que lo practican con objetos adecuados, o como hace el pequeño pachón con las zapatillas de su dueño.

La tórtola no necesita semejantes inhibiciones, porque el animal sólo puede causar heridas en un grado limitado, y su capacidad de vuelo es tan buena, que le basta para escapar de los enemigos mejor armados. El picotazo de una paloma apenas puede arrancar una plumita, y antes que caiga el segundo, la paloma que se siente vencida puede escapar volando. Pero en las condiciones artificiales de cautividad, cuando la paloma o tórtola dominada carece de la posibilidad de escapar volando, se manifiestan las consecuencias de la falta de inhibición para herir o torturar a los otros animales de su especie. (…)

Consideremos la esencia misma de los gestos de sumisión, encaminados a despertar la inhibición social del vencedor. Harían más fácil herir y hasta matar al vencido, en el sentido de que se eliminarían de golpe todos los obstáculos que se oponían a los ataques del vencedor. Por lo que sabemos, todos los gestos y posturas de sumisión o rendición que se observan en animales sociales descansan sobre el mismo principio. En todos los casos, el que pide merced ofrece a su contrario la parte más vulnerable de su cuerpo; mejor dicho, aquella hacia la cual se dirigen los ataques intencionadamente mortales. (…)

Así, todas estas curiosas ceremonias se desarrollan de manera que harían fácil al contrario llevar a cabo la acción que se trata precisamente de inhibir. Como es natural, un perro no pierde las ganas de morder cuando el otro, pidiendo merced, le ofrece el cuello. Por el contrario, hemos visto que lo haría con gusto, pero que no *puede*. Lo mismo nos da que esta inhibición sea de naturaleza refleja o de otro tipo. Sólo dejamos constancia, de manera puramente empírica, que un animal que se siente derrotado puede inhibir ulteriores ataques de otro individuo más poderoso de su especie, con sólo ofrecerse, sin defensa alguna, precisamente a la forma de ataque que es más de temer.

¿Es que no conocemos nada parecido en el comportamiento humano? El guerrero homérico que quiere rendirse y pide gracia, arroja su yelmo y su escudo, cae de rodillas e inclina la cerviz, acciones que manifiestamente facilitarían a su contrario el darle muerte, pero que, en realidad, dificultan semejante acción. Todavía hoy, en los gestos habituales de cortesía se descubren indicios simbólicos de semejantes gestos de sumisión: reverencias, quitarse el sombrero, presentar armas en las ceremonias militares. Por lo demás, los gestos de sumisión de los guerreros griegos no parecen haber sido de extraordinaria efectividad; los héroes de Hornero no se dejaban influir por ellos, y, por lo menos a este respecto, su corazón no era tan fácil de enternecer como el de los lobos. El cantor nos relata numerosos casos en los cuales el que pedía merced era muerto sin piedad –o a pesar de la piedad–. También la leyenda heroica germánica abunda en casos donde fallan los gestos de sumisión, y hay que esperar hasta la edad caballeresca del medievo para encontrar, entre las obligaciones de la moral de la guerra, la gracia para el vencido. Sólo el caballero cristiano es, sobre las bases tradicionales y religiosas de su moral, tan caballeresco como pueda serlo, mirándolo objetivamente, el lobo como fruto de instintos e inhibiciones profundamente arraigados. ¡Qué paradoja más asombrosa!

Naturalmente, las inhibiciones innatas y fijas, con aquella precisión que tienen los instintos, y que impiden a un animal usar sus armas desconsideradamente contra sus semejantes, sólo constituyen una analogía funcional de la conducta humana. En el mejor de los casos se podrían imaginar como los inicios de una aurora; en cierto modo, los precursores en la evolución de la moral social humana. Por tanto, el investigador del comportamiento comparado de los animales hará bien en mostrarse muy precavido en relación con eventuales juicios morales sobre la conducta de los animales. Sea como fuere, me atrevo a formular un juicio de valor que más bien procede del sentimiento: encuentro maravilloso y sorprendente que el lobo se vea impelido a no morder; pero todavía me asombra más la confianza que le demuestra el otro. Un animal confía su vida a la decencia caballeresca del otro. De ello tenemos mucho que aprender los hombres. Por lo menos yo he encontrado aquí una nueva y más profunda comprensión de una máxima evangélica maravillosamente bella y frecuentemente mal interpretada, que hasta entonces había despertado en mí una contradicción de sentimientos: «A quien te hiriere en una mejilla preséntale la otra.» Un lobo me ha enseñado: debes ofrecer la otra mejilla a tu enemigo no para que te vuelva a herir, sino para hacerle imposible que pueda continuar haciéndote daño.

Cuando una especie animal, durante su larga historia, desarrolla un arma tal que puede matar de un golpe a otro individuo de su especie, debe desarrollar, paralelamente a dicha arma, cierta forma de inhibición social que impida el uso de dicha arma para poner en peligro la supervivencia de la propia especie. Pocos son los animales de presa tan carentes de vida social como para quedar dispensados de la necesidad de contar con semejantes inhibiciones. Sólo se reúnen durante la época del celo, y entonces el instinto sexual predomina tanto sobre los restantes, incluso

sobre el de luchar, que se puede prescindir de inhibiciones especiales de naturaleza social. Solitarios de este tipo son el oso polar y el yaguar, y es significativo que en la historia del parque zoológico de Schonbrunn, en Viena, cada una de esas especies sea responsable de un asesinato de la pareja. El sistema constituido por los instintos e inhibiciones propios y heredados y por las armas que una especie social ha recibido de la Naturaleza, forma un conjunto cuidadosamente equilibrado, y regulado de manera automática. Todos los seres han recibido su armamento a través del mismo proceso de evolución, que ha ido desarrollando simultáneamente sus instintos y sus inhibiciones, puesto que constituyen una unidad el plan estructural del cuerpo y el plan de actividades propias del comportamiento específico. Sólo hay un ser que dispone de armas que no han crecido con su cuerpo y de las cuales, por tanto, nada saben sus formas innatas de comportamiento; de aquí que no existan las consabidas y eficaces inhibiciones.

Este ser es el hombre. Incesantemente aumenta el poder mortífero de sus armas, que se multiplica con el tiempo. Sin embargo, los instintos y las inhibiciones innatas necesitan, para desarrollarse, espacios de tiempo comparables a los que se requieren para adquirir nuevos órganos, o sea, períodos de una longitud tal que sólo están acostumbrados a ellos los geólogos y los astrónomos, pero de ningún modo los historiadores. Nosotros no hemos recibido las armas de la Naturaleza, sino que las hemos producido con nuestra actividad libre. ¿Qué nos será más fácil? ¿Crear un arma o el sentido de responsabilidad que pide su uso, la inhibición sin la cual nuestra propia estirpe sería víctima de sus realizaciones? Es necesario que adquiramos esta inhibición con nuestro libre albedrío, puesto que no podemos fiarnos de nuestros instintos. Hace más de veinticinco años, en noviembre de 1935, concluía un artículo sobre *Moral y armas de los animales* con las siguientes palabras: «Día vendrá en que cada uno de los contendientes será capaz de aniquilar al adversario. Puede llegar el momento en que la Humanidad se encuentre dividida en dos bandos con estas características. ¿Nos comportaremos entonces como las liebres o como los lobos? El destino de la Humanidad dependerá de la forma en que se resuelva esta pregunta.» Existen motivos de preocupación.

Bibliografía:

Lorenz, Konrad. *La moral y las armas* en "El anillo del rey Salomón". RBA Editores, S. A., 1993. Barcelona. pp. 176-182.

LIBROS ELECTRÓNICOS DE KONRAD LORENZ

Fundamentos de la Etología



http://www.doogweb.es/2010/12/16/libro-de-konrad-lorenz-fundamentos-de-la-etologia/

Los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada





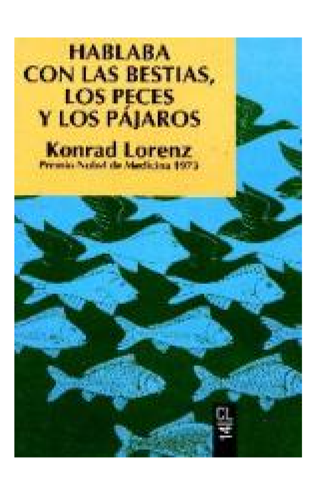
http://es.scribd.com/doc/58958418/Lorenz-8-pecados-mortales

Sobre la agresión: el pretendido mal



http://es.scribd.com/doc/39549478/Konrad-Lorenz-Sobre-la-agresion-el-pretendido-mal

Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros



http://es.scribd.com/doc/58958291/Lorenz-Hablaba-Con-Las-Bestias